

RARA AVIS (1911)

Gaspar Chaverra
(*Lucrecio Vélez Barrientos*)



RESCATES

EDITORIAL EAFIT

GASPAR CHAVERRA
(LUCRECIO VÉLEZ BARRIENTOS)

RARA AVIS
NOVELA (1911)

Compendio de
al misionero

GASPAR CHAVERRA
(LUCRECIO VÉLEZ BARRIENTOS)

RARA AVIS
NOVELA (1911)



MEDELLÍN - COLOMBIA, 2020

Chaverra, Gaspar, 1850-1925

Rara avis / Gaspar Chaverra. – Medellín: Editorial EAFIT, 2020

196 p.; 21 cm. -- (Colección Rescates)

Originalmente publicada: Medellín: Librería Restrepo, 1911

ISBN 978-958-720-656-2

ISBN: 978-958-720-657-9 (versión EPUB)

1. Novela colombiana. I. Tít. II. Serie.

C861 cd 23 ed.

C512

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

RARA AVIS

Primera edición: Medellín MCMXI (1911)

Editado por Librería Restrepo-Medellín

COLECCIÓN RESCATES

Primera edición en la colección Rescates

© GASPAR CHAVERRA (LUCRECIO VÉLEZ BARRIENTOS)

© EDITORIAL EAFIT

CARRERA 49 No. 7 SUR - 50 TEL. 261 95 23, MEDELLÍN

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

EDITORIA: Claudia Ivonne Giraldo G.

CORRECTOR DE PRUEBA: Cristian Suárez Giraldo

DISEÑO DE COLECCIÓN: Alina Giraldo Yepes

ILUSTRACIÓN CARÁTULA Y GUARDAS: Alejandro García

ISBN: 978-958-720-656-2

ISBN: 978-958-720-657-9 (versión EPUB)

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad. Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica:

Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

Diseño epub:

Hipertexto – Netizen Digital Solutions

NOTA DE LA EDITORA

Publicada por primera vez en 1911, *Rara Avis* conserva la actualidad y vigencia suficientes para que el público, más de cien años después, reconozca en ella la profunda preocupación de su autor por eso que llamamos “el alma humana”, esa suma de alturas y bajezas que develan los personajes que le dan vida a la trama. Si en ese aspecto es actual, en cambio nos retrata a una Medellín que ya no está, que se fue definitivamente y que solo la fotografía o la literatura de buena raigambre logran revivir para hacernos pasar una rica temporada en el pasado. Con la ciudad nos regresa a las costumbres de las gentes que vivían en este pueblo grande, sus intereses, preocupaciones y modos de entender el mundo.

Esta novela de asunto, al parecer intrascendental –las intrigas y conspiraciones de los parientes lejanos de un rico solterón para hacerse con su herencia, para demostrarle al viejo enfermo, por medio de zalamerías y falsos afectos, que son merecedores de ella–, logra, según advierte Jorge Alberto Naranjo, tener al lector pendiente de la trama y sostener el interés hasta el final, como toda buena novela de intriga.

El lenguaje que utiliza Lucrecio Vélez Barrientos, o Gaspar Chaverra, ya para la fecha de su publicación se “siente” intencionalmente arcaico. Expresiones en latín “provenientes del derecho romano casi todas”, según Jorge Alberto, y otras palabras y expresiones que estuvieron en uso a comienzos del siglo XIX, hacen pensar que el autor de *Rara avis* “añorara” el pasado que queda atrás, una nostalgia por el tiempo en que fuimos también la España colonial, que se percibe como mejor, más noble y seguro. De esa nostalgia habla la descripción de la vieja hacienda, Palenque, en donde vive don Luis Benavides en compañía de una pareja de negros libertos, que son sus únicos afectos y que lo quieren como a un amo, como a un padre y un poco más.

Parientes mezquinos y modernidades que empiezan a confundir las ideas de

las gentes de la apacible ciudad son el argumento sobre el que apunala el autor su crítica social y religiosa, su defensa de unos profundos valores cristianos sin mojigaterías y falsedades, de los que la riqueza y corrección del lenguaje empleado dan cuenta.

Esa riqueza léxica, que en principio puede ser un impedimento para que los lectores contemporáneos comprendan la trama y el argumento, es uno de los grandes tesoros de la novela de Chaverra. Creemos, como Jorge Alberto Naranjo, que el autor se encargó en cada caso de contextualizar las palabras “raras” y, por tanto, nuestra decisión fue no agregar un vocabulario al final del libro a fin de “facilitarles” la lectura a quienes enfrenten este delicioso revivir de nuestro pasado, pese a ser tan actual, tan presente.

Esperamos que esta rara ave de nuestra literatura y ese personaje entrañable, don Luis Benavides –a pesar de no hablar casi en la novela–, sigan demostrando las razones por las que nuestra literatura pasada debe ser rescatada del olvido, como se rescata una historia familiar largamente añorada. Una filiación que nos haga comprendernos, conocernos y, por qué no, con luces y sombras, enorgullecernos.

PRESENTACIÓN

Lucrecio Vélez Barrientos, *Gaspar Chaverra* (Bello, 4 de febrero de 1850 – Medellín, 15 de noviembre de 1925) está en el Museo Cementerio San Pedro de Medellín: en su tumba, solemne, bella y lánguida como muchas en su época, una mujer se arrodilla mientras se apoya con sus codos en la mesa del mausoleo, y con sus manos en oración se dirige a un Cristo crucificado que tiene en frente. Entre sus vecinos cercanos y lejanos están Jorge Isaacs, Manuel Uribe Ángel, María Cano, Juan José Botero, Efe Gómez, Ciro Mendía, Fidel Cano, César Uribe Piedrahíta, y Epifanio Mejía (por lo menos hasta el año 2000, cuando sus restos fueron trasladados a Yarumal, su tierra natal). Quizás para muchos lectores represente poco o sea indiferente alguna de estas tumbas; y prefieran, mejor, abrazar la presencia viva de las obras. Para otros, por qué no, en estas tumbas permanece parte de la memoria literaria de una cultura y un territorio. La muerte y sus monumentos nunca se han reducido a una mirada; al contrario, así como cada persona es una vida, también es una muerte, y a nuestros ojos revive y remueve el mundo cada vez.

Si redujéramos nuestras lecturas a eso que los cánones literarios denominan “grandes” o “mayores” escritores, entonces mucha de la literatura se silenciaría sin remedio. Pues, para seguir con los opuestos, si dejáramos de lado a los “pequeños” o “menores” autores sucedería que tendríamos solo ante nosotros las “cimas”, los “picos”. Nuestra realidad de lecturas estaría hecha de “alturas”, de “resplandores”; y entre tantas alturas y resplandores, quizás de algunos “mareos” y “encandilamientos”. Esos pequeños o menores, a nuestro parecer, son el camino a esas alturas. Son raíz y estructura de tradición. Y eso es lo que sustenta esta COLECCIÓN RESCATES, y este nuevo volumen dedicado a la reedición de *Rara Avis* (1911) de Gaspar Chaverra.

Junto a ese narrador cimero que es Tomás Carrasquilla, hay en la primera

mitad del siglo xx en Antioquia importantísimos creadores de historias: amenos, ingeniosos, agudos. Los mismos Efe Gómez y Ciro Mendía, por ejemplo. Pero hay otros, menos conocidos, que son iluminadores para entender una época, ya sea por la moral de sus personajes y las tensiones entre ellos (distancias sociales, jerarquías culturales, abismos económicos, prejuicios morales), como por las construcciones de un estilo: las obsesiones de un autor, aquello que oculta o evade, las insistencias y reiteraciones de ideas y opiniones, y cada una de sus decisiones en la configuración interna y visible de sus historias. Gaspar Chaverra y su *Rara Avis* es una de esas estaciones en las que vale la pena detenerse para comprender, para expandir horizontes de contrastes. No es que sus temas y formas se hayan superado, no se trata de obsolescencia, sino de apertura a los orígenes y tránsitos.

Cierta concepción tragicómica del mundo de *Rara Avis* sustenta momentos de desencanto y escepticismo, aunque también continuidad de orden; la tierra como dominio e identidad de una persona o de una comunidad está tan presente como ahora, arraigo y desarraigo, alegría y amargura de lo telúrico, como frutos al sol o marchitos en la sombra; los intereses y ambiciones, evidentes para unos, enmascarados para otros, como juego de engaños y simulaciones, es en *Rara Avis* un estímulo inagotable de cómo la literatura cuestiona o reafirma la vida, o, más bien, de cómo la vida se refigura en la literatura.

Reeditar no es un trasladar un texto a un mismo u otro formato de publicación. Es dar una nueva vida, permitir que una obra siga en diálogo. Por ello, el primer movimiento es el cuidado y el respeto a ese pasado en el que sigue viviendo la obra. Y el segundo, y tal vez el más difícil, es cómo lograr darle una voz para que sea puente entre ese pasado y nuestro presente. Es como tratar de iluminar una opacidad desde lejos para percibir detalles, contornos, matices, pliegues. *Rescatar*, para esta colección, no es ir en el auxilio de obras, pues ellas no están moribundas; es despejar un camino para que ellas lleguen a nosotros, y a otros más, con la facilidad de lo que fluye porque aún tienen voz y palabra para ser escuchadas. Rescatar es alimentar el ansia de conocer, de reconocer, el deseo y el deber de estar junto a la memoria que define y que, al ser iluminada, también nos devuelve su luz. Rescatar es agradecer. Es celebrar. Conmemorar.

EDITORIAL EAFIT

RARA AVIS
NOVELA

I

En el opulento valle que riega el río Aburrá talando las tierras ribereñas, hay un rincón al medio día, llamado La Sabaneta, que debió ser el vientre de la fecundidad cuando lo ocuparon los conquistadores; porque hoy, después de dos siglos de surcarlo la reja del arado sin que el gañán se acuerde de la caricia del abono, mantiene lleno el hórreo y en pie la promesa de futuras cosechas que verdean en las robustas hojas del plantío.

Al sur de aquella tierra se levanta el cerro de Pandeazúcar; al norte es amplio el horizonte, y por los flancos oriental y occidental se perfilan sobre el azul purísimo del cielo dos ramales de la cordillera de los Andes. Aquel paisaje es notablemente hermoso, pero tiene la monotonía de lo perenne: la luz vivísima, el cielo siempre azul, el árbol eternamente vestido, el arroyo no descansa de chapotear y de correr, el mismo pájaro sobre la misma rama, julio igual a enero. Siempre la misma página del libro abierta en el romanticismo del verano.

Esta fue la tierra elegida por el asturiano Juan Vélez, con ojo certero, para fijar su residencia. Llamado El Melero por haber importado aquí la caña dulce y elaborado su jugo en la forma de miel y panela actuales, fue don Juan Vélez de Rivero el español de más honda prosapia que vino a Antioquia, si se exceptúa al Mariscal Jorge Robledo, más renombrado y famoso, como de glorias cruentas, pero que no dejó descendencia. La de don Juan, por el contrario, se extendió y se extiende todavía con la prodigiosa fecundidad de la tierra originaria.

No estaba don Juan cortado al gusto de la estética moderna, y su fe católica, no exenta acaso de algunas supersticiones españolas, no se apuntalaba con el rodrigón de ninguna filosofía; y por eso, seguramente, era entera y profunda. Debajo de la roca primitiva de aquella naturaleza asturiana, cubierta con toda la frondosidad de la selva, estaba el oro puro, sin mezclas ni aligaciones de ninguna clase, y brillaba natural y espontáneo en rasgos de carácter varonil que la tradición guarda y trasmite, sin mucho fruto desgraciadamente. La sangre, sin la

savia del cruzamiento, se esfuma al través de las generaciones, como las crecientes de las aguas al alejarse de su origen. Es lo que va sucediendo con los descendientes de don Juan, con raras excepciones que recuerdan el tronco de la casa solariega. Su vanidad, si alguna tuvo don Juan, la cifró siempre en su palabra recta y honrada como su buena conciencia. Sabía firmar a duras penas; pero tampoco lo había menester, porque él no hubiera puesto nunca su firma por caución de su palabra. Hombre de pelo en pecho, batía la tierra a pata limpia con su atalaje recio de manta y arpillera. No le apuraba la forma exterior de las cosas. Era de aquella escuela positivista de entonces, que se regalaba con el trabajo y se dormía, buchona de cena, después de rezar el rosario.

II

En doscientos años hemos logrado, con inauditos esfuerzos, comunicar en parte el solar de Juan Vélez con la capital del departamento, por medio de una carretera nominal. Doscientos años para dos leguas de carretera no representarían un esfuerzo de trabajo admirable para la raza de la “ruda labor”, si no se tuviera en cuenta que esas dos malas leguas de camino representan las treguas de paz que hemos tenido en cien años de pelea. En progreso tan lento no ha sido posible meter al terruño ninguna revolución industrial, porque cuando viene el arado americano, viene también la explosión brutal de la guerra y lo ataja. A fuerza de lucubraciones políticas y filosóficas y de no hacer nada por el movimiento industrial, que es la vida y la paz de los pueblos, hemos llegado al desastre de las revoluciones; y por eso hoy se ven frescos en La Sabaneta, como en todas partes, los rastros de los conquistadores. No nos movemos para el bien, y reina la misma superstición en todo. Allí esta el gañán sabaneteño, en lo más próspero de la comarca, conduciendo la reja que nos trajeron de España; la misma miel *gorda*, para hacer las mismas *pelotas de dulce*; la eterna evolución del azúcar; y el pobre campesino, el que nos mantiene a todos, con la ruana al hombro y la pata en el suelo, llevando su carga de miserias y olvido.

En el teatro de los acontecimientos de la presente narración, la vida no se ha movido para progesar; no por culpa de aquellos campesinos, gente siempre lista para el trabajo y propicia para el bien, sino de los que fatalmente los han empujado por los caminos del mal.

Casó el cachupín asturiano con doña Manuela de Toro Zapata, tan linajuda y cachona, que don Juan tuvo que repasar el Atlántico en busca de su bagaje nobiliario, para hacerse con la blanca mano de doña Manuela. Tras dilatado viaje, de peligros y penalidades sin cuento, regresó don Juan, de España, con la probanza nobiliaria escrita en caracteres de oro sobre piel de chivo. Una barbaridad de nobleza. Ahora, cuando se da la ilustre sangre inglesa, sin regateos

y sin asco, por los millones de los burgueses americanos; ahora, cuando se hace sin escándalo el trueque de los escudos nobiliarios por los escudos de oro, y aun de balde; ahora, cuando el positivismo clásico del capital ha triunfado en toda la línea sobre el romanticismo insípido de los blasones, el detalle aparecerá ridículo y pueril. Entonces, no. Entonces un ilustre abolengo valía muchísimo más que un padre millonario. Hoy las cosas han cambiado; con la excepción, aquí en Antioquia, de algunos Benavides, descendientes de don Juan Vélez de Rivero, que a través de la transformación social, que va fundiendo en una sola todas nuestras razas, rinde culto de latría a la limpieza de la sangre, que ellos dicen.

III

Remontando la corriente de sus antepasados, iba don Luis Benavides a parar al tronco sano, noble y prolífico de don Juan y doña Manuela. Venía, por línea materna, a ser chozno del preclaro capitán asturiano; pero había brotado del seno materno como un retoño que arranca del primitivo tronco. Era un hombre antiguo con una indumentaria nueva, que bajo el modernismo de las costumbres actuales sentía la nostalgia de aquellos tiempos que él iba viviendo en la memoria de sus antepasados, sin ser rebelde al progreso.

Hombre de austeridad puritana y honradez completa, se escocía haciendo comparaciones entre aquellos tiempos, para él de ingenuidad en las palabras, sencillez y moralidad en las costumbres, verdad sabida y buena fe guardada; y estos, de doblez en los tratos, falacia en las relaciones y relajación en las costumbres.

En sus estudios antropológicos de oído no hacía cuenta don Luis de la actual complicación numérica, y fundía aquella sociedad minúscula de entonces en el molde moral de don Juan Vélez y otros tíos de la laya; y juzgaba la actualidad por los escándalos que le llevaba a su retiro de Palenque, semana por semana, la prensa periódica y algún pariente suyo que iba los sábados con la crónica sensacional de la ciudad, que es la crónica del pecado y el delito.

Hasta del beneficio de los progresos materiales llegó a dudar don Luis. Entre la admiración que le causaba la rapidez de la locomoción actual y los avances de la incredulidad y de la corrupción, que él atribuía a aquella comunicación fácil, se quedaba perplejo. Tal vez pensaba él, nos hemos corrompido a fuerza de revolvernó.

Trayendo de allá y llevando de acá, con recuerdos que lo detenían y progresos que lo empujaban, fue formando don Luis un enredo de ideas y costumbres de un efecto anacrónico y extraño. Semejante a un barco atracado a la orilla, a quien las olas tiran mar adentro, no se atrevía don Luis a soltar las

amarras, temiendo por el bagaje de sus antepasados; pero se encaramaba a lo más alto del trinquete a divisar hacia lo lejos, pensando acaso en alguna transacción posible.

Su casa de Palenque, una casa amplia y vieja, con muchos corredores, aposentos palitroques, zapatas y pilares, era una imagen material de su estado psíquico. Allí, al lado de la mecedora de rejilla con su antimacasar de encaje de bolillo, había un tarimón diluviano tendido con dos alfombras de Pasto, del tiempo de Nariño y junto a la consola deslumbrante de barniz, se paraba el taburete de vaqueta y patas cuadradas, con su pájaro al respaldo.

En el corredor delantero, que daba al poniente, había un escaño prehistórico y dos sillas poltronas que se recostaban sobre una tabla para guardar la indemnidad de la pared. En ese corredor se sentaba el señor Benavides, todos los días, desde la puesta del sol, solo o acompañado de alguno o algunos convecinos que venían a recoger de sus labios las noticias de la Villa, o las sapientísimas lecciones que les daba sobre agricultura, o las interesantes anécdotas del tiempo viejo, del que tenía una copia inagotable. Era gran memorista, de buena sindéresis y médico *in partibus*. Se les había metido en La Sabaneta que aquel hombre, tan distinguido y bien puesto, debía ser doctor; y, quieras que no, tenía que recetarles a los pobres y aun a muchas familias acomodadas, que a fuerza de verlo hacer curas maravillosas, en virtud de lo inocente de sus remedios, acabaron por tenerle una fe profunda.

IV

También intervenía a veces como juez de paz, en las diferencias que sobre la propiedad solían suscitarse entre los vecinos; pero la propiedad se arriesga menos fácilmente que la salud o la vida. Esta la ponían, con la mayor tranquilidad y confianza, en manos de don Luis; pero, cuando se trataba de lo otro, por rareza se conformaba la parte vencida con el fallo adverso, y detrás de la opinión del magnate se venía el pleito. Pura cuestión de positivismo nativo; cuestión económica, además, que consiste sencillamente en que vida tenemos todos y plata no, en lo cual discrepaba don Luis de la opinión general y de la particular de don Juan Valera; y eso que en Medellín, con el proceso en la mano, se le tenía por miserable, tacaño y cicatero. Decían las comadres que nunca daba nada para ninguna obra buena; que estaba acumulando riquezas para calentarlas en vida y después dejárselas a una runfla de parientes tan ricos y tan ñoños como él; porque el señor Benavides, para decirlo de una vez, era célibe y refractario al estado. La ley atávica de la evolución orgánica se había parado en él como en una especie inactiva. Visto por esta faz, era don Luis la x de un problema biológico planteado. No tenía el amor evolutivo del renacimiento; pero tenía hondísima la moral de las afecciones. En la negrada de manumisos que ejercía la mayordomía de Palenque y en dos loros viejos que, paseándose de poste a poste sobre una caña, repetían sempiternamente las cuatro palabras mal dichas de su vocabulario, había fijado su cariño.

El corredor de los loros daba sobre una fronda de árboles frutales. Los primeros naranjos sombreaban un baño grande como un estanque, en que el señor Benavides se bañaba hasta dos veces al día, oyendo, con los carrillos hinchados de risa, el “pego pego” y el “lorito real, daca la pata” de sus loros.

A juzgar por lo que se veía, el primer puesto en el corazón del señor Benavides lo ocupaban los negros de la servidumbre; venían en seguida los loros, y los parientes por último. Estimaba y quería probablemente a toda la

caterva de primos que Dios le había dado, pero sin el entusiasmo que ellos manifestaban por él en signos exteriores.

Con sus inmensas tierras de Palenque, sus ganados, sus minas del Nordeste y, sobre todo, con aquel caudal que se le suponía en dinero sonante y a daño, al cual asignaban las gentes el monto inconmensurable de lo desconocido y misterioso, había venido don Luis a ser una especie de ídolo entre sus parientes; y para el público, ya se sabe que dineros son calidad.

Era don Luis, en todo caso, inmensamente rico con relación a sus necesidades y al terruño donde vivía; pero más que a todas sus codiciadas riquezas materiales, sin excluir los negros y los loros, quería él sus timbres nobiliarios. No hubiera dado aquella piel de chivo que guardaba en caracteres de oro los blasones de su noble sangre asturiana, por todos los tesoros del mundo. Era ingénito en esta raza de los Benavides el amor a la nobleza de la sangre; y, sin embargo, lentamente se había ido mezclando en el amasijo que ha formado la raza americana. Don Luis, que había importado del extranjero en toros y caballos sementales, para mejorar la raza antioqueña, sumás respetables, era enemigo acérrimo del cruzamiento de las razas humanas; y cuando alguno le hacía notar la contradicción, respondía: Nosotros no somos de ceba ni de carga.

V

Pasando por alto la nómina de los negros de la servidumbre de Palenque, que no hace al caso, haré mención únicamente de Simón y Simona. Eran los más hechos de la mesnada. A dos dedos de ellos estaban sus ascendientes africanos. Fueron estos de aquellos desgraciados que, por un lamentable error de cuenta, trajo el Obispo de Chiapas de las costas de África, cogidos en cacería vitanda, en son de aligerar la dura condición a que los conquistadores habían reducido a los desgraciados indígenas de América. Con la importación de los negros, vino el padre Las Casas, inconscientemente, a ampliar la injusticia española y a enmarañar más los asuntos sociales.

Por excepción, estos negros Simones no fueron desgraciados, ni zizaña en el trigo, ni tósigo que viniera a envenenar la sangre cachupina, debido a su buen natural y al medio ambiente en que vivieron.

A cada triquitraque decía el señor Benavides: “Los hombres como Simón se estan acabando”. Tenía razón, porque los negros de Palenque eran de las unidades enteras que el estrago revolucionario había ido dejando.

¡Qué acatamiento aquel con que Simón y su esposa recibían las órdenes del amo, y cuán estrictos eran en la exactitud al cumplirlas!

Ahora, si el amo se sentía indispuerto, ¡qué era aquello por el pronto restablecimiento de su salud! En la huerta había mucha yerba medicinal, y la negra escogía según el caso. Ella determinaba si era menester frío o caliente. Resuelto el punto terapéutico, hacía la infusión que, bien azucarada y en punto, iba a manos del amo. No valían remilgos ni protestas. Tenía que beber. Y cuando la cosa era por el vientre, a bajar los cobertores. Tampoco había remedio, porque la mujer de Simón era de una energía indomable y quería recio.

Después del remedio venía siempre la caricia: Agora vera cómo se alivea su mercé, decía la negra con más ternura y cariño que si fuera la propia madre del amo.

Estos negros, que querían a don Luis con el corazón entero, odiaban del mismo modo a ciertos parientes que iban de visita a Palenque. Se les había metido en la cabeza que los tales primos querían a don Luis por la herencia, que aquellas zalamerías que le prodigaban eran falsas. Disimulaban la inquina en presencia del amo, por no darle ese disgusto; pero allá en la cocina soltaban a sus anchas la rienda de sus odios.

Aquella parentela acariciadora era para los negros la nube negra de Palenque. Sin ella hubieran sido, por excepción, completamente felices; pero con el instinto de la bestia, más que con la razón del hombre, habían comprendido que si su felicidad estaba vinculada al amo, su desgracia lo estaba a sus parientes.

Los miraban estos con cierto desvío amenazador, presintiendo probablemente en ellos a unos competidores funestos en el cariño de don Luis. Había, pues, entre los blancos de la parentela y los negros de la servidumbre, una rivalidad honda y solapada que en el fondo de los corazones mantenía latente un odio furibundo y vergonzoso.

¿Por qué les habían ido cobrando los blancos aquel odio, cuando ellos les habían servido siempre con humildad y cariño? Era la pregunta sin respuesta que los negros se hacían a cada paso.

No veían que la querencia del amo era el hilo conductor de aquellos odios. Metidos dentro de la humildad de sus anhelos, que no iban más allá de querer y servir al amo, se escapaba a su penetración que un blanco empingorotado y rico pudiera tener celos de un negro que, una vez acabada la faena o sea, muerto el amo, se iría con la música a otra parte. Ni en sueños les había pasado a los negros por la mente la herencia del amo; y, sin embargo, los parientes veían en ellos un peligro inmenso para sus aspiraciones hereditarias. ¡Los quería tanto el amo! Don Luis, inconscientemente, había sembrado aquellos odios.

VI

La familia de los Benavides era muy extensa; pero había tres ramas que la fortuna colocó encima del canasto. Estas ramas eran las de los Castellanos, los Lunas y los Porras. Estaba la primera, con el señor Benavides, dentro del cuarto grado de parentesco, según el cómputo civil; y las dos últimas dentro del quinto. La de los Castellanos se tenía por la más esclarecida de las tres. Cuanto al abolengo asturiano, no había disputa, ni podía haberla; pero sostenían los Castellanos que eran de más alta alcurnia y regalía que los Porras y los Lunas, por la cepa castellana. Los Lunas se creían descendientes del condestable de Castilla, Don Álvaro de Luna, y por consiguiente los mejores. No negaban la nobleza de los Castellanos, pero decían que los Porras eran *cinchados*. Estos, a su vez, sostenían que los Lunas venían de Marce la de la Parra por el lado paterno, y que por consiguiente estaban oliscados de sangre indígena; pero la Audiencia de Santa Fe había declarado por sentencia judicial, que la sangre indígena ni daba ni quitaba nobleza, y, por ende, que los Lunas podían sentarse en los escaños reservados a los nobles en la Iglesia Mayor de la Villa. Pretendían los Porras que su verdadero apellido era Porsena; ¡y los Porsenas sí que eran de ilustre cuna y limpio abolengo! Sus antepasados habían tenido que ver con Horacio Cocles y Mucio Escévola.

Todo esto había venido a ser historia antigua de que ya hasta los mismos Benavides se recataban por no despertar las risas de sus contemporáneos, que habían adoptado el patrón de oro para el pavés de sus blasones, con muchas haciendas y dinero en sus cuarteles.

Después de los Castellanos, los Lunas y los Porras, venía la muchedumbre de los Benavides pobres, a quienes la falta de dinero había ido metiendo en tratos matrimoniales indecentes por el lado de la sangre. La pobreza es la polilla de los pergaminos. Los Benavides se iban desprendiendo mustios del árbol nobiliario, como las hojas de otoño, para confundirse en la hojarasca plebeya.

Misteriosa es la ley de las trasformaciones. Los Coburgos de Saxe venían de un porquero de Hungría, y los Protogeras de Manía acabaron de hortelanos en Córcega. Habrá ineptias, habrá decadencias de raza; pero hay también fatalidad y fortuna.

La herencia yacente de don Luis había venido, amén de algunas discrepancias políticas, a ser la manzana de la discordia entre los Benavides nominados. La ralea pobre, como no tenía esperanza alguna en la herencia, no acariciaba al viejo, y se contentaba con devolver en odio el desprecio de sus parientes ricos; y aquí entraba el señor Benavides a recibir su parte promocional. Este no se daba por enterado de las rivalidades de los unos ni de las miserias de los otros. Acaso no las sabía.

VII

A medida que pasaba el tiempo sobre el amo de Palenque, haciendo su oficio demoledor, aumentaba la inquina entre los Benavides de alto coturno; inquina sorda, de malas palabras en las lenguas y mala voluntad en los corazones.

Cada una de las tres familias empingorotadas se espaciaba a olas sobre el tema del primo, que forzosamente traía sobre el tapete a las otras dos ramas. La canalla de la familia, es decir los Benavides pobres, también rugía sordamente contra el viejo. Se recataba, eso sí, de echar su cólera a la calle; porque, aunque los presentimientos relativos al apañamiento de la herencia eran malos, la esperanza no se pierde sino en presencia de la misma realidad; y ¿quién quitaba que don Luis, a pesar de la tacañería de que le acusaban, los sorprendiera con el pasmo de un legado? Así es que todos eran falsos con él, aun los pobres, porque los pobres no ignoraban que ha habido ricos a quienes la espuela de la muerte les ha traído el recuerdo de sus parientes pobres. Por rareza, es cierto; pero bien podía caerles a ellos una rareza de dinero encima.

Murmuraban los pobres entre sí, diciendo: Verán cómo este viejo se lo deja todo a sus parientes ricos, más a los más ricos, porque la plata busca la plata. Al Hospital, al Asilo y a San Vicente, de a cincuenta pesos. Otros cincuenta para los pobres vergonzantes; los pobrecitos van a sacar la tripa de mal año. Para su alma las misas de San Gregorio; mucho que van a aprovecharle. Los recortes para los Lunas y los Porras, y después todo, a carga cerrada, para los Castellanos, que son las ñañas del viejo y los más lambones.

VIII

Pepe Porras, un hombrecito apaisado, regordete y feo, mitad loco y mitad borracho, e inútil por entero, estaba casado con doña María Josefa Benavides Porras, su prima hermana. Doña Chepa era cenceña y también muy fea; pero tenía una hijuela gorda y saneada, que les daba a ella y a su marido para vivir ociosos. Pepe oía invariablemente la misa de canónigos, y doña Chepa había trasferido el amor de dos sietemesinos que se le habían muerto en la cuna, a la sacristía parroquial de la Vera.

Como el Troncho, que así llamaban a Pepe, pasaba lo más de la vida escupiendo los tragos por ahí en las cantinas, ella, la pobre madre sin hijos, la esposa caída en el afecto de su marido por sustracción de materia, se había metido a sacristana de la susodicha iglesia, sin mucho agrado del párroco. Además de los quehaceres cultuales, que eran muchísimos, doña María Josefa no descuidaba el negocio de Palenque, y vivía en campaña para expugnar la fortaleza del corazón de su primo, que a ella le parecía muy empedernido. Protestaba que no lo hacía por interés. Su confesor bien lo sabía. Su conato en aquel asunto era por la parroquia, por aquella iglesia de la Vera, tan desmantelada y pobrecita. Había que alargarla hacia atrás, y limpiarle el frontispicio por delante, y derribar esas barbacanas viejas, y sembrar un jardincito en la plazuela, y comprar unas Estaciones decentes, y un órgano, y unas andas para el paso de San Joaquín, y casullas y roquetes y paños de altar. ¡Ave María purísima! Era una vergüenza que Nuestro Señor, el dueño de todo, el que viste los lirios del campo y alimenta los pajaritos del cielo, viviera en medio de tantas escaseces. Para remediar todo aquello quería ella la plata del primo, y también para que esas Castellanos, tan disipadas y mundanas, no fueran a cogerla para derretirla en fiestas profanas, en esos bailes escandalosos y en ese teatro indecente.

Pepe venía siempre al fin de sus monólogos, aquel Pepe tan inutilón y tan

paranada. Si Pepe fuera otro, ya tendría entre un puño la voluntad de su primo. Pero Pepe no dejaba el trago, y el trago iba a echar a perder el negocio; porque don Luis era intransigente en materia de tragos. Para que Pepe dejara ese vicio había hecho los siete domingos de San José, los trece martes de San Antonio y los nueve viernes del Corazón de Jesús, y mandado a hacer una copita de cera de castilla para el San Antonio de Pereira y un corazoncito de plata para la Milagrosa de Chiquinquirá. Todo inútilmente. Nuestro Señor estaba muy *sordito* con ella, o quería probarla. Pero el fracaso de sus súplicas no atemperaba sus demandas. Pedía siempre. Pepe, sin embargo, no dejaba el trago. Se desesperaba doña María Josefa de tener que valerse de los servicios de Pepe para con el señor de Palenque. El día menos pensado iba su marido a echar a pique la nave de sus esperanzas con aquel cargamento de tan buenas obras.

IX

Mientras los santos le hacían el milagro de curación de Pepe, porque doña Chepa contaba con que al fin y al cabo pondrían su negocio al despacho, pensó en meterle un rodrigón al asunto de Palenque. Dádivas quebrantan peñas, se dijo, y una vez hecho el propósito de atraerse el corazón de su primo a fuerza de obsequios, comenzó un desfile de pasteles tan grande que Pepe decía:

—Ni con todo Palenque y la guaca de encima nos paga la mitad de los pasteles.

—Por tu culpa, por tu grandísima culpa, le contestaba doña Chepa. Formalízate, cogé juicio, y verás cómo no hay necesidad de tanto emplasto.

A los agasajos de pastelería resolvió doña María Josefa agregar otros de mayor trascendencia y más de acuerdo con su género de vida y su modo de pensar. El dulce, en la forma de sus regalos, no era al fin más que una golosina, mientras que eso otro en que pensaba era lo positivo, lo sustancial, lo eterno. Eso llevaba en sí mismo la promesa del logro; del milagro, si era preciso, porque significaba la santificación de sus propósitos. Todos sus deseos, sus anhelos todos, eran ultraterrenos y encaminados a la gloria de Nuestro Señor, mientras que las Castellanos y las Lunas convertirían a Palenque, según sus piadosos augurios, en un verdadero palenque de placeres mundanos. Sacaba doña Chepa esos presagios de la cuenta estrecha que de las diversiones de las Castellanos y las Lunas llevaba en la agenda de su memoria.

¡Aquel año había sido un escándalo! Después de ajustada la cuenta aritmética de los bailes, los teatros, las retretas y las giras campestres, iba haciendo, entre sugerencias malévolas y algunos conceptos sensatos oídos al párroco de la Vera, el esbozo de aquellos regodeos. Luego, por una concatenación de ideas, venían las mamás y la herencia. ¡Ah! las mamás hacían tanto caso del desenfreno de las hijas como de las pláticas del Director de las mónicas; es decir, ningún caso. Imposible que la plata del primo llegara a ser

pasto de tanta lujuria. Medellín, en aquel soliloquio, se hundía en una ciénaga de vicios que era preciso cegar. Su Reverencia debía decir algo claro de aquel hundimiento.

Del lado de las Castellanos y las Lunas tampoco se medían las lenguas para hablar de su rústica prima. Esta, en el concepto de aquellas, era una mojigata, rapavelas, envidiosa y falta de oficio, que pensaba saldar sus cuentas con Dios comiéndose los ladrillos de la sacristía de la Vera.

Los presentes en que doña Chepa pensó para acusarles las diez de última a sus primos, fueron una bendición papal para la hora de la muerte, con fotografía de Su Santidad, y un escapulario de Nuestra Señora del Carmen. La bendición fue pedida a Roma por conducto de un comisionista, y el escapulario lo labró la hermana Antonina María del Santísimo Sacramento, que era una bordadora habilísima. Lo bendijo e indulgenció el Obispo diocesano; y junto con la bendición, lujosamente enmarcada, fue Pepe a llevarlo a Palenque. A duras penas metió doña Chepa el cuadrito de la indulgencia en el bolsillo de Pepe, a quien, durante la faena, amonestaba y aleccionaba aquella. Después, para evitar que bebiere licor, lo atiborró de chocolate.

Le hizo beber un canjilón como para soportar tres leguas de jornada. Una vez en Palenque, quedaba libre de todo mal y peligro, porque el primo Luis le daría más chocolate. Trago, en ningún caso.

Llegó Pepe en malísima coyuntura a Palenque. Poco antes había llegado allí don Conrado Castellanos, que era el jefe de los Castellanos Benavides. También llevaba regalo, pero no de papeles con promesas futuras, sino la misma realidad, lucia, gorda y tangible, en la procera figura de un burro garañón traído de España. Había costado cuatro mil pesetas en la feria de Sevilla. Era un precioso animal. Lo estaban viendo cuando llegó Pepe. Don Conrado, que era un gran fanfarrón y quería humillar a Pepe, dijo con mucha prosopopeya, dirigiéndose a don Luis:

—Lo pedí expresamente para usted.

Pepe, en presencia de la esplendidez del regalo del otro, no sabía qué hacer con la indulgencia y el escapulario. La augusta majestad del burro lo tenía anonadado. Si se hubiera tomado un trago en el camino, habría podido sacar fuerzas de flaqueza, y decir algo; pero así, a sangre fría, no se sentía capaz de nada.

X

La situación de Pepe vino a agravarse más todavía en el almuerzo. Don Conrado, que era carta fuerte en materia de telas, no pudo menos de admirar la servilleta que le habían puesto. Era una obra acabada de lencería.

—Esa y otras once, con el mantel —informó el señor Benavides— es un regalo de la primas Lunas.

Aquello era de tan raro mérito, que el señor Castellanos no pudo menos de morderse los labios, y en son de comentario habló de la riqueza de los Lunas.

—Están riquísimos; hicieron un negocio fabuloso con la acuñación de la plata de quinientos milésimos.

—¿Cómo así? —preguntó el señor Benavides.

—Haciendo de un peso antiguo, que tiene novecientos milésimos, poco menos de dos pesos regeneradores, que solo tienen quinientos; y como las cosas no subieron de precio, resultaron compradas por la mitad de su valor, que fue lo que hicieron los Lunas. Esto olía a política, y como el señor Benavides le tenía asco a la política, que para él no era otra cosa que un juego de dado entre tahúres fulleros, desvió la conversación a otro terreno, y fue al muy deleznable y quebrado del ferrocarril de Puerto Berrío, que era el gran escándalo de la época. Aquí cometió Pepe otra pifia, consistente en que no resultó en un todo de acuerdo con las opiniones de don Luis. Por meterse a anticipar opiniones, contra las expresas instrucciones de doña María Josefa.

Creía Pepe que la felicidad de un país consiste en tener hartos ferrocarriles. No era esta una verdad absoluta para el señor Benavides.

Según su criterio, llevan corrientes de progresos materiales, de los cuales era acérrimo partidario; pero las llevan también de desmoralización, de que era acérrimo enemigo.

—Nosotros —prosiguió diciendo don Luis— éramos mejores antes. No sé si es coincidencia, o culpa de estos progresos modernos. No sé. Lo cierto es que se

ha ido lo patriarcal, lo ingenuo, lo justo, lo sencillo y quedan, en su lugar, el cálculo y la especulación...; hasta la misma moral es hoy transigente y acomodaticia.

Es lo mismo que estaremos nosotros diciendo mañana.

Don Conrado, que no había dicho palabra, resultó enteramente de acuerdo con don Luis.

Cuando, al final del almuerzo, porque todo esto pasó durante el almuerzo, trajo la negra Simona un postre, dijo don Luis:

—De la prima María Josefa. Tampoco se olvida de mí. Ayer me mandó este dulce.

—No piensa ella en otra cosa —tartamudeó Pepe, desconcertado por aquella revelación que bien podía ser una burla del primo, pero que en todo caso era una comparación odiosa para ellos.

La compota de duraznos era una miseria en presencia de aquel burro sevillano y aquella mantelería de alemanisco. A Pepe lo ahogaba la compota. Por echar al olvido tema tan odioso para él, contó lo primero que se le vino a la memoria, y fue que el cura de N. se oponía a la reconstrucción de un puente que el comején había tumbado, porque por ese puente se le metía la corrupción de Medellín en su parroquia.

—Y la corrupción no se mete al agua? —preguntó don Luis con sorna.

—Demás que se mete, —se apresuró a responder Pepe.

—La corrupción —añadió con énfasis don Conrado— es un animal anfibio, y tan sutil que lo mismo pasa por encima que por debajo de un puente.

—Más fácil por encima —observó don Luis.

—Es claro —dijo don Conrado.

—Como el agua —añadió el Troncho.

—No es que yo me oponga —prosiguió don Luis— a que se haga el puente. Debe hacerse. Un puente siempre es un progreso; pero....

—¡Ah! eso es lo grave —dijo don Conrado.

—¡Oh! sí, lo grave —murmuró el Troncho.

—Pero si no he dicho nada —observó don Luis.

—Ese “pero” de usted, primo, es la faz contraria del asunto, y no hay asunto que no tenga dos faces.

—Pues este para mí —dijo don Luis— no tiene más que una, y es hacer el

puede.

—Es evidente —afirmó don Conrado.

—¡Oh! sí, ¡evidente! La excepción confirma la regla, y allá iba mi cuento.

Parecía aquello la representación de un cuadro político moderno. Conocidas las ideas del magnate, cualesquiera que sean, o sospechadas siquiera, se juntan las manos y se doblan los espaldas, para aplaudir y aprobar, y siempre el doblez y el aplauso están en razón directa de la cuantía de la pitanza.

—¡Ah! —exclamó don Luis, después de que sus visitantes se marcharon— los ideales antiguos son hoy del dominio del estómago. Ya no se piensa. Se mástica y se digiere.

XI

A las cinco de la tarde del día de la embajada del Troncho a Palenque, se dio doña María Josefa una huidita a la iglesia de San Antonio. Iba a hacer, en compañía de sus consocias, el nombramiento del nuevo Consejo de la Orden Tercera de San Francisco. Antes de instalarse, fue doña Chepa a llevar al Pan de los pobres de San Antonio una carta, que metió cautamente por la hendedura de la urna. Es indubitable que la carta llegó a su destino y que fue satisfactoriamente despachada por el excelso taumaturgo de Padua, que no es ningún tonto, como se verá al fin de esta historia.

Entre un poco de palique y no muy metódicamente, se hizo el trabajo del nombramiento, y a las seis estaba de vuelta en casa la cara mitad de Pepe. Este no había regresado aun de Palenque. Doña Chepa se quedó pensativa. Podía ser que don Luis lo hubiera demorado, pero podía ser también que se hubiera *rascado* en el tránsito. Se inclinaba a creer lo primero, mediante la eficacia del escapulario que llevaba encima y de un algodón tocado en el cuerpo de un bendito religioso de Leiva, muerto en olor de santidad, que le había puesto a Pepe, secretamente, debajo de la solapa del chaleco, del lado del corazón. No por esto dejaba de inquietarle lo otro; porque *El Patas*, pensaba ella es muy sutil y muy diestro para perder a las criaturas, y en este negocio estaba ayudado por esa maldita afición de Pepe al trago. Sin embargo, se decía doña María Josefa, continuando aquel monólogo eterno de esa lucha sin misericordia que sostenía contra los vicios de Pepe: Pepe va a llegar trayéndome buenas noticias de Palenque, porque el algodón tocado en el cuerpo del fraile ha hecho muchos milagros. Y me va a hacer el de la curación de Pepe. Pepe, además, asiste todos los días al Santo Sacrificio de la Misa, y eso ha de tener su recompensa.

Pensando en estas cosas estaba la pobre señora, cuando sonaron dos golpes formidables en la puerta de la cuadra, que en Medellín llaman “falsa”. En un periquete salió doña Chepa a la portalada, llevándose por delante el portón.

Allí, a veinte pasos, estaba Pepe descuajaringado y taciturno. Se iba y se venía sobre la cabalgadura trazando unos círculos mal hechos, de origen sospechoso. Bien podía ser que el sereno lo hubiera mareado. Doña María Josefa tuvo esta esperanza. Abrió el paje la puerta, y Pepe entró rastrillando el caballo sobre el empedrado del pasadizo. Casi se desploma en aquella evolución hípica. Después, en media docena de envites y con la ayuda del paje, logró cobrar tierra. El descoyuntamiento de las piernas, lo hiposo de la voz y el tufo que arrojaba por la boca no dejaban duda sobre la procedencia de aquel desequilibrio. La señora, azorada y medrosa, deshizo el camino para ir a enterarse. Juntas las manos en actitud de súplica, se quedó mirando a Pepe. Este se apuntaló en la jamba de una puerta para no caer del bambaleo, y mirando a su mujer con ojos de besugo, le dijo:

—No hay que hacer... no hay que hacer aspavientos... aquí están tus... tus cachivaches... con... con ese burro son pendejadas...

—Pero, Pepe, por Dios, —murmuró la desdichada mujer, siempre con las manos juntas y la mirada suplicante.

—Bueno... atendé... yo estoy un poco penequeteque... pero no importa...

Doña Chepa se puso las manos en el rostro y bajó la cabeza. Pepe prosiguió diciendo:

—Triunfo de la herejía en toda la lí... línea.

Esto sí no pudo aguantarlo a sangre fría la señora. Bajó los brazos, irguió la cabeza, y temblona y fuera de sí, le gritó con furia:

—¡Callá, blasfemo!

Quiso Pepe responderle con los puños, y se cayó de bruces. Fue la última manifestación activa de aquel acceso alcohólico.

¡Qué cúmulo de escándalos y profanaciones para una mujer que iba a comulgar al día siguiente!

En la gresca, Pepe había tirado al suelo y pisado los santos regalos. La obra artística de la hermana Antonina había quedado a la vista de los perros, roto el retrato de Su Santidad y profanado aquel tesoro de indulgencias por la pata del blasfemo. La reacción de doña María Josefa fue tremenda.

Al impulso enérgico de la ira, sucedió el abatimiento del conflicto. Se tumbó, con la fatiga física y moral del lance, en una silla.

Ahora, mientras Pepe roncaba la perra en la alcoba vecina, ella pensaba,

entre gimoteos y suspiros, de este modo: Puesto que Pepe ha llamado burro a don Luis, es porque don Luis lo ha recibido mal. Por eso no le dio los regalos y por eso se emborrachó. En conclusión, la culpa de todo la tenía la ingratitud del primo, que no sabía apreciar los agasajos que se le hacían. Era preciso insistir, sin embargo.

Las mujeres son generalmente tenaces en sus propósitos; y doña María Josefa, que no era una excepción de la regla, se había propuesto triunfar. Dejarles libre el campo a los Castellanos y a los Lunas sería una debilidad que Nuestro Señor no le perdonaría. Quitarles el platal de aquella herencia a los teatros, los bailes y demás diversiones mundanas, para fomentar el culto de Nuestro Señor, era una obra piadosa que había de pesar mucho en la data de su cuenta postrera. No era posible dejar triunfar a Satanás contra el Ungido; pero si triunfa –añadía la mujer de Pepe, resignada–, será porque así conviene. Para ella, todo, hasta las perras de Pepe, era obra de la voluntad del Altísimo.

XII

Esto pasaba el día de la Virgen del Carmen. El siguiente era el de los Hermanos, y doña María Josefa se había equipado desde la víspera para ganarse la plenaria. Así es que el suceso de Pepe y el insuceso de Palenque la tenían contrariadísima. Su confesión, una confesión de tres horas largas, se había ido a pique con el disgusto de Pepe. Verdad que ella tenía “extraordinarias” para comulgar en esos casos; pero por la estrechez de su conciencia no cabían semejantes licencias. Recibir en su pecho a Jesús Sacramentado sin lavarse de aquel enojo en que se había permitido llamar blasfemo a Pepe, no lo haría ella sin que su confesor la penitenciara y absolviera. Las pesadillas y los insomnios de aquella noche vinieron a agravar la situación de su alma.

Soñó tan malas cosas de su primo Luis, de los Castellanos, de los Lunas y de Pepe. Tuvo malos pensamientos y malísimos deseos. La espantaron. Oyó golpes metálicos en el vaso de agua que reposaba en la mesita de noche; oyó un zapato que se arrastraba por el suelo y un golpe, como un latigazo, descargado en el aguamanil. No era cosa de sueños. Estaba muy despierta, tenía la cabeza caliente, y veía en la oscuridad del cuarto, a través de los párpados caídos, muchas figuras luminosas. Por fin abrió los ojos y vio una claridad fosfórica como de luna amortiguada. Podía ser la Santísima Virgen que venía en su auxilio; pero, ¿qué significaban el golpe metálico que se repetía de tiempo en tiempo, y el latigazo, y la chinela que seguía arrastrándose?

Ya no se atrevía a abrir los ojos ni a sacar las manos de debajo de los cobertores, porque le parecía que por los ámbitos del cuarto volaba Satanás, y que una mano peluda estaba allí lista para agarrarla y cargar con ella.

El zapato seguía arrastrándose entretanto, y el reloj de la casa dio la una. La una apenas. Había una eternidad de allí a las cinco, que era la hora en que aquel bendito sacerdote iba a la iglesia.

Volvió ligeramente la cabeza sobre la almohada, dejando libres ambas

orejas. Entonces cesaron muchos ruidos; pero se oía mejor el del zapato. Trascurrió mucho tiempo, tanto que doña Chepa pensó que el reloj se había parado. Le dolía la nuca en aquella posición que había tornado para dejar libres las orejas; pero no se atrevía a dejarla por miedo de los ruidos. En esto volvió el reloj a dar la una. ¡Dos veces la una!, pensó aterrada la señora. Pasó mucho rato, pero mucho. El silencio era completo; hasta la chinela había dejado de arrastrarse. Doña María Josefa ignoraba si la claridad fosfórica alumbraría aún la alcoba, porque no se atrevía a abrir los ojos. El tiempo no corría, por lo menos no sonaba en las horas.

Saltando de pensamiento en pensamiento, había repasado la desvelada señora toda la historia de su vida y recordado mil detalles de cosas viejas y de sucesos nuevos. Lamentó pifias, formó planes e hizo propósitos, sin que parecieran las dos, ni en el reloj de la casa ni en ninguno de los de las torres de la ciudad. Su cabeza era un hervidero de pensamientos que ella no podía acallar. No había logrado disipar uno, cuando venía otro a reemplazarlo. Suspiraba por las cinco, cuando volvió a sonar la una.

¡La una tres veces! Todo era extraño aquella noche. Hasta el reloj de sus abuelos, siempre tan arreglado y exacto, se había conjurado contra ella y venía a espantarla. El peso de la fatiga la fue rindiendo lentamente. De la espantosa realidad de la vigilia, había pasado al antro horrible de la pesadilla.

Ahora veía en sueños los abismos hondos del infierno, repletos de almas que nadaban en lagos de pez hirviendo. ¡Allí los escorpiones y los sapos y los olores nauseabundos y los quejidos eternos! Veía un murciélago descomunal que arrastraba sus alas peludas por el suelo... Al fin, tras las visiones furentes de aquellas almas réprobas, sintió unas gotas de plomo derretido que le surcaban las carnes, y dio un grito inarticulado y espantoso, un grito de pesadilla, y despertó. A poco sonaron las tres, y un gallo cantó muy recio en el solar vecino. Todavía hora y media hasta las campanadas del Ave María, y en esa hora y media el desfile espantoso de las visiones soñadas...

Por fin, tras hora y media de torturas, volvió a cantar el gallo, y sonaron las campanadas del Ave María: el repique fue un himno de vida para la pobre mujer de Pepe. Contuvo la respiración, abrió los ojos y se puso a inquirir. Una claridad muy tenue se metía por las rendijas, e iluminaba a trechos el aposento. Dos cucaracheros cantaban alternados en el naranjo del patio. Ya no había espantos, y

Satanás se había marchado. Doña María Josefa prendió la luz para ayudar a la del día. Una cucaracha muy grande se había ahogado en el agua del vaso, y el zapato había ido a parar junto a la pared del corredor.

XIII

Se fue a la iglesia.

Ya el padre Aldana, su confesor, estaba allí rodeado de muchas penitentes. Doña María Josefa fue atendida cuando logró aportar a la celosía del confesionario.

—Puede comulgar, —le dijo el Padre sin oírla.

—Por nada, Padre: la noche ha sido horrible.

—Diga, pues.

Se lo contó todo. El Padre se sonreía con sorna. Cuando hubo concluido, la dijo:

—Eso no vale nada. Récele una salve a la Virgen, y vaya comulgue. —Pero ella insistió. La arrastrada de la chinela, y el ruido del vaso, y el golpe de la mesa la tenían turulata. Para ella todo eso era sobrenatural y diabólico. El enemigo malo había andado suelto por su cuarto, y ella necesitaba de una absolución sacramental.

—Pero ¿no me dijo usted —le preguntó el confesor— que una cucaracha había amanecido ahogada en el vaso de agua? Esa cucaracha fue la de los ruidos metálicos, y una rata la que arrastró la chinela, y el calor rajó la madera del aguamanil. Vaya, vaya comulgue.

—Pero, ¿y la luz, Padre?

Bien sabía el Padre que era un fenómeno de óptica; pero no había tiempo para explicárselo, y tal vez convenía que doña María Josefa se quedara envuelta en las tinieblas de aquella claridad. La verdad no puede administrarse sino a quien es apto para recibirla.

En componendas, sacó doña Chepa que el Padre Aldana fuera aquella misma tarde a bendecir el cuarto.

—Voy, pues a absolverla —le dijo—; esté tranquila, muy tranquila. Récele una salve a Nuestra Señora del Carmen, y vaya comulgue.

Entretanto, doña Chepa se acordó de otra cosa. De aquellas tres unas que había dado el reloj, y volvió a llamar. El Padre inclinó paciente el oído sobre la rejilla para oír otra vez a doña Chepa. A medida que hablaba se le iban hinchando al párroco los carrillos de risa, y en poco estuvo para que no estallara en una carcajada estrepitosa.

—¿Pero no hace cuenta usted de las medias?

—De veras, padre; vea qué bobada la mía; con los espantos no caí en la cuenta... Bueno, no se olvide de mi encargo.

—No, no..., con unos asperges de agua bendita quedará usted más tranquila. Ahora, en castigo de su simplicidad, récele otra salve a la Virgen por la intención del cura, y vaya en paz.

Después se oyó el susurro de la absolución.

Acababa el Padre de trazar la cruz redentora, cuando volvió a tocar doña Chepa.

—¿Qué más ocurre? —preguntó amoscado el Padre.

—Una cosa que me tiene muy intranquila.

—Pues dígala.

—Que ayer, al despedir a Felipa, aquella criada vieja que nos sirvió tantos años, la Filipona por mal nombre, que usted conoce, la engañé en dos riales en la cuenta.

—Pues mándeselos.

—No ha sido posible encontrarla. Ayer perdió Petronila todo el medio día en su busca inútilmente. Le dijeron que se había ido para Amalfi: ella es de Amalfi. Allá tiene unos parientes ... Yo no sé de cierto, pero me parece...

—Dele esa peseta a un pobre.

—Y si la Filipona, Jesús me valga, digo, ¿si Felipa parece?

—Le da otra peseta.

—Bueno, Padre; pero con Felipa hubo un medio disgusto, porque se rió de Pepe.

—Eso no vale nada; vaya comulgue.

—¿No sabe, padre?

—¿Qué?

—Que ya hay bastantico para el alumbrado del Santísimo. Celia anda ahora con la cantarilla de las uvas. Pepe me ofreció también recoger entre sus amigos.

¡Cuanto nos podría servir para todo esto la plata del primo Luis! Si no fuera por eso, yo no me metía en nada...

—Muy bueno..., vaya comulgue.

—Otra cosita: acúsome, padre, de que cuando Felipa se rió de Pepe, le dije malcriada y una palabra muy fea, Ave María. Yo tenía rabiecita. Me parece que también le dije cochina, pero esto no lo tengo bien presente...

—Vaya comulgue —y sin decir ni oír más, el pacientísimo cura inclinó la oreja a la rejilla opuesta.

—Salga, ¿qué más espera? —le decían de atrás a doña Chepa, añadiendo a estos reclamos de palabra, algunos otros de obra, más apremiantes y eficaces. Había ingresado a la rejilla opuesta del confesonario, a codo y cadera, otra penitente. Detrás quedaba, alborotado y gruñón, un buen porqué de mujeres.

Mientras la vencedora se *canteó* en la telera, las otras murmuraban diciendo:

—¡Qué jubileo será el que va a ganarse esta descarada!

Pero la descarada no hacía caso, por más que la denostaban y oprimían. Bastante tenía ella con haber ganado la reja. Al salir, con la falda en la mano y sin mantilla, le pellizcaron las piernas. Reprimiendo la cólera, que le brotaba en púrpura a la cara, recogió la mantilla y se fue al comulgatorio. Tampoco era todo recogimiento, devoción y compostura en la mesa eucarística.

Allá también ingresó nuestra dama a viva fuerza. Ni había que culparla. Era una pobre señora casada, con nueve vástagos, cinco de escuela, y un marido de malísimas pulgas, que, por fortuna para el caso, trasnochaba en el Club. Ya eran las siete, y desde las cinco estaba allí en la porfía de la reja. Muchas veces le había dicho el padre Aldana que primero era la obligación que la devoción; pero ella no se perdía por nada las gracias del jubileo. El jubileo no era más que una vez en el año, y marido y muchachos había para todos los días.

—Es muy justo —decía ella, en conversación con doña Chepa Benavides— que a la pobrecita alma le toque algo.

—Tiene razón, mi hijita —le contestó doña Chepa—: es lo único que queda.

—Lo único; pero al señor cura no le gusta. Siempre con la cantaleta del marido y los hijos y los cuidados de la casa.

—El Padre es un santico, no se puede negar; pero tiene la manga anchita; es tan condescendiente, y tan buenito, —añadió prontamente para atenuar la fuerza

de sus palabras—. ¡Jesús me valga! ¿Cómo se lo voy a decir al Padre Aldana? Sera confesárselo a otro padre; pero de esto resulta una malicia muy grande; ¿no le parece a usted Beatricita?

—Pero si usted no ha dicho nada malo.

—Vea, mi hijita, la sola intención es un pecado.

Desechó la intención, e hizo el propósito firme, aunque se le cayera la cara de vergüenza, de decírselo al padre Aldana, junto con aquella palabra fea que dijo contra la Filipona, que había callado en la confesión pasada. El señor cura iba a enojársele; y para ella, enojar al señor cura era cerrarse el camino de la salvación; porque solo el padre Aldana sabía andar en su conciencia y llevarla por donde era; pero el padre Aldana, en vez de enojarse cuando doña Chepa, muerta de vergüenza, largó los dos pecados, sintió el cosquilleo de la risa. Su hija de confesión era una boba, cuando menos. Se enredaba en naderías y triquiñuelas, discutía los centavos y derrochaba los millones.

XIV

En la familia de los Lunas había una muchacha, ahijada de don Luis, que iba creciendo a la par en años y en belleza. Ahora tenía diez y ocho. Para el público, Rosa que así se llamaba la muchacha, era la heredera evidente de don Luis. Los medellinenses, habituados *ab initio* a los testamentos nuncupativos de los tíos célibes de herencia morrocotuda, buscan siempre, desde que la cosa está en ciernes, algún sobrino que haya venido a suplir en su corazón los afectos paternos; y Rosa, para una sociedad que no estaba al tanto de las cosas de Palenque, era la llamada a llenar aquel vacío en el corazón del señor Benavides. No sabían los medellinenses de qué manera los negros y los pájaros calentaban con su cariño la existencia del viejo celibato; pero, aunque lo hubieran sabido, no iban errados en sus bártulos; porque, ¿quién había de suponerse que aquel fortunón fuera para la negrada horra de la servidumbre o para dos loros inconscientes y caducos? En sus conjeturas verosímiles apretaban el capricho de los pretendientes.

Los Lunas habían echado mano del recurso de la muchacha en el juego de la partida hereditaria. Y Rosa iba con frecuencia a Palenque a ver a su padrino. Este, por su vida y por sus hechos, parecía insensible a los cuatro encantos de una belleza femenina: pero la verdad es que cuando Rosa llegaba a Palenque, parecía traicionarlo la carne, y se acercaba a la piedra del desmontadero a darle la mano. Esto había tenido ocasión de verlo don Conrado con el ánimo suspenso, y de saberlo, escandalizada, doña María Josefa. Contra el peligro de la muchacha había para los Castellanos el remedio de una alianza; porque si las Lunas tenían el diseño de Rosa, ellos tenían el donaire de Pachito que era un su hijo de regular porte aunque de mediano entendimiento. Don Conrado y su mujer pensaron seriamente en un enlace entre las dos familias, que pudiera sacar a flote las pretensiones hereditarias de los Castellanos, y entonces empezaron los encuentros casuales de Pachito y Rosa en el solar de Palenque.

Por los ojos del muchacho se fueron escurriendo hasta lo más hondo del corazón todas las gracias corporales de la niña. Aquellos ojazos de negrura intensa que irradiaban fulgores; aquellas trenzas que bajaban por la espalda hasta la cintura, como dos haces atezados. Era alta, derecha como un huso; las manos un prodigio de torno y de blancura; correctos los perfiles; eróticas las curvas y pequeñitos los pies.

Rosa, por desgracia, estaba bien enterada de sus perfecciones corporales y veía a su amartelado primo con el más indiferente desvío, con un desvío que estimulaba la pasión del otro.

Desde la altura de su belleza y de su raza, iba Rosa, sin pensar en la carrera y los estragos del tiempo, repartiendo sonrisas desdeñosa entre la chusma de sus adoradores. Luchaba Pachito, con empeño, por abrirse paso en el corazón empedernido de su prima; y los Castellanos, con diplomacia, por volver a la amistad decidida de los Lunas; sin que el uno obtuviera mejor éxito con sus manifestaciones verdaderas, que los otros con su refinamiento falaz. Los Lunas entendían perfectamente el juego, creían llevar la mejor parte en él, y no se daban prisa a abrir los brazos a la diligencia de sus parientes. Rabiaban estos por la indiferencia de Rosa al requerimiento amoroso de Pachito. No se atrevían, sin embargo, a romper con los Lunas sin asegurarse de las simpatías del señor Benavides. El desastre final sería espantoso para los vencidos, y no querían festinar nada. Ahora, enfrente de la pasión de la codicia, se alzaba la pasión del amor propio. Ya se verían con los Lunas en la másada de Palenque.

XV

Que, por ministerio de estas rivalidades, se había convertido en un santuario a donde iban a parar las oblaciones de los fieles. Allá habría de decidirse al fin quiénes eran los escogidos y quiénes los réprobos; y como todos los Benavides pensaban que la recompensa sería proporcionada a los méritos, cada cual se esmeraba por la pompa del culto. Bien sabían ellos que al dios de Palenque, a quien no le era dado leer en el libro secreto de la conciencia, se le podía engañar con dádivas materiales y reverencias falsas; y aquí, en los altares de este culto externo, se encontraron los pensamientos de las tres familias contendoras para arrebatarse el ídolo. Pensaron las tres en traérselo de Palenque a Medellín. Con él a la mano, la herencia quedaba definitivamente asegurada; porque don Luis al fin era bueno y no sería ingrato.

Doña María Josefa se valió del padre Aldana para este cambullón diplomático; y como el padre era muy amigote de don Luis, y como no se trataba de ninguna indecencia, sino por el contrario de una obra buena como era la de sacarlo de aquella soledad y traerlo a Medellín, el padre vino en ello.

Verdad que Pepe, vuelto en sí de la perra que cogió a su regreso de Palenque, había dado explicaciones satisfactorias relativas a su misión diplomática; pero, como ahora se trataba de asunto más grave que la conducción de un regalo, y como Pepe no había sido curado de su afición alcohólica, por más resortes espirituales que doña Chepa había movido, determinó esta que la embajada quedaría a cargo del padre Aldana, con Pepe de adjutor, en caso de que quisiera ir. Creía doña Chepa que ante la augusta majestad del sacerdote se rendiría el corazón del creyente, y que los medios mundanos de los otros no podrían competir con los sobrenaturales de que ella se valía, echándole siempre a Dios en cara que aquel trabajo era *ad maiorem gloriam* suya.

Supo doña Chepa, por conducto del sacristán de la Vera, que tenía ciertos entronques con la cocinera de los Lunas, que ya la ahijada había andado con su

padrino en las vueltas del trasplante; y, por conducto del mismo, que era un Argos de siete suelas, que don Conrado, en compañía de un doctor Olalla, que era grande amigo suyo, había estado en Palenque, llevando entre manos el mismo negocio. Lo que no sabía a ciencia cierta doña María Josefa era lo que había respondido don Luis. En todo caso, allá estaba este todavía. “Me han ganado de mano” –pensó para su sayo la mujer de Pepe–; pero tal vez así convenga; porque todo este negocio lo he puesto en manos de san Martín de Porres, que es el mejor abogado para esta clase de necesidades. Él sabrá qué hace conmigo.

XVI

El doctor Olalla, persona a quien hemos de hallar varias veces todavía en el transcurso de esta historia, era un abogado originario de Rumasón, radicado en Medellín, donde ejercía la profesión, según anuncio puesto en letras capitales sobre la puerta de su oficina. La vida jurista de Olalla era una prueba evidente de que hay buenas y malas y de que Macaulay no tuvo toda la razón cuando dijo que el genio hace la fortuna. En Olalla la fortuna lo hizo casi todo; casi nada el talento y la instrucción.

Por uno de esos caprichos de la suerte, apuntalados con una buena memoria, una lectura asidua del periodismo y un descoco sin límites, había venido a ser uno de los abogados de más renombre en la Villa. Todo pleito casable iba indefectiblemente a parar a sus manos, y eso que había cometido suficientes pifias y barrabasadas para dar al traste con su jurisprudencia y sus talentos; pero una preocupación arraigada puede más, muchísimo más, que una mala aptitud; y Olalla seguía, consciente, enredando la pita de los negocios que le confiaban, ganando bastante dinero y cada día más en auge. No es una novedad entre nosotros. Así hay gentes en la milicia, en la medicina, en la banca y en todo. Olallá iba muy orondo en el séquito de todas estas nulidades, que él tenía la pretensión de encabezar en las agitaciones políticas.

Se pelaba por los estudios especulativos, que él decía, entendiendo por tales, los sociológicos y filosóficos, probablemente por la sugestión monetaria del vocablo; y en esa carrera de estudios había ido a parar al sincretismo, porque, según él, era menester ir tomando de aquí, de allí y de más allá, para formar un haz de verdades. En el revoltillo humano, nadie para Olalla tenía toda la razón ni carecía de parte de ella; nadie, ni aun los mismos anarquistas. Para él, al anarquismo lo habían empujado de las alturas.

A la postre había acabado el bueno del doctor por creer honradamente que era un filósofo y un jurisperito de primera fuerza; que llevaba en la mente

quinientos caballos de vapor y que todo traspíe que daba en el ejercicio de su profesión era debido a ignorancia o mala fe del juez; o, cuando menos, a negligencia del cliente, que no acudía a tiempo con el papel o los datos. Siempre la víctima expiatoria.

Esta fastuosa personalidad sincrética y forense fue a Palenque, a apuntalar con la fuerza de su influencia y su oratoria las pretensiones trasplanticias de don Conrado. Mediaban entre los dos, la ciencia alegórica del uno y la libertad del otro en pagarle los servicios que esa ciencia le prestaba: don Conrado era de los que creían que la labia de Olaya era ciencia real y efectiva, y que si le fallaban en contra hasta las articulaciones de los pleitos, que por fortuna para él no se fallaban, o se fallaban muy de tarde en tarde, era por bellaquería del juez.

Imposible que no entendiera los razonamientos perentorios de Olalla. Imposible. Allá verían los Lunas qué podían las “filatiquerías” de Rosa ¡pobrecita Rosa! contra la verbosidad del doctor.

No contaba don Conrado todavía con la ciencia teológica del padre Aldana, porque doña Chepa sabía tener sus cosas bien guardadas.

—Nuestro primo Luis —había dicho don Conrado al doctor— se va envejeciendo mucho. Su salud es cada día más delicada. Debemos pensar seriamente en traérmolo. Es nuestro deber, y las cosas hay que hacerlas en tiempo oportuno. ¿Quién quita que el día menos pensado nos dé una pesadumbre?, ¿qué diría la gente porque lo dejamos como abandonado en esa soledad de Palenque, en manos de unos negros brutos? ¡Figúrese usted lo que dirían!... Hay que hacerlo, y ver que arregle sus cosas... Nadie tiene la vida comprada, y menos un viejo achacoso que pasa ya de los setenta... Como él es un poquito caprichoso y excéntrico, yo espero que usted, doctor, vaya conmigo a Palenque a ayudarme a cumplir este deber; porque para mí es un deber cuidar al primo Luis, y esto no puedo hacerlo sino aquí en mi casa.

Olalla dejó hablar hasta el fin a don Conrado, sin meter cucharada, y todavía, después de que este hubo concluído, recapacitó un poco. Don Conrado estaba pendiente de sus labios. Al fin, tomando una postura académica en la silla, dijo con voz queda y muy despacio:

—Cuanto usted ha pensado y dicho acerca de la encuesta del señor Benavides, está muy bien pensado y muy bien dicho; requetebién. Este asunto del señor Benavides es sobre modo complejo, es uno de esos casos

extraordinarios que se presentan por rareza. En Medellín habrá habido sobre tres que yo sepa, pero no de la trascendencia del presente. En este están de por medio la inverecundia... Usted me permitirá que le hable con franqueza.

—Sí, con franqueza.

—Pues bien; aquí están de por medio la inverecundia de los Lunas y la garra mística de los Porras, con la tapafunda de la gazmoñería beatífica de doña María Josefa. Tomó nueva posición en la silla, carraspeó, y siguió escupiendo la tesis:

—Mucho interés personal y poco altruismo. Usted comprende.

—Perfectamente.

Mentira. Don Conrado no había comprendido nada, pero aquello tenía para él la atracción del misterio. Ni había que culparlo. ¿No ven muchos detrás de Zarathustra un reguero de luz, y otros una ciénaga de iniquidades, cuando detrás de Zarathustra no hay sino las incongruencias de un loco?

Clavó Olalla los ojos en don Conrado, enarboló el índice de la mano derecha, y en su estilo peinado continuó diciendo:

—Usted está en situación propinqua para evitar que mañana o ese otro día, en virtud de cualquier enfiteusis o usucapión, le birlen a usted lo que conforme a derecho es suyo; porque entre los colaterales usted es el primero, quiero decir ustedes, los del linaje de los Castellanos. Esto, desde el punto de vista legal. Ahora, si se atiende a los lazos de la fraternidad, ningunos más estrechos y de más nexos que los que han ligado a la familia Castellanos con el señor Benavides.

Las cosas, señor don Conrado, son como son y hay que decirlas claro. Ustedes no se preocupan sino de atender y acariciar al señor don Luis... Eso está bien, perfectamente bien, y yo lo aplaudo. Nobleza obliga. Pero este negociado tiene muchos intrínquilis que no se escapan al intelecto de usted. Prolegómeno: si el espíritu tiene sus cuidados, la materia también tiene los suyos. Hay correlación en esas cosas, y es menester atenderlas con igual cuidado. Los latinos, desde el tiempo de Juvenal, sacaron la consecuencia; es a saber: *mens sana in corpore sano*. En esto consiste el *quid* de los hombres bien equilibrados...

El lío que les están armando a ustedes es de esos líos que... Ya verá usted, señor don Conrado, si no se deja de esos escrúpulos y delicadezas nimias que lo

cohiben a usted. No; no hay que dejarse cohibir.

Encantado estaba el señor Castellanos oyendo el guirigay. En lo que tenía de ininteligible veía o creía ver la ciencia profunda de Olalla. ¡Oh poder de lo desconocido y misterioso sobre las almas flacas y lo que tenía de claro era el eco de sus propias ideas!

—No es por el dinero, doctor.

—Así lo comprendo; pero en parte debiera ser. Piense usted en lo que vendrá después del sepelio del señor Benavides.

Don Conrado se quedó en ayunas, y Olalla prosiguió impertérrito:

—Al fin el dinero existe, es decir, la herencia. Eso es irrevocable: y una vez que existe, de alguien ha de ser, y ese alguien es su dueño, y su dueño es aquel a quien legítimamente le corresponde conforme a derecho; y no otro, *cuique suum*. Esto es claro, inconcuso, evidente, de una evidencia axiomática.

Por ende, el viaje estaba indicado.

XVII

En el Club de la Oliva estaban hasta seis mozos, dos entrados en días, tres en punto y uno menor de edad, sentados alrededor de una mesa de juego, jugando póker y bebiendo tragos de aguardiente, de ron y de cerveza, según el gusto de cada cual, que el cantinero les traía acompañados del cheque respectivo; porque las cuentas del club se iban pagando, cuando se pagaban, al fin de cada mes, a la presentación del documento. La charla era divertidísima: como de gente que bebe fresco. Pachito Castellanos era de los seis, y el único taciturno. Mientras los otros pujaban, él, abstraído y con el pico cerrado, se entretenía en jugar con el teclado de un piano que estaba cerca.

—Juego más.

—Más.

—Más todavía –fueron alternativamente diciendo los otros–. Se había pujado mucho, y Pachito permanecía en silencio.

—Y usted, ¿no dice nada, don Pacho? –le preguntó su vecino de la derecha.

—Vayan pujando, que yo me encargo del breque.

Todos se pusieron recelosos.

—Que me ahorquen si el señorito Castellanos –qué apellido más simbólico – no tiene un *flux* imperial.

—Pujen a ver –respondió Pachito con displiscencia.

—Pues sí –dijo otro; juego más.

—Así me gustan los hombres.

—Propongo. Antes de que el futuro heredero del castellano de La Sabaneta...

—No, hombre, no talle –le interrumpió Pachito.

—Antes, digo, de que usted, señor de los Castellanos, nos rompa por el eje, porque nos va a romper, tomémonos un doble de anisado, o de cualquiera otra yerba venenosa, a la salud del verdugo, es decir de usted, señor Castellanos. Es

entendido que usted, en cuyo honor vamos a bebernos este trago, firma el chequecito.

—Que lo firme el que gane —replicó Pachito.

—Convenido.

Al fin jugó Pachito más que todos. Un dineral, porque el plato estaba relleno de fichas y cada una valía veinte duros. Reinó el silencio de la sensación. El menor de edad no las tenía todas consigo, porque aunque trabajaba en el almacén de papá, que era inmensamente rico, papá se recataba últimamente de prestarle las llaves de la Caja, por ciertas mermas semanales que venía notando desde hacía meses en el balance.

Después de muchas chanzonetas, tendió Pachito las cartas.

—¡Córcholis! —dijo el de la derecha, dando en la mesa un puñetazo que hizo desplomar cuatro copas.

El cantinero corrió con el cheque. Últimamente el Consejo Directivo del Club había resuelto cobrar lo que quebraran, porque la moda de quebrar los trastos, en los impulsos alcohólicos, iba arruinando la empresa. Una vez firmado el cheque, prosiguió el mismo:

—El que nace para medio no sube a real.

—Vean ustedes. —Tiró las cartas sobre la mesa: ¡un brelan doble!

Fue tanta la *guacherna* y el escándalo, que hubo más copas quebradas y más cheques a la firma.

—Bueno, hombre, no te olvides: muchas memorias en el limbo.

—Pero siquiera te ganaste la onza del señor Granados.

—¿Qué onza es esa?

—Una que dejó para el más pendejo.

—Las malas, hombre, las malas. Yo creo en la fatalidad.

—Pero hay que creer también en la audacia. El mundo es de los audaces. ¡Vea que quitarse con un brelan doble! Mereces que te entierren con palma.

—Bueno, cese la música y cuenten las fichas, a ver a cuánto monta la avería, o sea la audacia de este joven de los buenos Castellanos,

y jugosos Benavides,

y de las fragantes Rosas,

y de los dorados Luises.

—Eso, hombre, eso es lo que lo tiene así.

—¿Qué?

—La poesía, que es el microbio de la miseria.

Contaron las fichas. Un guarismo muy grande; pero, en resumen, una o dos buenas promesas de pago, otra para cuando papá muriera, y el resto cero a la izquierda. Hechas las cuentas y los apuntes respectivos, porque aun cuando no se haya de pagar se apunta. Habló el poeta:

—Ahora bien: como los duelos con pan son menos; como está un poco tarde y es muy posible que en nuestras casas no se acuerden de nosotros; como de la tripa bastimentera me van subiendo unos ruidos a manera de recorderis bucólicos, y como del lado de la cocina viene un olorcillo a fritanga muy conmovedor, propongo...

Pachito, que vio que se le venía encima un gasto efectivo en cambio de unas promesas inciertas, o que por lo menos le iban a saldar las ganancias con huevos y chuletas, se apresuró a decir:

—Aceptado de antemano: que se juegue una cachiporra a ver quién paga la cena.

Se dieron muchos debates al proyecto, porque los perdidosos querían a todo trance que el futuro heredero de don Luis la pagara, y en abono de sus deseos le echaron en cara, en son de broma, el beneficio de la herencia.

—Eso de la herencia del tío Luis —replicó Castellanos— está verdecito.

—Pero madura, hombre, está en sazón.

—Eso procuro yo. Por lo menos cuatro visitas por semana le consagro al viejo; pero es negocio que tiene mucha competencia.

—*Pas beaucoup*. Los Lunas son cartas del mismo palo por el lado de Rosita, y doña Chepa no me parece mucho chuzo.

—No estén pensando que la vieja es cualquier yesquero. Tiene más aleluyas que un misal viejo, y un colaborador...

—¿El Troncho?

—No, ¡qué Troncho! El padrecito Aldana.

—Pero tú tienes a Rosita.

—¡Rosita! Es más resbalosa que un corroncho.

—Se coge con anzuelo.

—No pica.

—Mientras se ve si pica o no pica, vamos a lo otro.

—A la orden, y que pague el que pierda —redargulló Castellanos.

Se jugó, y perdió el del brelan.

—¿Creen o no creen ustedes en la fatalidad?

—Demás que creemos.

Incontinenti sonó el repique metálico del timbre, apareció en seguida el mozo, y la orden de preparar la cena fue transmitida a la cocina.

Mientras funcionaba la cazuela de la *seña* Frasquita, que tenía la cocina del club, se jugó más y se bebió otro poco; porque, como decía el perdidoso, la ociosidad es madre de todos los vicios.

La sal del condumio fue elevando el nivel del alcohol; y, entre bocado y bocado, se trajo al tapete de la discusión el estudio de todas las decadencias modernas: nebulosidades filosóficas, aberraciones literarias, rapiñas políticas (que es decadencia consuetudinaria), extravagancias musicales, impresionismos y anemias de pintura. Lo claro, lo rotundo, lo preciso les parecía vulgar. Las cosas debían entreverse apenas, y eso, cuando más, entre las vaguedades del misterio. Lo curvo, en su sentir, iba a triunfar definitivamente sobre lo recto. En las penumbras de lo presente veían esbozarse la sociedad del porvenir, una sociedad amplia y dispuesta a recibir la verdad sin brutalidades reaccionarias sin escándalo; sobria en las formas y de absoluta profundidad en los progresos. Al viso no había llegado sino uno de los seis, el poeta, que era quien hablaba. Otro que iba a la zaga metía de cuando en cuando la cuchara al acaso y los otros, para no aparecer atollados en el camino de aquellos progresos, apretaban con el trago y los aplausos.

En la renovación social del mundo, por allá a las tres de la noche, echaron de ver que era preciso renovar también el nombre del club. Eso de Club de la Oliva era muy cursi, muy pedestre. La civilización viene del norte, resolvieron ellos, y el club debe tener un nombre inglés; y, en consecuencia, lo llamaron *Olivet Club*.

Mientras los muchachos gastaban en el jolgorio del club los reales del trabajo y del ahorro y se divertían bordando la futura sociedad en el anejo de la filosofía moderna, los padres se despedían de la antigua rezando el rosario y roncando a pierna suelta.

Después del casino intemperante, la irritación de la crápula, la pesadumbre del insomnio, la pereza del trabajo y el cansancio de la vida.

XVIII

Caballeros en un macho rucio y una yegua zaina y flemática, van el padre Aldana y Pepe Benavides camino de Palenque. La mañana es fresca; pero se barrunta, por la limpieza del cielo y la sequedad de la tierra, que el día va a ser caluroso. Además, se está en la canícula de Julio y hace obra de tres semanas que no llueve.

Para librarse del sol y aprovechar aquellas auras frescas que a tales horas mecén la vegetación de la campiña, ponen piernas a las cabalgaduras, que llevan bien pareadas para librarse de la nube de polvo que el repique de los cascos va dejando atrás.

El padre es gordo, y como va envuelto en el paño recio de la sotana, trasuda y se sofoca. Al llegar a La Doctora, que es un riachuelo que queda allá cerca de Palenque, refrenó el macho para enjugarse el sudor, que le chorreaba a goteras por la tersura de los carrillos recién afeitados; encendió un cigarrito y evocó algún recuerdo.

—¿Sabe usted —le preguntó a Pepe— por qué se llama La Doctora esta quebrada?

—Pues... indudablemente debió ser a causa de algún doctor.

—De varios. Aquí nacieron los doctores Restrepos, José Félix, José Manuel y Cristóbal.

El padre se detuvo un momento a ver correr el agua. Después, con la voz quebrada en suspiros, dijo:

—Así pasaron aquellos hombres; las aguas vuelven limpias, pero ¡las generaciones no!

El padre siguió discretamente andando, y Pepe, que se había quedado a la zaga desde La Doctora, espoleó la yegua para darle alcance.

Pareados otra vez, le preguntó:

—¿Y qué dice usted, padre, de la situación política?

—Yo, señor don José María, nunca me ocupó de eso. Deploro los males del país, que al fin son los males de mis feligreses; pero mi misión está en la iglesia y mi reino no es de este mundo. No hay que tentar las pasiones de los hombres. Lo caritativo y lo cristiano es amansar esas pasiones con el buen ejemplo. Yo, en mi iglesia, enseño llanamente el evangelio y administro los sacramentos sin preocuparme de la denominación política de nadie. Procuro hacer de la religión un consuelo, y que esa religión, por la mansedumbre, el desprendimiento y la dulzura, sea querida y respetada de todos. Así entiendo yo la misión del clero. La fuerza de la Iglesia debe residir, y reside, en la santidad de su doctrina y en la caridad del apóstol; no en la fuerza material de los gobiernos. Crea usted, señor don José María, que desprendiéndonos del mundo es como tendremos el gobierno del mundo. La religión es fe, y Jesús no puede ni quiere reinar más que por la fe. Él no se impone, se propone. Su única arma es la palabra. Sus discípulos podrán hacerse matar, pero no matarán. Su mansedumbre debe ser su fuerza. Al odio deben oponer el amor; a la venganza el perdón, y la cruz a la espada. En los tiempos de decadencia, las más sublimes verdades se entoldan, las cuestiones más necesarias son relegadas al olvido, y los espíritus enflaquecidos y lánguidos se entretienen con vanas sutilezas y detalles accesorios, concediendo importancia a puerilidades y haciendo caso omiso de lo vital...

Pepe, a pesar de su incapacidad, oía encantado aquellos razonamientos, que salían natural y espontáneamente de la voz dulce del pastor; y allá, en las vaguedades de su conciencia, se fueron condensando en piedra dura, mientras que afuera se perdían en la soledad del desierto.

El padre se quedó callado y pensativo.

Pepe, con una nueva pregunta, lo estimuló a hablar.

—¿Y qué opina usted, padre, del gobierno temporal de la Iglesia?

El Padre le respondió sencillamente:

—Ni a nosotros es lícito tener potestad en la tierra, ni al gobernante tenerla en lo sagrado.

¿No repudió Jesús con indignación en Galilea el reinado temporal que le brindaban? ¿No pagó el tributo y respetó las autoridades constituidas?

El plan de Jesús, en el sentido humano, es este: nada político y terrestre. Él quiere a sus discípulos desprendidos de todo lo terreno, sin echar raíces en este

mundo finito. La doctrina de Jesús riñe abiertamente con el poder. Nada de recursos de fuerza, nada de gritos subversivos contra el poder. La violencia material repugna a Jesús. Él vino a salvar y no a perder; a dar su propia vida y no a quitar las ajenas...

Aquí iba el padre cuando, como llovidos, llegaron a Palenque. No se les aguardaba. Simón, con la greña descubierta, salió a abrirles la cancilla. Don Luis los esperó sobre el umbral del portalón. Mientras se refrescaban un poco, porque el frío del aposento podría hacerles daño en el estado de calor en que se hallaban, se quedaron en el corredor. Entretanto, se les obsequió con una copita de Málaga, que Pepe rehusó, y un cigarrito de papel, que ambos aceptaron, porque el padre tenía la debilidad del cigarrillo, aunque bien reglamentada.

Comenzó don Luis por quejarse de que se le hubieran aparecido así, de sopetón. De ellos iba a ser la culpa de que no estuvieran las cosas como lo merece la distinción de los huéspedes. Metía don Luis en el atado de la importancia del Padre la porrada de Pepe.

—No hay que gastar cumplidos ni tener pena —le dijo el Padre. Aquí lo esencial es ver al señor don Luis y saber cómo está. Lo demás, en el sentir del padre, no valía la pena.

Resultó, pues, que la salud de don Luis no era tan satisfactoria como la deseaba el padre Aldana. Aquí que no peco —pensó para su sayo el buen sacerdote y aprovechando el informe dijo:

—Por eso precisamente, señor don Luis, porque usted no se siente bien, aunque espero que no será cosa de cuidado, quiere mi señora doña María Josefa llevárselo para Medellín, a su casa, que es la casa de usted. Allá ve otras cosas, cambia de medio, se distrae usted. Eso le hará bien.

Pepe metió otro puntal:

—María Josefa no puede conformarse con que usted esté aquí tan solito, como si no tuviera sus parientes que lo estiman y que tendrán un verdadero placer en cuidar de usted. Esto no puede seguir así. María Josefa no piensa en otra cosa que en llevaárselo, y a eso venimos. ¡Qué tal si toma el vino!

—La cosa no puede ser más razonable —prosiguió el padre. No tiene usted ni la disculpa de los niños. Conque no hay que vacilar, señor don Luis.

—Si, primo, no hay que vacilar.

Don Luis iba plantando a cada cual, a su turno, el poste de sus

agradecimientos, y luego que el padre y Pepe desembucharon cuánto tenían adentro, habló así:

—Agradezco a la prima María Josefa y agradezco a ustedes el interés que se toman por mí.

Ya de casa de los primos Castellanos y de los primos Lunas habían venido con el mismo empeño, y con muchísima pena me denegué. Ustedes saben que cuando uno es viejo, se pone caprichoso. Además, me costaría mucho trabajo dejar esta casa y estos negros, sobre todo los negros.

—Pues se van con nosotros, y a Palenque, puede usted venir con frecuencia —observó lentamente Pepe.

—Estos negros no se aclimatan allá. No pueden vivir sin la libertad y las faenas del campo. A mí me haría también falta esta vida. Hay cosas, por otra parte, que demandan mi presencia. Ciertamente que Simón es muy formalote y hacendoso; pero él no es sino el brazo: se necesita quién piense y determine las cosas. El negro es tímido, desconfía mucho de sí mismo.

Después de algunos momentos de embarazoso silencio, don Luis añadió:

—Por supuesto que con ustedes, o con los otros primos, estaría muy bien.

Pepe insistió, sin embargo:

—Todo se remedia con un coche.

—Pero si aquí no puede venir coche —redargullóle el señor Benavides.

—Mientras puede, que ya podrá muy pronto, se hace escala en Envigado. En Envigado podemos poner la cochera.

—Piense —dijo por último el Padre— en la soledad en que está y en la necesidad que tiene de su familia. Mientras uno es joven, puede vivir apartado de los recursos, pero en la vejez hay que buscarlos. Usted está aquí muy solo. Verdad que los negros son muy buenos que lo atienden y que lo quieren mucho; pero como usted muy bien ha dicho, se necesita quién piense.

—Hay una circunstancia —le respondió don Luis— más grave que todas. Los primos, que han venido aquí con el mismo objeto de ustedes, son tres, y yo no soy más que uno. Todos tres me han invitado de muy buena voluntad. Así es que, no pudiendo complacerlos a todos, el derecho es que me quede en Palenque, agradeciéndoles mucho por supuesto.

—Pero usted —objetó el Padre— tiene una buena disculpa para preferir a mi señora María Josefa: la poca familia y la tranquilidad de la casa, que van tan de

acuerdo con su modo de vivir y sus costumbres. Los Lunas y los Castellanos no han de ser sordos a estas razones. Usted, además, puede estar con ellos muchos días. ¿Acaso se le va a secuestrar a usted? En fin, piénselo usted, y en todo caso, no haga sino lo que fuere de su voluntad: no tiene tampoco por qué violentarse.

Don Luis contestó:

—Todo eso está muy bien; pero siempre habría motivos de queja. Ustedes no se imaginan cuántas han sido las instancias que, con el mismo fin de llevarme a la Villa, me han hecho las otras dos familias: abrumadoras. Ya les he dicho a ellas, y se lo repito a ustedes, que la adquisición de este pobre viejo no es una cucaña, que mi gratitud para con todos ustedes será eterna, y que tendrán su recompensa por la obra buena que quieren hacer conmigo. Crean ustedes que no sabré cómo pagarles su desinterés y su cariño.

A esto se siguieron tan reiteradas instancias de Pepe, que don Luis tuvo a bien prometerle que lo pensaría mejor. Ya les había prometido lo mismo a los Castellanos y a los Lunas.

XIX

—Pero qué afán de blancos por jalar con el amo —decía Simona a sus negros en la cocina de Palenque.

—Yo lo siento más que vos —le replicó Simón—; pero los amos son los amos, y los otros no debemos entremeternos en sus cosas.

—Pues lo que es yo —dijo la negra, irguiendo la testa—, sí me entremeto. Por lo mismo que el amo es el amo, no hay que dejar que jalen con él. El amo no es ningún pájaro pa' que lo vayan a enjaular. Si se lo llevan a la Villa se muere, y el amo no debe morir.

Un negrito muy despabilado y visajero se cuadró frente a la piedra donde Simona molía, y cruzándose de brazos dijo:

—¿Y ellos qué pierden con que el amo se muera?, Naitica.

—¡Jesús, María y José!, quitate *diai*, cerrá esa jeta y no hables asina. Si alguno pensara que no se perdía con la muerte del amo, como ser agora de día y estar Dios en los cielos que lo había de aplastar asina (con la furia con que en aquellos momentos destripaba los granos de maíz sobre la piedra de moler). El amo es bueno, muy bueno, y estos lepidias de primos no lo quieren creer.

—Naide ha dicho, Simona, que el amo no es bueno. Vos sí que sos temosa.

—Y vos pendejo. ¿Naide? Los mismos primos.

—No sias caluniente.

—No, no es calunia ni falso testimonio, sino la purísima verdad. Yo lo he visto con estos ojos y oído con estos oídos que se han de comer la tierra. Mira, Simón, créeme lo que te digo: estos blancos la lamben al amo es por la plata. No lo quieren ni pizca.

—Calláte, mujer, calláte. No hay que mormurar de los amos.

—Pues lo que es a yo, los amos de la Villa me saben a feo y me jieden a carne rancia, ¿sabés? Me hacen ganas de abrirle los ojos al amo, pa' que d'iuna vez los mande a la punta d'iun cuerno.

—¡Vos sí que sos temosa y bocatera!

—Temosa sí... ¡Los temosos son otros! Tentame aquí a ver si tengo cola. ¿Por qué no dejan en paz al amo, y asina que se muera vienen por la hacienda? Pero desde en vida, ¡como a res apestada!

—Más modestia, mujer, más modestia. Los amos son los amos y harán lo que les den sus ganas, sin que *losotros* lo podamos estorbar. Losotros no semos naide.

—Eso era agora días y pa' blancos como los Porras, que son los más jediondos.

Después de una pausa, durante la cual no se oyó en la cocina más que triturar el maíz entre el batan de las piedras, y el currucuteo de un palomo, Simona prosiguió como hablando consigo:

—Pues si el amo se decide a irse, ¡ajuala que no!, yo le abro los ojos, porque el amo no es ninguna bestia de carga pa' que lo vayan echando arriadito por delante.

—Tené pacencia, Simona, y deja a los amos. A losotros, si se lo llevan, no nos toca más que sentilo.

—Vos sí parecés conchavao con los primos. Pues lo que es yo, conta conmigo que no me echo a lloralo sin hacer la deligencia.

Con estas voces se lamentaban los negros de la servidumbre de Palenque por las pretensiones de la parentela con relación al trasplante de don Luis a Medellín. Presentían ellos, con el instinto de bestia encariñada, lo que significaba aquel empeño. Quería Simona al amo con furor.

Siempre había vivido bajo el techo de don Luis y comido su pan; allí había casado sus hijos, y la madre de ella, cuando la criaba, había sido pasiega del señor Benavides. Simón era más sufrido que su mujer, más dócil con las veleidades de la suerte, y aun en medio de aquel ambiente de paz y de nobles afectos que respiró toda la vida, llevaba impresa en su ser la marca indeleble de la vieja servidumbre. En el fondo de su vida había quedado la hez de la nostalgia de aquella raza desgraciada.

XX

Yendo días y viniendo días, fue visiblemente decayendo la salud del señor Benavides. A datar de esta época se convirtió la casa de Palenque en un santuario. Para allá se dieron cita las tres ramas altas del árbol de los Benavides. Cada cual quería ser la primera en la andrómina de las atenciones y en el contingente sanitario de médico y botica. Se juntaron hasta cinco eminencias médicas en este tros hereditario.

—Entre cinco —le decía don Conrado a su mujer —lo van a poner muy pronto en camino.

—Por lo mismo, debes ver que arregle sus cosas.

—Sí, es que no me atrevo.

—Allá verás cómo los otros sí se atreven, si es que no se han atrevido ya. ¿No los has visto cómo mandan ya en Palenque como en cosa propia? Gente más descarada... ¡Y la Rosita! ¿Qué te parece la Rosita? Tan ahijadita que está y tan pichichona. ¡Si es un solo melindre!

—Y lo peor —observó el esposo— es que esa va a ser la heredera.

—No lo digas ni de chanza. Preferiría que se lo llevara la beata; ¡pero esa coqueta!

—¿Y qué te parece que hagamos?

—No sé... valete de Olalla. Si es que ha de servir para algo, que sirva para eso.

—De veras, Olalla es el hombre. Voy a valerme de Olalla.

—Pues sí; más vale algo que nada. Lo malo es que quién sabe si cuando nosotros vamos, ya los otros vuelven.

Mientras las eminencias médicas iban poniendo en camino al señor Benavides, “que el mal de quien la causa no se sabe, milagro es acertar la medicina”, Simona no se podía quedar callada, como se lo aconsejaba su marido, e iba desfogando sus iras con la boca y con las manos. Cuando rompía algún

trasto, le parecía, sin duda, que había roto el cráneo de alguno de aquellos vástagos odiosos que iban a romper la armonía de Palenque.

—Si yo fuera el amo —decía la negra— los había de dejar viendo pal' páramo. Pero el amo es tan bobo... Mira, Simón, lo güelven al derecho y al revés. Lo ponen a hacer cuanto les da su purísima gana y a beber brebajes y porquerías que están matando al amo. ¿Vos no has reparao en lo que se desmedra el amo? Ya lo que parece es un talego vacío...

Se callaba la boca porque se le atragantaban las palabras. A Simón se le salían las lágrimas. Presentía el desastre y no podía remediarlo; antes, por el contrario, recomendaba el silencio a su mujer. Cuando las circunstancias lo permitían, que en la anormalidad actual era rareza, se iba, más bien por el alivio de la distracción que por el lucro del negocio, a binar la tierra que barbechó dos meses antes.

A cada paso le decía Simón a su mujer:

—A boca cerrada no entra mosca. No vias pa' bajo, ve p' arriba. Ponelo todo en manos de Dios.

Entretanto que la negra, sin ver a parte alguna, desfogaba sus iras en palabras y acciones groseras, que eran la manifestación sensible de su odio hacia aquellos que venían a turbar la tranquilidad de Palenque, reinaba entre las familias Benavides la paz de la emboscada. Hasta habían tratado, sin llegar a un acuerdo definitivo, de la regularización del servicio. Por miedo al escándalo, y más que todo por temor de anegar el negocio hereditario, desplegaban los Benavides en Palenque toda la falacia del arte diplomático. Pero mientras más mentían a la cabecera del enfermo, mientras mayores eran los sacrificios de amor propio, más feroz era la reacción del estallido privado, sin que el mismo don Luis saliera ileso de aquel desborde de malas pasiones. Las palabras más inocentes de este, sus más insignificantes acciones, eran objeto, para la susceptibilidad de aquellas gentes repletas de odio y envidia, de los más acerbos comentarios; y eso que el señor Benavides ponía el mayor cuidado en guardarles a todos las mismas consideraciones y manifestarles un cariño igual. Clamaba, eso sí, en silencio, por el reposo de la soledad; suspiraba porque lo dejaran solo. Sentía que se ahogaba en aquella apretura de atenciones; pero no se atrevía a proferir una palabra. Se dejaba matar conscientemente por respetos humanos. Bramaba, eso sí, en su interior y pensaba en tantas cosas irrealizables e

imposibles. ¡Cómo echaba de menos el aguijón de las pasiones en la juventud! Se hubiera casado, y no tendría ahora el gaje del amor mercenario que se compra con los legados de la herencia. Si fuera pobre, al menos, sería el número tantos en la sala de un hospital. De tiempo en tiempo iría la hermana a llevarle una taza de caldo o una buena palabra. Todo por servir a Dios, que paga con el cielo. Ahora, al acabársele la vida, tenía por delante la comedia de los amores venales, de las atenciones falsas, de las ternuras fingidas. La hora del testamento era la hora del cariño.

Cuantos Benavides de su misma sangre, que valían moralmente mucho más que toda aquella parentela acariciadora, habían muerto anónimos, a causa de su miseria. Ahora se acordaba de alguno que murió en el asilo, de otro que paseó por las calles de la ciudad, entre harapos, toda la alcurnia de su raza, pidiendo limosna.

A este sin un doble, sin una prez, sin un responso, lo habían vaciado al fin boca abajo, del cajón de las ánimas al hoyo. De aquí, de este desecho de la sima, seguía pensando el señor Benavides, ascienden las maldiciones del odio. De allá de los de arriba, baja la soberbia del desprecio. ¿Cuáles son peores? Se quedaba perplejo ante el problema.

XXI

El corral de los terneros en Palenque quedaba dividido del prado donde pastaban las vacas, por un vallado de piedra. En el extremo norte había un rancho pajizo, cuyo caballete caía perpendicular sobre el centro del vallado.

El ala oriental servía para guarecerse los terneros en noches de tormenta. La occidental para ordeñar las vacas. Allá se iba, a la hora del alba, la negra Simona a la faena de la ordeñada. El día al que ahora me refiero, empezó por La Malva, que era una vaca holandesa de segundo parto y recental muy grande, negra y lustrosa como el ala de un cuervo. A esta circunstancia atribuía Simona la buena calidad de la leche. Decía ella que las vacas negras daban las mejores postreras. La Malva, con esa flema propia de las razas del Norte, se plantó mansamente, debajo del rancho, a rumiar la máscada. Simona abrió la cancilla, y el ternero se lanzó impetuoso a la ubre, con exigencias de hambriento. La negra lo fue haciendo repasar las tetas, una tras otra, hasta que bajó la leche. Lo ató en seguida a uno de los postes del rancho, limpió la ubre con la cola, y puesta en cuclillas, que ella decía *ñangotada*, fue derramando en tazas de loza los blancos hilos de leche que caían a intervalos en el fondo de la vasija con un chis chis armonioso como un canto de vida. Cuando la espuma rebosaba los bordes de la taza, había momentáneamente concluido, porque al bajar la espuma, mermaba el contenido. Ella lo ajustaba después en cada vasija. Llenas las tazas, volvía a soltar el ternero a que mamara más, para ordeñar la bajada. Esta se sacaba en vasos de vidrio. Era la medicina que necesitaba el amo; y aquel día, que quiera, que no quiera, iba Simona a empezar su sistema curativo. Esa bajada de La Malva era para el desayuno del amo; tenía que bebérsela, porque algo había de mandar ella.

Mientras Simona iba interiormente reconstruyendo la salud de don Luis con estas bajadas de leche, la vaca caminaba lentamente hacia el fondo del prado. Se paraba al fin, y entonces podía mamar el ternero que durante la marcha había

corrido de un lado a otro, bregando inútilmente por hacerlo.

Había allí, entre el amor de los dos, un canje de cabezadas fecundas y patadas de protesta. Siempre la violencia, hasta en la intimidad de los afectos...

Llevó Simona al amo, con buena parva de bizcochos, el espumoso vaso de leche aún caliente.

—Bébaselo su mercé. Es lo que necesita.

—Si no la apetezco –le respondió don Luis, con voz desfallecida.

—Manque no. Haga la diligencia. Verá qué bien l’iase. Es de La Malva, la bajada. Su mercé lo que tiene es hambre y debilidad.

Era tan suplicante la actitud de la negra y había tal ternura en su voz, que don Luis se incorporó en el lecho, y haciendo un gran esfuerzo se atizó el vaso hasta el fondo.

—Ahora los bizcochitos, uno siquiera.

Don Luis se comió lentamente el bizcocho, sin replicar.

—Verá cómo se alivea –le decía la negra, mientras don Luis mascaba. Su mercé lo que tiene es hambre, nada más que hambre.

Salió del aposento tan contenta por la docilidad del amo en beberse la leche y comerse los bizcochos, que ya lo daba por curado. Ahora iba formando la minuta del almuerzo. Un polvito de carne asada, sopa de pan, un huevo tibio y café con leche. Nada más por ahora. En la puerta del comedor se encontró con doña María Josefa.

—¿Qué llevabas allí? –le preguntó esta.

—La bajada de La Malva.

—¿Y qué es La Malva?

—Pues la vaca holandesa.

—¿Y para quién llevaste esa bajada?

—Pa’l amo.

—¿Y quién te mandó eso?

—Naide, yo mesma.

—¿Y a vos quién te mete a disponer esas cosas? Que no se te vuelva a ofrecer.

Doña María Josefa le volvió colérica la espalda. La negra puso los trastos en la mesa, y sin chistar más palabra se fue a la cocina. Se sentó en un banco junto al hogar que se extinguía. Con la mano derecha se puso a avivar el fuego.

Sobre la izquierda descansó la cabeza. Tenía los ojos húmedos. Simón llegó en esto, de hacer leña. En un periquete, a tajos de filo y golpes de moqueta, había rajado dos cargas. Ración apenas para dos días en aquella balumba de gente que a la sazón había en Palenque. Simona no alzó los ojos de la lumbre. Simón rompió el ruido del tuero que chisporroteaba entre la hornilla, preguntando a su mujer:

—¿Qué te pasa?

—Me pasa que estoy atajando la cólera.

—Vos tenés la culpa.

—Sí, la culpa de querer al amo. ¡Desagradecido! Vos no querés al amo.

—Al igual que vos o un tantico más; pero decime, ¿qué es lo que pasa?

—Pasa lo que te digo: que por no despescuezar a esa maldita vieja, me trago mi cólera y m'echo un candao en esta jeta... Más vale.

—Sí, más vale. Sí así hicieras siempre...

—Se moriría el amo más pronto; pero ya no distinto. ¡Por sobre don Conrabo [sic] y por sobre la vieja Chepa y por sobre de vos, si te oponés he de curar al amo!

XXII

Con cuyo fin, a las ocho de la mañana del mismo día, volvían a Palenque, por la cuarta vez, los médicos de la devoción de don Conrado. Corrió Simón a desensillar las bestias y a llevarlas a arrendar al pesebre.

—¿Y el primo? —preguntó don Conrado, que había llegado con los facultativos, al negro.

—Su mercé, lo mismo.

Después del examen del enfermo, que fue prolijo como siempre, vino la discusión de los facultativos, y por último el tómese y friéguese, porque había bebida y apósito en la fórmula. Simón corría siempre a Medellín por los remedios.

A las once estaba en facha con el tente en pie de unos relieves de la víspera, que tomó de ligero. Simona lo llamó aparte, para decirle muy quedo y después de cerciorarse de que nadie los oía:

—Es menester que el amo no beba eso que vas a traer.

El negro se quedó mirándola estupefacto:

—¿Qué es lo que decís?

—Que es preciso que el amo no beba eso. Esos menjurjes son los que lo están matando.

—Pero ¿cómo te oponés a lo que mandan los doctores y los amos? Es mucho atrevimiento el tuyo.

—Pues atendeme y verás cómo levanto al amo.

—¿Y qué querés que yo haga?

—Que cuando vengas de la Villa me entregués las medecinas a yo, oílo bien, a yo.

—Pero ¿qué vas a hacer?

—Deja eso a mi conciencia.

El negro comenzó por denegarse, siguió vacilante y acabó por prometer.

Simona era en la cocina de Palenque un curaca irresistible.

Cuando Simona calculó que iba siendo la hora del regreso de su marido, llamó a una de sus hijas y le dijo:

—Vení teneme la cocina, que tengo que ir a casa de mi comadre Sara. Enestico güelvo; maneja te bien; que no falte nada.

En un papel muy limpio llevaba Simona un polvo blanquísimo. Era una mezcla de azúcar de lustre y almidón de achira, sustancias que, en concepto de la negra, ningún mal podían hacer al amo.

Alcanzó Simona hasta La Doctora. Allí se sentó sobre una piedra a esperar a su marido, porque allí estaba la droga que ella había menester para la cura del amo.

—¿Qué hacés aquí? —le preguntó Simón que llegó poco después.

—T' estaba esperando. A ver las medecinas.

—Aquí están en el carriel.

—Echa pronto.

Sacó Simón la botella y los polvos, reservándose, en transacciones con su conciencia, la untura, y se los entregó a Simona. La botella contenía un líquido transparente como de aguafiltrada, y los polvos eran blancos, una sustancia igual en apariencia a la que ella llevaba.

—Todo esto es veneno —dijo la negra—; con esto le están embochinando los humores al amo. Aquí queda güeno, aquí no le hace mal a naide—; y juntando las palabras con las obras, lo derramó en la corriente del arroyo, sin dar tiempo a que Simón lo impidiese. Simón estaba horrorizado; aquello era diabólico, infernal.

Ella volvió a llenar con el agua limpia del arroyo la botella, y la tapó muy bien. Después sacó su atadito de polvo y lo fue distribuyendo proporcionalmente en los papelitos de la farmacia. Envolvió aquello como estaba, y se lo entregó a su marido, diciéndole:

—Llévaselo a la doña Chepa; bien lo puede tomar el amo sin que le haga mal. Aguardate aquí un tantico mientras yo gano.

Partió Simona a buen paso, y Simón la siguió, dilatando los suyos para darle tiempo de llegar adelante. Cuando él arribó, ya doña María Josefa estaba impaciente. Con ganas, dijo, de echarse la mantilla encima e ir a ver qué era tanta demora. El negro no replicó. Al entregar las drogas le temblaban las

manos. Tenía el remordimiento del delito, porque él creía que estaba cometiendo un delito. Era la primera vez en su vida. ¿Por qué no había resistido? ¿No era él el hombre? Si el amo se moría, él iba a tener la culpa.

—No sias bobo –le decía después Simona en la cocina—. Nuestra Señora del Carmen nos va a sacar con bien. Le tengo mandado el pelo de Toño para su cabellera, y una misa cantada con sermón y mucha pólvora. Verás.

Simón no veía, sin embargo, sino el abismo negro de su falta. Dejándose caer en el banco, junto al hogar, respondió:

—Si el amo se muere, ¡no lo permita Dios!, se me va a quedar clavao en la concencia. Este es mucho pecao.

—Pues si sos tan maula –le replicó Simona— ponete estas aguas y echa esos calzones, porque lo que es yo no me deajo quitar al amo con porquerías.

Empezó, pues, el amo a tomar su agua limpia y su almidón de achira, con toda la regularidad prescrita en la fórmula. Por horas, y todas las mañanas, la bajada de La Malva, sin que doña Chepa osara impedirlo, porque don Luis había terciado en favor de la negra. Primero por complacerla, y después porque comprendió que la leche le hacía bien.

Se iba el señor Benavides mejorando visiblemente. Doña María Josefa lo atribuía a la chinela de un religioso muerto en olor de santidad que había hecho llevar de Medellín y colocado sigilosamente debajo de la almohada del enfermo; los médicos a sus medicinas; y Simona, que era la única que estaba en el secreto, a su sistema alimenticio patrocinado por la Virgen del Carmen.

Hablando del prodigio de la curación de don Luis, a quien ya todos daban por curado, le decía el doctor Fontana a don Conrado:

—Es una droga nuevecita, que acaba de ingresar al arsenal de la terapéutica; ha curado en pocos días al Príncipe de Gales de una afección muy semejante a la del señor Benavides.

En este caso, lo temible era una complicación. El doctor Tamayo temía algo cardiaco, tiene la monomanía de lo cardíaco; pero realmente no hay nada en el corazón: la víscera ha funcionado siempre bien.

—¿Y la hinchazón de las piernas? –le preguntó don Conrado.

—Es sintomática, desaparecerá. En mi último viaje a Europa, Qué fue mi tercera convicción política, hice un estudio prolijo de la enfermedad y de la droga. Figúrese usted: tenía a mi disposición el Instituto San Luis, y tuve

oportunidad de ver al príncipe, de relacionarme con él y de hablarle de su enfermedad y curación. Simpatíquisimo. Nos escribimos, y últimamente me ha mandado la Orden de la Jarretiera, fundada por Nuestro ilustre Rey Eduardo III con motivo del percance de la Condesa de Salisbury. Vea, aquí llevo en la pierna izquierda la liga azul de la insignia. Véala usted. *Homi soil qui mal, y pense*. Este insigne honor lo debo a una desgracia. A la muerte del Duque de Chester, que era el número 26 de la Orden. La Orden no puede tener sino 26 miembros.

Ahora estoy preparándome una nueva convicción política, consistente en un libro sobre la enfermedad del Príncipe, en que naturalmente va a figurar el señor Benavides. Si el Gobierno me compra unos diez mil ejemplares de la obra, la convicción será profunda.

XXIII

Tenía Simona orden del amo de atender y cuidar muy bien a los huéspedes sus parientes, y la negra complacía a don Luis en todo. Hasta en eso. A las doce tomaban el pisolabis. Cangilones de chocolate con parvas copiosas, cerveza, kola, queso, galletas, dulce y leche; cada cual según su gusto. Doña María Josefa, invariablemente, chocolate bien municionado, y Rosita cerveza con queso, o kola. De preferencia kola. Todo lo otro, y particularmente el chocolate, le parecía vulgar y cosa de viejos. Muchas veces, a pesar de su afición a la cerveza, se conformaba con una galletica Lulú y dos deditos de kola, por miedo al gordo.

A la sazón se hallaba precisamente sometida a un régimen seco de carne asada, y tomando unas píldoras de reducción, famosísimas contra lo pingüe y mantecoso, porque desde hacía algún tiempo notaba alguna merma en la ropa, sobre todo en la tira del talle. ¡Qué horror para ella verse como la hija de misiá Rudesinda, que pesaba siete arrobas y libras! Rosita tenía la chifladura de las aleluyas lánguidas y pálidas.

Lo gordo y rubicundo le parecía bueno para los angelotes del corpus o para la decadencia de las viejas, no para una muchacha de veinte años. Para ella era preferible la anemia a la plétora, y la muerte a la gordura. Trozarse por la cintura era el colmo de su idealidad artística. La avispa, por la delgadez de su talle, le parecía el más esbelto de los animales.

El 18 del mes que corría a la sazón, se sentaron solamente a la mesa doña Chepa y Rosa. Los otros se habían ido a la Capital, aprovechando el alivio del señor Benavides.

—Pero a usted, mi hijita, para ser reservada —le dice doña Chepa a Rosa.

—¿Reservada en qué?

—Pues no me ha contado sus cositas con el primo, en tantos días como hace que estamos junticas.

—Es que yo no tengo cosas con ningún primo.

—¡Eh! ¡mi hijita!, pues las pretensiones.

—No tengo ninguna.

—Ya sé que usted no; pero él.

—No sé.

—Sí sabe, no se haga la bobita.

—Es que no me hago.

—Yo le doy a usted la razón. Usted tiene mucha razón, porque estos muchachos de ahora no dan garantías. Pero, de veras ¿no le gusta Pachito?

—Acaso me sonrío.

—Hace bien, porque no se dice de él nada bueno. Dizque le gusta el traguito y el jueguito, y también dicen que es muy despreocupadito. El padre Casales, de la Compañía, me dijo que no oye misa... Esos clubs, mi hijita, son el perdedero de estos niños.

Como Rosa no le replicara nada sobre el particular, doña Chepa se descolgó por otro lado:

—Bueno, Rosita, ¿y la vida religiosa le gusta?

—Tampoco me sonrío de a mucho.

—¿No ha ido a los retiros?

—Sí, a uno.

—¿Y no estuvo muy contenta?

—Contentísima, pero mamá dice que no me aprovechó mucho.

—¿Y por qué dice eso su mamá?

—Porque creyó que con el retiro me iba a envejecer, y no me envejecí nada.

—¿Cómo así, mi hijita?

—Pues mamá creyó que con ir al retiro me iban a chocar los bailes y el teatro; pero no me chocaron nada. Fue una pifia.

—Hágase Terciaria.

—De aquí a unos días, cuente conmigo.

—Verá la tranquilidad que se encuentra en la Venerable Orden Tercera.

—Yo acaso estoy intranquila. ¿Y usted a qué edad se hizo Terciaria?

—¡Ah! ¡mi hijita! Es lo que estoy pagando ahora.

—¡Quién sabe!

—Vea, Rosita —le respondió doña María Josefa en un lamento largo y

profundo—: todo lo de esta vida es pasajero y engañoso. ¿Qué queda de esos lujos, de esas diversiones y de esas vanidades? El remordimiento, Rosita, nada más que el remordimiento y el pesar del tiempo perdido.

—Es lo mismo que dice mi abuelita. Está tan vieja la pobre.

Doña Chepa, distraída en pescar una miga, no oyó la cuchufleta de Rosa. Pescada la miga, prosiguió:

—Vea Rosita, yo no sé nada de su primo. Eso es lo que le dije, es que me lo han contado. Puede no ser cierto, y yo no quiero desbaratarle su cosita, si es que le tiene. Dios me guarde. Rosa hizo un mohín de disgusto y respondió desdeñosa:

—No, señora, esté tranquila que no me desbarata nada.

—Pero no haga caso de lo que le dije. Pachito es seguramente muy buenito; habrán sido bobaditas, cosas de muchachos. Lo que sí es cierto, Rosita, es que esos matrimonios entre primos... —Aquí se acordó de Pepe, y añadió prontamente —: entre primos muy cercanos, no deja de tener sus inconvenienticos...

—No se afane, señora, —le respondió Rosa fastidiada— que yo no me voy a casar con Pachito ni con nadie.

En esto acabaron de atender al gobierno de las tripas, que, mientras dura el tocino, junta las más opuestas voluntades, y se marcharon cada cual por su lado. Rosa a limpiarse los dientes y las manos, aquellos dientes menuditos y apretados que ella se complacía en mostrar de cordal a cordal entre el vaso coralino de su boca; y doña María Josefa a ver al primo.

Esta se iba aquella tarde para Medellín, porque don Luis estaba muy aliviado, casi bueno, y porque el día siguiente era 19, es decir, del Patriarca San José, y ella comulgaba invariablemente en tal día. Ahora iba a hacerlo porque el primo “acabara de ponerse como una lechuga”: Así se lo ofreció con la adehala de meterlo en parte en todas sus oraciones, aunque era tan mala y pecadora; pero Nuestro Señor, añadió, siempre tiene más qué darnos que nosotros que pedirle.

XXIV

En el camino que media entre Medellín y Palenque se cruzaron doña María Josefa y la madre de Rosa. A pesar de la gran copia de cariño que aquella creía dejar en Palenque, no le volvió tranquila la espalda dejando dueñas del campo a Rosa y a su madre. Comprendía muy bien la influencia que una mujer joven y hermosa ejerce en un hombre, siquiera sea un anciano de tranquilas pasiones. Dejaba atrás el recuerdo de muchas atenciones y caricias, pero dejaba también la juventud y la belleza de Rosa. La consolaba un poco la presencia en Palenque de la madre de esta, que era transcendentalmente fea y transcendentalmente boba: un contraste de gordura corporal y de flaqueza de espíritu; bonachona y sencilla. Se llamaba Matías, por mal nombre la Normanda.

Le pareció a doña Matías, y vaya en corroboración de lo dicho, que el mayor agasajo que en aquella tarde podría hacerle a don Luis, era decirle, en un tole tole inacabable de lamentos, bueno para enfermar a un sano y eficacísimo para matar a un enfermo, que estaba muy acabadito. Para el chirumen de doña Matías la gracia consistía en el acabamiento del señor Benavides; y si no, ¿para qué había estado enfermo? Salirle, después de aquel achacón, porque para ella con algo había que salirle, con que no estaba desmedrado y flaco, era una vulgaridad insigne.

Se confundía Rosa por las simplicidades de su madre, pero contrariarla era como echar hielo al páramo de su simplicidad. Ya sabía que hurgarla era peor, y no la hurgaba.

El primer servicio que doña Matías le prestó a don Luis, la tarde de su llegada, fue botarle las dos cajas de dientes postizos. Sucedió que después de comer se los quitó don Luis y los echó en la taza de baño. Dejándolos allí, se fue a un menester urgente. Entretanto la buena señora tomó la taza para cambiarle el agua, y por la caja de un desarenadero los arrojó con agua y todo. No nada limpios los sacó Simón, después de mucho escarbar, de entre el lodo del

desaguadero.

—Pero por Dios, primo —le dijo doña Matías a don Luis, cuando se enteró del suceso—, ¡cómo deja los dientes en la taza! ¡Quién se lo había de figurar! Más bien que dejarlos por allí tirados, métaselos al bolsico. Eso hago yo cuando estoy de afán.

Mientras Simona estaba en el lavatorio de los dientes, don Luis oía las lecciones de doña Matías con la punta de las narices pegada de la barbilla, sin decir palabra.

—La fortuna —prosiguió la madre de Rosa— fue que no los eché a la letrina. Si no está trancada la puerta, catate que los echo.

Simona no acababa, por su lado, de lamentar el percance. Le parecía un horror que el amo tuviera que meterse aquello en la limpieza de su boca, después de haber andado entre las bascosidades del desagüe; y todo por la sopería de esa vieja, otra tal, que bien pudiera estarse en la Villa cuidando de sus crías. Después de lavados y requetelavados en agua caliente y bien enjutos en una toalla limpísima, volvieron los dientes de las manos de Simona a las del amo.

No se le dio a doña Matías un ardite por la pasativa. Antes, por el contrario, le pareció que habían ganado en blancura.

—Vea, primo, están más blanquitos, como unos arrozones... Si no hay mal que por bien no venga.

XXV

—Pero ¿no le parece, padre, que este milagro de la chinela debía publicarse en Tierra Santa? Eso no se debe dejar tan calladito.

El padre Aldana, que era quien acababa de oír de boca de doña María Josefa esta insulsez, permanecía callado. Meditaba. En su rostro se traslucían la indecisión y el fastidio.

—Conque ¿qué dice, padre, de este milagrazo de la chinela?

Urgido por la mujer de Pepe, el padre respondió:

—Puede que no sea milagro, sino simplemente una gracia. No hay que confundir las cosas, como no hay que confundir el poder de Dios, que es quien ha podido otorgar esa gracia a los que se la pidieron con fe viva, con un amuleto.

En la cara de doña María Josefa se pintaba el asombro. Quizá el párroco había ido demasiado lejos. Hubo un momento de silencio. Doña Chepa, como hablando consigo misma, murmuró:

—Y yo que había pensado fundar la Cofradía de la Chinela, con el sacristán de hermano muñidor, y dotarla con plata de la herencia.

—¡No! —contestó el padre con firmeza—; no se puede, no se debe, eso sería ridículo.

En la cara suspensa de la beata se veía el estrago interior producido por las palabras del padre. Pensó este, con amargura, en que acababa de abrir una rendija en la superchería de las creencias de aquella mujer, por donde podía escapársele la fe, y ocurrió prontamente con el cemento de la doctrina a tapar el agujero:

—No hay —le dijo con dulzura— que confundir las cosas. Una es la religión en su sentido transcendental y profundo, y otra la forma. En la forma puede haber muchos abusos, muchos intereses materiales y muchas supersticiones.

Resuelto a romper de una vez con las de doña María Josefa, tanto tiempo toleradas por miedo al escándalo, prosiguió impertérrito:

—¿Cómo se imagina usted que un zapato puede ser objeto de adoración y culto?

Catalina Douglas se dejó romper un brazo, sirviendo de cerrojo, por salvar la vida de Jacobo II; y doña María de Bohórquez, frente a la hoguera en que debía arder, gritaba a Ponce de León, que la exhortaba a convertirse, ignorante, idiota y palabrero. Así son generalmente las mujeres. Aferradas a un afecto o a una idea, no la sueltan sino con la vida. Doña María Josefa Benavides no era una excepción de la regla. Se rehizo, y se apercibió para la lucha.

—De suerte padre, que usted condena el santo escapulario.

—El escapulario no es la cofradía, es la insignia. Se lleva como un título glorioso y debe llevarse para excitar y mantener en nosotros la devoción hacia Dios, por medio de la Virgen y los santos. Está bien, perfectamente bien, el uso de la insignia; pero debemos procurar más bien revestir nuestro interior con toda clase de virtudes, que no nuestro exterior con toda de hábitos, rosarios, medallas, cruces, reliquias y escapularios. Vistamos primero el alma que el cuerpo. Por más que nos disfracemos con todos esos objetos, siempre nos conoce Dios tales como somos. El general no son las charreteras, ni el hábito es el que hace al monje. Se vence con la oración y con la espada, no con la insignia. El Evangelio es una cosa, y el mercado otra muy distinta.

Hacía malograr probablemente el padre aquella cofradía en potencia con la rotundidad de sus conceptos; pero doña María Josefa no modificaba los suyos un ardite. Siempre seguía creyendo de firme en la eficacia intrínseca de aquellas insignias piadosas para conjurar los peligros ultraterrenos y aun los terrenos y para asegurar la salvación del alma. Por boba, que iba a desprenderse de aquella chinela santificada por la pata de Fray Benito de los Ángeles que era todo un santo; por boba, que no iba a creer que una infusión de ramo bendito la había curado de la ciática y que su escapulario del Carmen no había de sacarla del purgatorio (al cual se condenaba desde en vida a razón de siete años por cada pecado venial) el primer sábado después de su muerte, y que el hábito de la misma advocación, con el cual debían enterrarla, según lo tenía mandado de antemano, no había de impedir, mientras se consumía hasta la última brizna, que su alma entrara al purgatorio. Bendito sea Nuestro Señor, clamaba ella allá en lo más íntimo de su alma, hasta el bueno del padre Aldana se está contagiando de la pestilencia del siglo.

—¿Conque es decir, padre, que no debo valerme del zapatico de Fray Benito para conseguir que el primo Luis me deje un algo para el culto de Nuestro Señor?

El padre Aldana estaba, desde hacía días, impaciente con las nimiedades pueriles y las supersticiones groseras de la mujer de Pepe, y ahora tenía ansias de envidar el resto de su enojo, y lo envidó en aquella ocasión propicia:

—Mi deber como cura de almas —le respondió— es decir a usted la verdad. Para obras caritativas, primeramente, y para la Iglesia de Dios Nuestro Señor, puede usted desear participación en los bienes que dejare su primo, bienes que creo legítimamente habidos; y aun para usted misma puede tener ese deseo, y puede pedirle a Dios, por la mediación de los santos, que se realice. Pero no pueden emplearse malas armas, como la murmuración, el chisme y el enredo, para conseguir ese fin, por laudable que sea. La buena intención no justifica los malos medios. Ya le enviaré a usted libros de doctrina sana, para que los lea con atención, cuando para ello tenga espacio; porque primero es la obligación que la devoción. Usted, aunque no tiene hijos, tiene marido, tiene sobrinas que viven con usted, y tiene criados. El mejor culto es el cumplimiento del deber.

Como por tentar al padre, le preguntó su interlocutora si los escapularios del Carmen podían hacerse de algodón y de figura redonda.

—Lo mismo da de borra o arpillera, con tal que la conciencia sea de seda pura, y habiendo corrección en el alma, habrá corrección en la forma. La indulgencia se gana con la oración, no con la insignia. Esa es la doctrina de la Iglesia.

XXVI

Se marchó el padre, y la mujer de Pepe se quedó anonadada con el escándalo. ¡Qué iba a ser del culto de Dios Nuestro Señor si hasta los mismos sacerdotes, los confesores de la fe, los encargados de velar por ella, se permitían hablar con tanto desprecio de las cosas santas!

¡Decir que el santísimo escapulario de Nuestra Señora del Carmen puede hacerse de borra, y que es lo mismo el bendito aquí que el bendito en Roma! ¡Y no hacer caso siquiera de la forma, cuando la Santísima Virgen ha intervenido en todas estas cosas! ¡Quién lo hubiera creído del padre Aldana! Sentía doña Chepa un gran peso sobre su conciencia, y aquella misma tarde, siendo Nuestro Señor servido, ir a descargarlo a los pies del prelado. Ella no podía con aquel fardo de escándalos y tribulaciones.

En medio de tales comentarios y propósitos la sorprendieron el sacristán, que venía con el libro ofrecido por el párroco, y la criada de doña Nicanora Benítez, que traía el turno de San Caralampio. Mandó sentar al uno y recibió de manos de la otra el Santo, la alcancía del petitorio y una tabla con clavijas, donde estaban inscritos los treinta nombres de las treinta socias del Coro. Mientras recibía el santo y los adminículos de tabla y alcancía, recibió también el recado de la señora Benítez:

—Que le dispense que se lo mande tan tarde, que fue que los niños son muy traviesos y le embolataron el Santo; que la alcancía viene sin plata, y la tabla con veinte clavijas menos, porque así la recibió ella; y que muchos recaditos, y que le mande decir cómo están por allá todos, y que lea el aviso.

Doña María Josefa se caló las gafas, y leyó:

“En nombre de san Caralampio les ruego tengan mucho cuidado en mandar la imagen oportunamente que estuvo temperando en una casa tres meses y así privan al Santo de limosnas y oraciones y ustedes se privan a la vez del honor de su visita. Les recomiendo mucho pidan por la conversión de los pecadores, y la

que no quiera o no pueda pertenecer al corito, pase con entera libertad una rayita a su nombre. En la tienda de la señora N. N. se venden las novenitas de la Gracia, a 3 pesos”.

Había leído en voz alta, y el sacristán se enteró. Esculcaba la alcancía, volviéndola de un lado a otro, como si dudara de la veracidad del anuncio; pero, efectivamente, estaba vacía.

—No sé con qué vamos a hacer la fiesta del Santo —exclamó—. Hay tres o cuatro hermanitas de la cofradía tan pobrecitas... ¡Jesús me valga! Más vale no decir nada, pero vea, Eleuterio, cuando les llega su turno, la plata no aparece. Esto no da para vergüenzas con el capellán, un padrecito nuevo, de la última barcada. ¡Bonito estreno! Qué idea irá a formarse de las socias del Coro! Hasta puercas. Vea, Eleuterio, cómo está esta tabla.

Pero el sacristán no oía ni veía. Estaba preocupadísimo. Lo notó doña Chepa, y le dijo:

—A usted le pasa algo, Eleuterio; ¿qué le pasa?

—No sabe, misiá Pepita, qué me voy.

—¿Qué se va? ¿Cómo qué se va?

—De la sacristanía.

Se quedó misiá Pepita de una pieza: sin alentar, sin moverse, hipnotizada, idiota. Para ella, Eleuterio había venido a ser parte integrante de la religión. No comprendía que la máquina del culto pudiera andar si Eleuterio no la movía.

¿Qué iba a ser de aquel sinnúmero de ruedas sin el manubrio de Eleuterio? Todo iba a sufrir un tremendo trastorno, porque Eleuterio lo tenía todo en la punta de la uña desde hacía treinta años. Había entrado sacristán a los veinte.

Ahora estaba en plena madurez. Un sacristán de cincuenta años, con treinta de práctica y las virtudes de Eleuterio, ¿dónde lo iría a conseguir el padre Aldana? Era esta una nueva complicación en sus relaciones con el padre. Se ha propuesto, pensó, acabar con todo.

—Pero, ¿por qué es el viaje? —le preguntó doña Chepa juntando las manos.

—Porque el sueldo es muy poquito, una ruindad.

—Pues vea que le aumenten; es muy justo.

—Si antes me lo ha rebajado. Dice el padre que no puede pagar como antes, que la Iglesia está muy pobre y que las estas y que las otras. Si viera, misa Pepita, qué clase de mucharejo ha buscado para la sacristanía: no distingue las

vinajeras del atril; y todo porque le trabaja más barato que yo. Una mitad menos.

—¿Y usted qué va a hacer?

—No sé.

—Vea, Eleuterio, yo hablaré con el Padre, aunque el padre y yo tenemos una hebrita cortada. Mientras tanto, mándele una misa cantada a san Guido de Arlendaco, que es el abogado de los sacristanes. Yo le ayudo.

Se confundía doña María Josefa pensando en la falta que iba a hacer Eleuterio, y buscaba modo de evitar aquella crisis ministerial. Tal vez por medio de una suscripción recogida entre las terciarias de la parroquia se le podía poner un sobresueldo y evitar aquel desbarajuste. Se lo propuso a Eleuterio. Con la oferta, se le abrió de par en par el cielo, y para aquilatar sus servicios dijo:

—Ya ve, misiá Pepita, que desde las cuatro tengo que levantarme, llueva que truene, a tocar campana. Después siguen las funciones del culto, también con mucho campaneó. Repique a las doce, más repique a las seis, doble a las ocho, y cuando hay misa pontifical, no diga nada. Esto sin contar, misiá Pepita, las misas de funeral y los dobles de difuntos, que cuando el muerto es de calidad se me alargan los brazos de tirar rejoy. Y después de todo, el trasnocho de la hora santa. ¡No diga nada! Es mucha brega para tan poca paga, digo para cuando pagaban el total; y todavía pijotear ese sueldo que escasamente me da para la mantención de la familia, sin contar las eventualidades de médico y botica, que entonces hay que ocurrir al tiburón de la Peña.

¡No diga nada! En la última enfermedad de Rosario quemé la última alhajita. No le miento, misiá Pepita. El día que yo no pueda trabajar vamos a morirnos de hambre, porque no hay modo de ahorrar una peseta, y eso que Rosario es el mismo fundamento; pero hablarle al padre es como hacer gestos en el oscuro: no oye, y también, con perdón de usted, misiá Pepita, se está volviendo muy cicatero y muy como despótico. Nosotros tenemos la culpa, misiá Pepita, que lo hemos mimado mucho.

Mintió el sacristán en el cargo... No era apretado el párroco, sino paupérrimo y caritativo.

Peseta hecha y peseta deshecha. Gastaba, eso sí, mucho aseo en su persona y su ropa talar era decente. No pensaba que los representantes de Cristo en la tierra deben ser unos mugrosos como el Nazarín de Galdós.

Con la noticia que el sacristán le había dado y con las revelaciones que

acababa de hacerle, ya puede figurarse el lector qué clase de enredo se formaría en la conciencia de aquella señora, donde el vacío daba espacio para toda clase de trapisondas. Eleuterio vino a sacarla del pasmo en que la tenían la caída del culto y el contratiempo del sacristán, con una pregunta, la pregunta de siempre, la relativa al señor de Palenque.

—Si viera —le respondió doña Chepa— qué curación más milagrosa. Con la chinela de Fray Benito. Esta completamente bueno, y eso que no se la puse sino debajo de la almohada unas poquitas noches, por miedo a los herejes. Fue una verdadera resurrección, Eleuterio; los mismos doctores no lo niegan.

—¿Y hizo el testamento?

—Tan desentendido como si no se hubiera de morir.

—Pues péguese de la chilena, misiá Pepita.

—Eso estoy haciendo; pero acaso le gusta al padre Aldana. Hace días que viene con una tirria contra las devociones y con la matraca de que aquí vamos a acabar por ser meramente unos supersticiosos. El otro día creí que se comía a don Hermenegildo. Yo estaba sacudiendo los santos en la sacristía, mientras don Hermenegildo se confesaba en el corredorcito, y oí que le decía: “Siempre lo mismo; sea más caritativo con los pobres y menos tirano con sus inquilinos y dependientes, aunque oiga menos misas y tenga menos cofradías. Vale más cumplir —oiga bien, Eleuterio— con los deberes que con las hermandades. La mejor hermandad es tener caridad con el prójimo, y obras son amores que no buenas razones. Yo no le impongo a Jesucristo, se lo propongo. Ojalá que lo siga, porque en eso está la salvación del mundo. El mundo se desquicia por falta de Evangelio. Si todos cumpliéramos nuestros deberes de cristianos, las cosas andarían mejor”. Le habló mucho de unas invasiones de jurisdicción, que no entendí, como no había entendido el cuento del inquilino. ¿Qué es eso, Eleuterio?

—No estoy bien al corriente en el asunto, misiá Pepita, pero lo que yo creo es que se refirió a algún Aquilino.

—Yo no sé, Eleuterio, qué le ha pasado al padre Aldana: pero algo le ha pasado. Vea, cuando el pobrecito don Hermenegildo se levantó del suelo, tenía las orejas como dos galápagos.

XXVII

El doctor Olalla acaba de llegar a Palenque. Jadeante, sudoroso, como hombre muy apretado por los negocios. Había tenido, dijo, que ir a Envigado, y estando allí cómo no arrimar a Palenque a saludar a don Luis y a felicitarle por el restablecimiento de su salud. Se sorprendió el doctor de hallarlo tan robusto, tan sano, tan morocho. La ciencia, en concepto de Olalla, había hecho más camino en la mitad de la última centuria, que en la totalidad de los siglos pasados. La medicina sobre todo, desde la invención de los microbios y de la asepsia y la antisepsia, había dado unas zancadas corpulentas. El caso de don Luis era despejo de una incógnita patológica.

Plantado siempre en el corredor, con las polainas puestas y el suaza en la cabeza, por miedo de coger un resfriado, todo con perdón del señor Benavides, hizo Olalla, después de la disertación médica, otra agrícola, que amo y mayordomo encontraron enteramente correcta.

Echó después por la hípica y habló de caballos, desde los sementales de raza hasta los jamelgos de carga. También en este ramo fue aprobado por unanimidad. Habló, finalmente, de ganado vacuno. Recorrió multitud de especies y los modos de tenencia, sin olvidarse de vaca consolidada, que en la industria pecuaria llaman “bierva”. No sabían don Luis y Simón qué cosa era una vaca bierva. El doctor se los explicó en cuatro palabras.

—Para que lo comprendan ustedes de un golpe, les diré que las vacas biervas son semejantes a los gobiernos: siempre están dando leche.

El símil no resultaba claro, pero don Luis y Simón se dieron por enterados sin objetar nada.

Después de este alarde científico y de estos circunloquios precisos en un buen diplomático, el doctor se fue a fondo.

—¿No sabe usted de la muerte de don Pedro Contreras?

Don Luis, con asombro:

—¿Murió el señor Contreras?

—El lunes, de un modo trágico.

—¿Lo mató algún rayo?

—No tanto, pero murió en medio de mil afanes y angustias. ¿Por qué, me preguntaba yo viendo aquel espectáculo, dejarán estas cosas para la última hora?

—¿Qué cosas?

—El testamento. Figúrese usted que don Pedro no había testado, y ya en los últimos trotes le llevaron el notario. Murió el pobrecito como Cristo en la cruz. De un lado el susurro del cura que rezaba en latín, y del otro el notario con la cláusulas testamentarias. A cada ítem más, había una explosión de llanto en la alcoba.

—Eso debe ser triste para los que tienen mujer e hijos.

—¿Y quién no los tiene, señor don Luis? Usted, por ejemplo. Cada miembro de la familia Castellanos debe ser para usted como un hijo. No se imagina usted cuánto es el afecto que esa familia le profesa.

No hizo objeción alguna don Luis, y el doctor prosiguió:

—No es ciertamente a un don Luis Benavides a quien yo, ni nadie, deba aconsejar. Sin embargo, lo que acabó de ver es algo como un aviso que debo transmitir al amigo. Pienso que mañana, en las mismas circunstancias del señor Contreras, cuando la situación no fuera propicia, usted me haría cargo del mutismo. ¿Para qué son los amigos? Me diría usted entonces... No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, es un gran apotegma de un gran pensador... Hoy, en salud, señor don Luis, hoy, en toda esa robustez de que usted disfruta, es cuando usted debe pensar en la *rara avis in terris* de su última voluntad.

—¿Y qué es lo que piensa el señor doctor Olalla que deba yo hacer?

—Su testamento. Pero vaya una súplica. La de que los Castellanos ignoren por completo que usted y yo hemos hablado de estas cosas. Yo veo de afuera lo que usted no ve de adentro.

—No comprendo.

—Va usted a comprender. Para la familia Castellanos tiene usted un pero, el pero de la plata. Ese pero les impide dar rienda suelta a la vehemencia de sus afectos. Ellos saben muy bien que la suspicacia y la envidia están entre usted y ellos.

—¡Tonterías! ¡Quién hace caso de esas cosas! Tranquilícelos usted.

—Sí se los digo, pero el pundonor de don Conrado es hiperbólico. Para refrescar el bochorno del aire, el doctor se abanicaba con el sombrero.

Don Luis lo invitó a dar un paseo por la arboleda. A Olalla le pareció felicísima la idea: un auto para mejor proveer. Sentados en un tronco, a la sombra del bosque, donde se filtraba tenue y tranquilo el sol de la canícula, reanudaron la conversación interrumpida en la sala.

—Crea usted, señor don Luis, que las indicaciones de oficio que ocasionalmente acabo de hacerle son dictadas por la amistad. Para algo hemos de vivir en sociedad, para algo escribió Augusto Cante sus obras altruistas. En el altruismo está la salvación de la sociedad. Jesucristo fue el altruista por excelencia. Se fastidiaba don Luis oyendo a Olalla, y, para acabar de una vez, le preguntó:

—¿Y cómo cree usted que quedarían bien mis cosas?

Olalla se puso a meditar, con la cabeza baja, la pierna derecha montada en la izquierda, el codo en la rodilla la sien contra los dedos y la máquina toda sobre el tronco. Un buen espacio estuvo en esta actitud meditabunda. Por fin irguió la cabeza, y dando a su semblante la seriedad del caso y a su voz una entonación de audiencia, se produjo así:

—Siempre que usted lo desea, le daré mi opinión. Una opinión desinteresada, enteramente desinteresada, y tan respetuosa como debe ser dirigiéndose a don Luis Benavides. Para que usted vea la razón que me asiste en la indicación que le he hecho, supongamos por un momento y por vía de prolegómeno, que usted muere abintestato. Esto es fácil de suponerlo, pero no lo que vendría después. ¡Qué dédalo, señor don Luis, qué dédalo! El campo de Agramante sería tortas y pan pintado, comparado con aquel sinnúmero de colaterales que vendrían, como una gallinazada, a recoger la herencia yacente del señor don Luis. ¡Qué laberinto aquel! Comience usted por los Castellanos, que están en cuarto de consanguinidad, y siga contando quinto, sexto, séptimo y no pare usted hasta el décimo; y del punto de partida, es decir, desde los Castellanos hasta llegar allá abajo... pues no tendrá usted menos de quinientos parientes, ¿no le parece a usted?

—Es muy posible.

—¡Quinientos parientes a la rebatiña! La mayor parte desconocidos de usted y, con perdón de usted, lo menos cuatro que tirarían la herencia sobre el

tapete verde del garito. En aquel desbarajuste no quedarían seguros para usted, señor don Luis, ni los siete pies de tierra que necesita un muerto. Fíjese usted... y cómo sufrirían los Castellanos con este naufragio, con esta, hecatombe, en la que ¡ni la sepultura de su querido congénere quedaría segura!... ¿Tengo o no tengo razón?

—De sobra.

—Pues, entonces, manos al asunto; porque el hilo de Ariadna que se necesita para entrar al laberinto de Creta es el testamento de usted. Lo demás es obra suya. Con lo dicho terminan mis deberes de amigo.

—¡Ah! no. Quiero agregar a la gratitud de la indicación, la gratitud del reparto. Reparta usted.

Después de recapacitar sobre el asunto, Olalla respondió de este modo:

—Lo primero, señor don Luis, es la caridad. Jesús no se cansó de recomendar la caridad. Comenzaré, pues, poniendo en primer término a los pobres, y entre los pobres, a los vergonzantes: aquellos que se mueren de miseria en el agujero del tabuco, porque el pudor les veda pedir: gente que se retuerce de hambre y no molesta. Para esas víctimas de la vergüenza, que no hay que confundir con unas lechuzas sin oficio que van de puerta en puerta, yo que usted, dejaría cincuenta pesos.

—¿Grandes o chiquitos? —preguntó don Luis con sorna.

—¡Oh! grandes. No es menester advertirlo. La ley no reconoce los de ocho reales. Esa suma —prosiguió Olalla, haciendo una rectificación— fue precisamente la misma que dejó don Lázaro Benítez para los pobres vergonzantes, pero como hoy se trata del *rara avis in terris* de Juvenal, rectifico y le aconsejo trescientos. Hay que dar ejemplo, señor don Luis. Estos testamentos de aquí, desde el punto de vista de la filantropía, han sido mezquinos, miserables, vergonzosos, y no seré yo quien, en nombre de la amistad, venga a aconsejarle a usted mezquindades y vergüenzas. Siguiendo, pues, el camino excepcional que me permito, ya que usted me lo exige indicarle, yo que usted, les dejaría al Hospital, al Manicomio, y a los Talleres de San Vicente de a quinientos pesos. —Estribió bien en el número, y siguió—: doscientos al Asilo, doscientos a Jesús, María y José, porque no hay que agraviar a nadie. Ras con ras, así entiendo yo la caridad.

El doctor se interrumpió, mientras el señor Benavides tosía. Le había dado

un acceso muy fuerte: se ahogaba. Olalla se puso a palmearlo por la espalda. Don Luis hacía señas de que no. En esto acudió Simona, atenta siempre, con la clara de un huevo en una copa. Se la tragó el amo de un golpe y la curación fue instantánea.

Después de los cumplimientos de estilo sobre el suceso, de las indicaciones patológicas del caso, y de la observación de que el mal era atáxico y sin consecuencias funestas, porque las morbosidades nerviosas son inconducentes, Olalla reanudó el hilo del testamento:

—Volviendo al asunto de usted, pienso que a sus negros... pero vuelvo atrás para proceder con método. Me olvidaba de la Casa de Huérfanas, de aquel asilo humilde donde han encontrado pan y trabajo tantas muchachas infelices, de la Beneficencia de doña Marcia Escobar. Doña Marcia Escobar, le diré entre paréntesis, es una de las santas de mi calendario. A la Beneficencia no debe dejarle menos de quinientos pesos. Después el ítem de los negros con ochocientos a cada uno.

Para atenuar la exorbitancia de la suma, el doctor hizo mérito del largo servicio de los negros, de su adhesión incondicional a la persona del amo, de sus buenas cualidades, y esperó un momento hasta ver qué impresión producía en el ánimo del señor Benavides la cuantía del guarismo.

—Está bien, muy bien, —observó don Luis.

Tranquilizado el doctor con respecto al dispendio de los ochocientos duros, prosiguió:

—Algún buen recuerdo a su ahijada Rosita; los cuadros de la sala, por ejemplo. El menaje de cocina y la lámpara de pedal a doña Pepita. A don Onofre un par de buenas vacas, y aun el caballo de raza: él es muy amigo de la pecuaria. Quedarían contentísimos, y no hay que olvidar tampoco que por aquí anduvieron durante su enfermedad.

—Pero queda lo gordo, —observó don Luis.

—Los remanentes. A eso voy. *Palman qui meriud ferat*, dicen los latinos. Propercio, si mal no recuerdo. Los remanentes, señor don Luis, serán el *rara avis* de su testamento, y por eso, yo que usted, se los dejaría, a carga cerrada, a don Conrado Castellanos. Dejárselos a don Conrado será como dejárselos a la industria, es decir, a todos. La industria es tutelar. Mover la industria es dar paz al país y pan al obrero. Detrás de usted, testando como yo le indico, vendrán la

locomoción, la fábrica, la luz. En una palabra, el progreso.

—Y para monasterios, ¿no convendría dejar algo?

Era vidriosa la pregunta, el doctor vaciló en el concepto, y acabó por orillarlo mañosamente:

—Aun de lo bueno, señor don Luis, cuando es supererogativo [sic] y puede traer complicaciones que comprometan lo inmanente, debe prescindirse. La consorte, por ejemplo, en obsequio de la paz doméstica, debe prescindir de una práctica piadosa que a su marido no le agrada, porque siempre es mejor, o menos malo, prescindir de ella que echar a rodar, por sostenerla, la paz de la familia; y lo que de esta se dice puede decirse también de las naciones, cuya vida en el detalle del hogar, como en la colectividad de los pueblos, tiene que ser una perpetua transacción; porque, una de dos: o transigimos o nos comemos crudos. Metamos a cada cual en su idea como a los locos en su celda. Pensar en reducciones por la fuerza es pensar en la barbarie. El verbo no es la violencia, es la palabra.

La hoguera y la guillotina erraron los caminos y prepararon reacciones atroces que han pagado la religión y la república como las letras de un giro. Antes siquiera hubo la convicción de las ideas; hoy, detrás de promesas de libertad presente y de felicidad futura, palpita la cuestión del guarismo. De lo que debe tratarse es de vivir lo menos mal, lo menos escandalosamente posible, y esa es la obra común del trabajo. No son los hombres trabajadores los que han planteado ese gran número de cuestiones filosóficas, religiosas y políticas que han embrollado las conciencias y revolucionado el mundo...

Aquí iba el doctor en su discurso, cuando comprendió que él, a su vez, iba errando en el camino, y volvió al tema de la herencia, que era el afán del día.

—Ese modo de testar que yo indico es altamente altruista. Equivale a aliviar males hechos y a prevenir males futuros. Prevenir es la higiene social. Más vale prevenir que castigar. ¿Qué gana la sociedad con llevar un hombre al presidio? Nada. Lo que importa es llevarlo al trabajo...

Don Luis oía las palabras de Olalla, taciturno y pensativo. Pensaba, acaso, en la vida interior de la conciencia y en la exterior de las palabras; en el olvido en que el hombre echa sus propias obras al juzgar las ajenas; en los quilates de la doctrina y en la lacería del apóstol. El doctor vino a sacarlo de su silencio, preguntándole cómo hallaba las opiniones que acababa de emitir.

—Ha hablado usted —le respondió el señor Benavides— de transacciones, y entre la verdad y el error no puede haberlas. La verdad es intransigente.

—Pero *taht in the question*. Ese es el círculo vicioso en que nos hemos revolcado siempre. Por lo que usted y yo llamamos el error, han muerto muchos.

—Pero erradamente.

En este punto echó de ver Olalla, entre sí, que estas pláticas no venían con el propósito de sus deseos, puesto que él no había ido a Palenque a sostener tesis, sino a ganarse la voluntad del testador, y se apresuró a responder:

—Es verdad, usted tiene razón. Rectifico.

Después de esta rectificación hizo otras varias, y acabó por reformar el proyecto testamentario con un codicilo en que habría un legado para un convento. Ahora lo que le importaba saber era si las rectificaciones y el codicilo habían enderezado, si es que antes anduvo torcida, la voluntad del señor Benavides, lo cual fue materia de una nueva interrogación. El señor Benavides lo halló todo excelente. Entonces hubo ofrecimientos jurídicos de parte del uno, y aceptación agradecida de la del otro. La minuta del proyecto iría en seguida a Palenque, y, con observaciones o sin ellas, volvería a manos de Olalla para el retoque definitivo. Todo, por supuesto, entre los dos, observó el abogado. Era menester que nadie se enterara.

Las rectificaciones las había hecho Olalla en el comedor, entre bocado y bocado, y el codicilo a la hora de los postres.

XXVIII

—Qué hombre más dócil que don Luis; y pensar que todo estuvo a cantos de perderse por falta de un par de buenas razones y de una condescendencia menguada, —decía el doctor a don Conrado, contándole el suceso.

Ahora, pensaba este, bien puede la Rosita irse a trompetear al calvario con sus moños y su legado de cuadros elegíacos. La presunta heredera se iba a quedar con tamaño palmo de narices, y, si los deseos de don Conrado se realizaban, con una palma real para el entierro.

Es lo probable, seguía diciendo entre sí, para una niña que, después de una vida de desdenes a muchachos de la calidad de Pachito, se encuentra a la postre con la herencia frustrada.

Se lo reía de antemano el señor Castellanos, y se felicitaba por aquel golpe audaz que lo ponía en posesión de los millones de la herencia. Don Luis había estado al írsele con la soga en los cachos; pero la Providencia había tenido buen cuidado de demorarlo, mientras Olalla lo enlazaba con la argucia de sus discursos. Colombia es la tierra de lo providencial. Desde los gobiernos que han arruinado al país, hasta la curación del señor Benavides, todo ha sido providencial. Ahora le tocaba su turno al testamento.

—Esto es providencial —decía don Conrado a su mujer, en el seno de la confianza y la reserva, porque era preciso mantener todo aquello tan guardado como la lana de la polilla. En las pascuas de su contento estaba Castellanos, cuando su mujer, que tras los pasos del abogado había entrado en el cuarto, le preguntó:

—¿Qué nos trajo?

—Todo a pedir de boca. Olalla ha de enviarle la... la... minuta. Eso es, la minuta.

—¿Y qué es la minuta?

—La minuta entiendo yo que es el borrador para que el otro copie de su

puño y letra.

—Bueno: cuéntame todo.

Lo hizo don Conrado minuciosamente.

—¿Qué te parece?

—Que no me gusta mina con tanto oro.

—Pero, ¿por qué?

—Don Luis me parece algo zorro, y el doctor... yo no sé... el doctor me está pareciendo maluquito.

—Esa es mucha suspicacia. El primo aceptó todo, y Olalla me ha servido siempre bien: con lealtad y hasta barato.

—Bueno, pues que le manden a don Luis eso que llaman la minuta a ver si firma. Allá verás cómo no firma nada. No es de los que se dejan engatuzar tan facilito.

—Verás que firma. Está convenido, y el primo es hombre de su palabra. Ahora lo que hay que hacer es enviarle un buen regalo a Olalla para que se afine. La cosa urge; porque el primo no está nada bien.

—Ya vas a encajarle regalo a Olalla. ¿Qué afán hay? ¿Por qué no te esperas? Prométele, y si sale con la cosa, le haces el regalo, y si no, no le regalas nada.

—Mejor es de una vez.

—Haz lo que quieras, pero ojalá no te pese.

—Verás que no. Tengo fe en él, y mucha más en la palabra del primo. ¿Sabes lo que me tiene con cuidado?

—¿Qué?

—Que el doctor se nos puede ir de un momento a otro.

—¿Para dónde?

—Para Francia, de ministro.

—¿Pero él no es enemigo del Gobierno?

—Era.

—¡Ah!, lo van a soldar por el estómago.

—No es precisamente eso; es que la política tiene sus evoluciones.

De la boca de la mujer de Castellanos salió estrepitosamente la más sarcástica carcajada que de hembra despierta y maliciosa ha salido, desde el filósofo de Abdera hasta hoy.

Porque una vez, de chiripa, venció Olalla a la contraparte en un pleito de Castellanos, le tenía este una fe ciega. Con Olalla de su lado creía no estar al riesgo de las intrigas y trapacerías de los otros en el negocio de la herencia.

En esta entrevista con su mujer, después de poner al abogado en el candelero, hizo la nómina de la parentela contendora para afianzarse más en la fe del triunfo. Pepe era un holgazán y un imbécil. Borracho, por añadidura. Rosa una coqueta desjuiciada; doña Chepa una beata chismosa; los padres de Rosa un par de mentecatos. ¿Quién podía, pues, toserle a él en el negocio de la herencia? Nadie. Eliminando, venía a ser el hombre de la situación, el heredero forzoso de don Luis. Le quedaba un reconcomio, sin embargo, una espina muy honda que no se atrevía a menear: el padre Aldana. Este era el punto negro que en el horizonte anuncia la tempestad. Quién sabe si el padre Aldana sería a la postre la borrasca que, en beneficio de la beata y de las obras pías, había de arrastrárselo. En medio de esta tribulación le consolaba una cosa. Una vez solamente, hasta esa fecha, había estado el padre en Palenque, y doña María Josefa, según recientes investigaciones de su mujer, había abandonado la Vera por San Benito. Ya no iba allá sino de cuando en cuando. Algo grave debía haber pasado entre el párroco y doña Chepa. Ya se tomaría licencia la mujer de don Conrado para averiguarlo con el sacristán, quien debía estar al tanto de estos tiquis miquis de sacristía. Contaba Castellanos con que el padre, sin el aguijón de la vieja, abandonaría por completo el asunto.

Después de tranquilizarse un poco respecto a la persona del cura, le volvía la aprensión respecto de la especie. Dadas las condiciones religiosas del señor Benavides, el peligro de los curas, con suyo nombre designaba Castellanos a los sacerdotes del clero secular y regular, era un peligro tremendo, que su propia sed le iba agrandando.

Viendo el asunto de la herencia por el lado cural —se decía a sí mismo don Conrado— quizá convendría más dejar al primo en Palenque que traerlo a Medellín. Traerlo a Medellín es como ponerlo en manos de la propaganda.

—Me parece —le dijo a su adjutor Olalla— que hemos estado cometiendo un error en querer traer para acá al primo.

—¿Cómo así?

—Porque al traerlo lo ponemos en contacto directo con los curas, y los curas son el peligro más grande en este asunto.

—Exacto. Tiene usted muchísima razón y muchísima sindéresis. No había caído en el chispite, pero rectifico. La vida, señor don Conrado, no es sino una serie de rectificaciones. Ni hay que avergonzarse por eso. ¿Qué mucho que nosotros hagamos una rectificación por una causa justa, como es la de poner un nexo de incoación entre la herencia y el progreso, cuando hoy se rectifican los credos, las doctrinas, las escuelas, las purezas, las incorruptibilidades, y aun los odios, por la pitanza de los empleos? Una embajada revoca un ideal, una teta extingue un gruñido, y el cambullón de un contrato aplaca un odio. Esa, ha sido la historia del país de los quesatengas. Por un error de cuenta se inundó Quesatenga de sangre y de papel, es decir, de luto y de miseria. Después de la guerra, los vencidos pusieron los trastos de su bagaje político y filosófico a los pies de Carrera y recibieron en cambio la carne del presupuesto. De la cloaca de tantas inmundicias, a donde era preciso bajar con las narices tapadas, surgió la paz hedionda de las sepulturas, apuntalada con el derecho divino de los gobiernos, y Carrera gobernó a Quesatenga, como dictador irresponsable, sostenido por una liga extravagante de cómplices que lo odiaba en el fondo y que se odiaba a sí misma.

XXIX

Un año iba corrido desde la enfermedad de don Luis, curada con el agua limpia de La Doctora y las postreras de La Malva. Un año durante el cual había seguido tenaz la lucha empeñada entre las ramas altas del árbol de los Benavides, por hacerse con el amor del pariente célibe que ahora se moría de verás en su retiro de Palenque. El burro amoroso de Pachito Castellanos seguía atollado en los tremedales de los desdenes de Rosa, a quien, dicho sea de paso, no le habían aprovechado las píldoras de reducción para la gordura del cuerpo, ni la intestada moribundez del padrino para los desdenes del alma.

El amartelado primo, para consolarse del desahucio de Rosa, era ahora más asiduo en su asistencia al Oliven Club, donde había ingresado a la mesa gorda del póker. También asistía puntualmente a los sábados de El León Rampante, que era una casa de juego clandestino de dado y otras yerbas venenosas prohibidas por la ley. Actualmente está con sus compañeros de taifa, entregado a las emociones de azar.

Por lo que *potes contingere* hay sobre la mesa un naipe español. Si la policía llega (lo probable es que no llegue, porque los deudos son los últimos en saber las novedades de la familia), allí no habrá dados ni cosa semejante. Únicamente un jueguito moderado de tresillo. Pero la policía, según estaba previsto, no se presenta por allí en toda la noche, y los muchachos se descamisan y emborrachan a sus anchas. A medida que sube el alcohol, suben los envites. No hay parada que no se doble, y la cabra final de los perdidosos es un desastre. En el mismo Monte Carlo aquello sería emocionante. Tampoco se preocupan los pagadores de la taifa por la cuantía de la suma. Esa se consigue en la banca clandestina, girando a cargo de la hijuela paterna, o por cualquier otro medio decente e ingenioso que discurrirá el banquero del ramo. Este fija las condiciones. Mólicas, por supuesto. El cliente firma y el acreedor espera.

Por allá a la una de la noche, uno de los muchachos, que estaba más

calamocano de lo preciso, apoyó las patas en la mesa. Él se fue de espaldas, y las copas, las botellas y los vasos, con el sustento, rodaron en dirección contraria, por el suelo, produciendo un estrépito terrible. El dueño de la taberna, que Serapio se llamaba, apareció en seguida en mangas de camisa, asustadísimo:

—¿Tocaron a la puerta?

—¿No ve que fue que se cayó la mesa?

—Caballeros –replicó Serapio, quitándose la boina y estrujándola entre las manos–: Ustedes comprometen la función... Más recogimiento, caballeros.

Levantó la mesa y se puso a contemplar los trastos. Mientras tanto, el caído estaba con las patas en alto, forcejeando inútilmente por levantarse.

—Caballeros –prosiguió el dueño de la taberna– todo hay que pagarlo.

—*Ol rait*. [sic]

—No lo conozco.

—Si no es persona, hombre... no sea bruto, estudie usted lenguas. *Ol rait* quiere decir *ego non rebeduto levis*.

—Es usted un grosero.

—No, hombre, si es que no entiende; tradúzcale usted, García.

—Bueno –dijo García–, le traduzco. Ese *polpourri* [sic] quiere decir que este caballerito de la cara lisa como nalga de santo, que se llama Pacho Castellanos... le advierto a usted, mi queridísimo Serapio, que un castellano son dos pesos chiquitos, igual a ocho tomines, que son ocho pesetas, u ocho francos, u ocho liras, u ocho bolívares, o ciento sesenta mugres, según esté usted en España o en Francia o en Italia o en Venezuela o aquí en la República de Colombia. En mi museo de numismática puede usted enterarse si es que quiere usted enterarse.

Mientras García hablaba, yéndose y viniéndose como una balandra sobre las olas, el tabernero, sin hacer caso de la charla, iba recogiendo los tiestos de la loza quebrada.

—Bueno –prosiguió diciendo García–; el señorito Castellanos tiene muchos castellanos, pero muchos. Sírvasse tomar nota. Hablo con usted, señor Serapio, y atienda que va la traducción y que habla con gente de calidad.

Pero como el tabernero no atendía, García le dio una patada en las nalgas que lo hizo medir tres varas de suelo. Escupió Serapio un vocablo soez, que fue retornado al instante con otra mano de coces encima. Si un tercero no interviene,

se acaba aquella noche El León Rampante porque el señor Serapio se levantó de revólver en mano.

—Paz, paz –dijo el mediador–. Guarde usted ese trabuco y oiga la traducción, que en la traducción está el busilis, y en el busilis... ya verá usted lo que está en el busilis. Atienda, pues, don Serapio.

—Pero que se explique prontico –dijo el tabernero de malísimo talante.

—No hombre, no se sofoque y no eche a perder, con sus modos de bestia feroz, este refugio contra las tempestades del trabajo y la monotonía del mundo, del demonio y de la carne, que dicen los curas... He dicho, y añadido que, para cimentar las paces sobre bases sólidas, hay que tomar otro roncito.

Guardadas las armas y bebido el ron, el traductor prosiguió:

—Atiendan, pues, con urbanidad y buenas maneras, como gente decente. Nosotros y el señor Serapio somos gente muy decente, solo que de cuando en vez nos corremos unos vidrios y echamos a rodar estas muelas. De una santa, ya ven ustedes; pero eso no es malo, y si alguno piensa lo contrario, es decir, contrariamente a lo que yo pienso, que sostenga el punto para yo romperlo por el eje...

—No, hombre, acaba que están cantando los gallos y todavía tenemos que ir al Callejón de la Encrucijada.

—Acabo, pues... Pero, hombre, este gznate no me ayuda. Si ustedes me hicieran el favor de otro roncito.

—En acabando, hombre, en acabando le damos la damajuana para que la escurra.

—Bueno, acabo: pero allí está mi compadre que ya no ve, ni oye, ni entiende.

Era Pachito Castellanos, que roncaba mancornado en una silla. En esto volvió a entrar el tabernero, que había salido a rondar la taberna, y dijo, dirigiéndose a García:

—Despáchese, despáchese.

—Me despacho, pues. Pero, hombre Serapio, hacer una traducción tan complicada de tres lenguas vivas y una muerta, así, ¡de bóbilis bóbilis! Hay que inspirarse. *El cuervo* de Poe se hizo en una rasca; en una rasca...

—En una rasca –le interrumpió el tabernero– se han matado muchos, y en dos rascas lo planto yo a usted en el caño. Oiga usted, en el caño.

—Ahora, oiga usted. Si no fuera porque usted tiene el dinero del presupuesto en la mano, digo la taberna y los licores y el vil metal, yo lo mataba a usted, pero hasta tanto que usted tenga esos cachivaches en la mano, no le mato a usted. ¿Comprende o no comprende?

El señor Serapio amortilló el revólver.

—Serénese usted; el argumento es concluyente y voy a despacharme. Se trataba... a ver... se trataba. Ya no me acuerdo bien de lo que se trataba.

—De un tal bobis –apuntó el tabernero.

—Eso es, de bobis, que quiere decir que este bobo que está allí sentado roncando la perra, le pagará a usted la trastamenta quebrada, las platas de la cuenta, los sólidos y los líquidos, con una herencita que va a cojer en estos días de un viejo pendejo que se está muriendo en La Sabaneta. Después de pagar usted, señor don gusano de pollo, digo señor don Serapio, y bájeme el cañón de esa pistola, todo el valor de la deuda, todavía queda un saldito que nos lo vamos a parrandear aquí y en el callejón de la Encrucijada. Aquí, principalmente. Ya ve usted que las noticias no pueden ser mejores.

—No las había oído enteras el señor Serapio, porque nuevamente había salido a husmear por los lados de afuera.

Mientras tanto, los tres mozos que quedaban en pie, aunque un poco ladeados, se empeñaban en despertar al joven Castellanos, que ahora dormía la mona con la boca abierta y un hilo de babas que le caía a la pechera. Viendo lo inútil del empeño, lo tendieron de espaldas en el suelo y le taparon la cara con el fieltro.

—No tiene aptitudes –dijo García–; se rasca con el corcho y se quema con el olí del yesquero. No está el horno para bolsas. Fuera yo el heredero. Cambiaría la faz de Medellín. Oigan ustedes mi programa.

—Su programa –le interrumpió el tabernero, que acababa de regresar de la ronda– me hace usted el favor de irlo a dictar a los infiernos.

Ya esta pasando la gente para misa primera y lo van a oír a usted. Usted me compromete, y me compromete con promesas que no se cumplen; porque ese viejo no se muere nunca, ni se sabe que le deje nada al señorito, y yo me estoy pudriendo de deudas por sostenerles a Uds. los vicios...

—Sosiéguese, hombre, sosiéguese; capitalice y espere.

—Ocho días; nada más que ocho. Si de aquí allá no se ha muerto, rompo la

sesión y el cabestro, aunque nos lleve el diablo a todos. Más vale.

—Tenga fe hombre. Lo asisten cinco doctores.

—Alguna esperanza es.

El tabernero se frotó las manos y las metió a los bolsillos, una en cada faltriquera. De la derecha extrajo un papel que desdobló frente al farol.

—*La nostra conta*, a ver a ¿cuánto monta?

—No sé leer el guarismo. Léalo usted.

—Un millón trescientos veinticinco mil duros. Poca plata.

—¿Poca?

—Eso tiene en zapatos viejos nuestro queridísimo don Luis. Vea, hombre Serapio, con la plata del moribundo puede resolverse el estado actual de la cuestión.

—¿Y cuál es el estado actual de la cuestión? —le preguntó otro de los de la juerga.

—El número, hombre, el número.

—¿Y no dejas nada para las ideas?

—Sí, el cero.

Por fin, a nuevo requerimiento del señor Serapio, se marcharon, dejando a Pachito en depósito, sin que la policía hubiera hecho acto de presencia por aquellos contornos.

XXX

Era en una visita de confianza, de esas de costura y algo. Desde antes de manducarse el algo material de los chocolates y las parvas, habían entretenido las lenguas con la crónica del día, crónica de murmuración y cuentos, a que da pabulo la disección física y moral de los prójimos; y como la satisfacción del estómago aviva la alegría del ánimo, después de la comida volvieron con más bríos al regodeo de la crónica, que ahora tenía el encanto de muchísimas desgracias, y entre ellas la del enfermo de Palenque.

Había entre las de la visita una señora cincuentona, adiposa de carnes y ligera de lengua, que hallaba enteramente detestable y malo todo lo presente, sin exceptuar ni las misiones de los padres jesuitas, que para ella no eran sino un botadero de plata sin resultado. Las de ahora días, cuando empezó la cosa, sí eran verdaderas misiones. Se iba a pie, se hacía penitencia, se gastaba apenas lo preciso, no había colectas adentro ni regalos afuera, ni ostentación de comilonas, ni lágrimas de cocodrilo, ni firmas de compromiso. El corro estaba escandalizado, y si yo lo escribo es por no faltar a la puntualidad del pasaje. Por vía de compensación para los dos, se fue después a lo laico, y con el mismo criterio despedazó e hizo añicos los bailes, el teatro y las jiras modernos. La indumentaria y las construcciones de ahora le parecían detestables. Los versos, un guirigay de mentecatos. Las mangas de Santa Rita y el balconaje de antaño, y la “Canción del Sereno”, aquella que empezaba diciendo:

Quédate así con tu cabeza lánguida
Apoyada en tu mano de marfil;
No dejes nunca esa actitud romántica,
No te muevas, mi bien, quédate así;
esas sí eran mangas y balcones y versos.

Para ella, las riquezas actuales, pura apariencia; la belleza de las

muchachas, apreturas y afeites; los colores, de botica; las carnes, de relleno; los jóvenes, insulsos e ignorantes. A ver, ¿qué jovencito de estos de ahora sabe dónde queda la Manchuria?, preguntaba con aire triunfal. En sus tiempos, todos sabían geografía, y conducir en un baile y hacer una visita.

Todo al revés de ahora. Y en cuanto a las muchachas, no eran capaces de multiplicar por la unidad, ni sabían un parrafito de Carreño, ni pegar un botón. Eran lo que se llama unas coquetas muy bobas. Hizo hasta la observación fisiológica de que antes las enfermedades eran menos mortíferas. La droga dizque costaba menos y curaba más. Entonces se nacía más fácilmente, en manos de cualquier vieja y sin más herramienta que unas tijeras.

Pensaba la buena señora que el tiempo se lo había llevado todo con ella y que nada había al presente que no estuviera tocado de dolo y falsedad.

Asistía a la visita por malos de sus pecados, y eso que dicen que no tenía ningunos, una muchacha de voz aflautada y doliente, a quien se le veía pintado el sufrimiento moral de la vida en los rasgos mustios de la fisonomía. A la sazón estaba en terna para irse al Monasterio de Carmelitas Descalzas de San Blas, que ella llamaba, por antonomasia, el palomarico de Teresita; y no podía oír hablar de aquellas cosas de que la cincuentona hablaba, ni aun de otras de menos alcance y transcendencia, sin sufrir la obsesión tremenda del infierno. Con solo oír aquello sentía el aleteo del murciélago satánico y el olor nauseabundo del azufre. Por fin cerró el pico la cincuentona, y otra de las señoras presentes puso sobre el tapete el plato del día: el del enfermo de Palenque.

—¿No saben ustedes el trabajo en que están las pobrecitas Castellanos, Lunas y Porras?

Se suspendieron todas las costuras y las respiraciones. La pregunta era sensacional. A la cincuentona se le abrieron tamaños horizontes.

—No; a ver ¿qué les ha sucedido?

—Que el primo Luis se les esta muriendo en La Sabaneta, y ahora sí es de veras.

—¿Y eso le parece a usted un trabajo, misiá Rosana?

—Pero si lo quieren más que hastai.

—Por la herencia

—Es que no ha hecho testamento.

—Entonces sí es un trabajo muy grande.

—Por lo del testamento no hay cuidado. Demás que lo hacen testar. Le tienen un fraile a la pata.

—Es que ni siquiera está en su juicio.

—Mejor —observó la cincuentona—; así es como esos testamentos quedan buenos. Don Conrado y el fraile testan, y el viejo firma.

La beatita del palomarico se deshacía en pucheros, y a otro dicharacho de la cincuentona, que dejó entre líneas con perdón de la historia, soltó el flautín de su voz:

—Sus reverencias —dijo— no se meten en esas cosas sino por el bien de las almas y en honra de Nuestro Señor.

—Pero, niña, ¿quién dice que no? Allá verá cómo el padrecito saca su buena tajada para sufragios por el alma de don Luis, y lo menos sus cincuenta pesos para el Hospital. Es que usted todo lo echa a mala parte.

—No, señora, es que son muy temosas con sus reverencias.

—Nadie. Aquí sus reverencias son como el abuelito de la familia. Más no se les puede querer y respetar. Es lo que ellos dicen, y no más.

—Ojalá —dijo otra— que el padre metiera la mano y sacara algo para las iglesias y los pobres; pero acaso dejan nada para eso.

—De veras, m' hijita. Se mueren unos solterones podridos en la plata, sin obligaciones y a carga cerrada para los hermanos o los parientes ricos, que lo que es los pobres no ven un centavo. ¡Ave María, como si no tuvieran alma! Aquí no hay hombres como ese doctor Oyobai que, según contaban el otro día los muchachos de casa, dejó la mar de millones para hospitales y escuelas. En los Estados Unidos sucedió lo mismo con un señor Pabón... me parece que era Pabón. La cincuentona se ahogaba de risa con estas noticias.

—Pues lo que es este angelito de don Luis —prosiguió la que hablaba— allá verán ustedes... Sus cincuenta pesos para la Casa de Asilo, con muchas condiciones, por supuesto, y después a carga cerrada para los pobrecitos Castellanos y Lunas y la pobrecita doña María Josefa.

—Y sin modo, mis señoras —respondió la cincuentona. Los pobrecitos van a sacar la tripa de mal año.

—¿Qué pobrecitos?

—Pues los pobrecitos parientes: don Conrado y los otros.

Como el del amo en las espaldas del negro, cayó el látigo de aquellas

lenguas sobre el pobre enfermo de Palenque y su desgraciada parentela. Todas sino la beatita y la dueña, habían murmurado a sus anchas. Al fin esta dijo:

—No digan nada. Don Luis es muy buena persona. Allá verán cómo se luce.

Hubo un gruñido general.

XXXI

Los rumores que acerca de la salud del señor Benavides corrían en boca de los golfos de El León Rampante y de las señoras precitadas, eran desgraciadamente ciertos. Las cosas estaban en Palenque tan apuradas y sin remedio, que hasta un nietecito de Simona gemía a moco y baba. Iba el cafrecito por los corredores de la casa, sorbe que sorbe, olvidado de los padres y perdido en la balumba de los deudos, metido hasta las patas en una camiseta de don Luis. A Simona se le iba el mundo. Se movía de una parte a otra, inquieta y sin motivo. Simón, cansado de tantas idas y venidas inútiles, porque ya los recursos de la ciencia estaban agotados y las drogas a porrillo, se tumbó en el banco de la cocina con el sombrero puesto, los codos en las rodillas, las manos en el rostro y el mirar en el suelo, como un condenado a muerte. Sentía hondamente; pero sentía con el dolor reposado del hombre. La negra no.

—Movete —le decía— movete.

Le parecía que con moverse le daba impulso a la vida del amo; pero el amo, a pesar de todo, se iba extinguiendo lentamente, entre un sacerdote que lo aparejaba espiritualmente para el viaje, dos médicos que iban en derrota, y un notario que esperaba con el recado listo a ver si al fin determinaba de grado llevar al protocolo de la notaría su última voluntad.

Cuando el señor Benavides, haciendo esfuerzos de vigor inauditos, que lo dejaban agotado, decía trabajosamente: Pensemos solo en mi alma, el sacerdote le replicaba:

—En esto estamos, y por eso debe usted dar sus últimas disposiciones. ¿No tiene usted algunos apuntes? Vea, (don Luis había cerrado los ojos) vea, aquí está el notario.

—El notario —murmuró el enfermo— no lo necesito.

Siguió musitando, muy quedo, palabras incoherentes. Se comprendía que hablaba de personas muertas. Era una función mecánica de exhumaciones viejas:

quizá una relación misteriosa de lo que se va con lo que se ha ido: una visión de ultratumba tal vez. Mientras murmuraba iba buscando algo con las manos.

Había allí acaso la figura de seres impalpables que él veía distintamente en la penumbra de la vida. Y entre el murmullo y el escarbo, abría de cuando en cuando la boca, con dejo de un pichón que se muere. Rezaba, y se llevaba las manos al pecho en son de golpear allí. El sacerdote le humedecía los labios con la fimbria de un clavel.

—La indulgencia, padre —gruñó lloriqueando doña Chepa, que estaba al lado del enfermo con una vela bendita en la mano.

—No se puede aplicar sino en el último momento —le contestó el padre muy quedo.

—Pero si se está muriendo. ¿No lo ve su reverencia?

—Tenemos tiempo. No se morirá antes de la media noche.

—Entonces, ¿por qué no se acuesta su reverencia un ratico? ¿Quiere tomar un chocolatico?

—No está por demás.

Se bebió el chocolate, rezó otro poco, y se fue a acostar, dejando el encargo de que lo llamaran si era preciso. Salió el Padre y entró don Conrado con los médicos. Fontana le tomó el pulso. Volvió a soltarlo y se quedó contemplando al enfermo en silencio. Era el mutismo de la impotencia. Aquello no tenía remedio. La muerte iba a triunfar. Don Conrado interrogó al doctor con la mirada. Fontana meneó la cabeza y se inclinó sobre las costillas del lado izquierdo del enfermo. Escuchó durante algunos instantes, se incorporó después y volvió a tomarle el pulso. En seguida metió las manos por debajo de los cobertores para inspeccionar los pies. Estaban fríos, con la algidez de la muerte. Simona trajo una plancha caliente envuelta en un pedazo de bayeta para calentarlos.

Don Conrado volvió a interrogar a Fontana.

—La esparteina —respondió el doctor— puede reanimarlo un poco.

—Póngasela —propuso el deudo.

Tamayo le metió el jeringazo. El enfermo abrió los ojos y se reanimó un poco. La droga se había asimilado, y don Luis, por medio de aquel procedimiento artificial, reasumió, a medio soldar, el hilo de sus potencias biológicas.

No había tiempo que perder. Don Conrado, por indicación de Fontana, se

acercó a don Luis, y con mimosa voz le preguntó si estaba mejorcito. El enfermo hizo una señal afirmativa.

—¿Y no necesita algo?

Don Luis hizo una señal negativa. Entonces Castellanos, jugando el todo por el todo, añadió:

—¿No quiere arreglar sus cosas?

—Me pusieron la unción –contestó trabajosamente el enfermo.

—Lo sé. Yo estaba aquí a su lado; pero son sus negocios temporales. Aquí está el notario.

—No es preciso.

—Vea que sí –le dijo el sacerdote, que acababa de entrar llamado por doña Chepa, la cual había permanecido en atisba y venía también a jugar como el otro, en este último instante, porque el señor Benavides se moría a ojos vistas. La esparteina había sido como una gota de aceite echada en la moribundez de aquella lámpara.

Simona gimoteaba a la puerta del aposento.

Era el perro fiel de la casa que gruñía allí contra los importunos que no querían dejar morir en paz al amo. Rompió por fin la cadena del respeto: entró y se fue derecho a su señor. Este sacó una mano de debajo de los cobertores.

La negra se apoderó de ella y la besó efusivamente muchas veces, puesta de rodillas. Nadie se atrevió a estorbar aquella explosión intensa de cariño. Don Luis sonreía. Hizo un esfuerzo supremo para interrogar a la negra:

—¿Tú no quieres también que yo arregle mis cosas?

—Su mercé no tiene cosas que arreglar. Yo lo que quiero es que me lo dejen quietecito. Voy a traerle algo. Al salir tropezó con doña Chepa, que se había retirado al corredor por no seguir presenciando aquella escena, aquel abuso de la negra y aquella humillación del amo. Era de ver al descendiente del hidalgo de Másquerras, dejándose besar la mano por una negra mozambique.

—¿Quién te mete allá, sobera? –le preguntó indignada doña Chepa.

—Yo seré sobera, pero ustedes son unos perezidos –le respondió colérica Simona.

—¡Malcriada, grosera! ¡Dizque metida a dar consejos al amo delante de su Reverencia! Mírenla. –La negra siguió su camino, las narices aventanadas y las manos en dos puños, porque primero era el amo que oírle sus “repostadas” a

aquella intrusa que iba a Palenque en pos de los despojos del amo.

Cuando volvió con la bebida, quiso doña Chepa, que de días atrás andaba otra vez torcida con la negra, cerrarle el paso; pero Simona se la llevó con la cadera por delante, haciéndola dar un traspiés que por poco le hace perder el equilibrio. No cabía en sí de colérica la dama y estalló en bramidos estentóreos. Don Luis trató, en vano, de incorporarse en el lecho. Salieron el sacerdote y los médicos y se la llevaron en vilo porque se había desmayado. Hubo después acopio de éter y consuelos, según iban funcionando los médicos o el Padre.

Creyeron, o aparentaron creer, que aquel era un estallido de la sensibilidad de doña Chepa por la moribundez de su primo, y ella no quiso desengañarlos. Más valía que creyeran eso. Pasado el ataque, suplicó que le llamaran a Pepe para que le deshiciera el agravio. A solas con él, le dijo:

—Hay que darle unos azotes a Simona, pero ahora mismo. La llevas al platanal. Veinticinco, bien duros.

—¿Y por qué?

—Por malcriada. Me insultó y me empujó.

—Pues lo que es vuestro humilde servidor no se mete con esa negra; tiene mucha fuerza, y podría volver trasquilado... ¿Me entiende o no?

—Sinvergüenza, vos lo que estás es bebido; se te siente el tufo.

—Todos estamos bebidos, serenísima Josefa; hasta su reverencia...

—¡Impío! Su reverencia no se ha tomado sino un chocolate.

—Pero, serenísima Josefa, ¿cree usted que se puede aguantar esta penaza tan grande, así a sangre fría?

Doña María Josefa hizo un mohín de desprecio al cínico y le volvió la espalda para irse al cuarto de su primo, donde encontró a su reverencia. Don Conrado y los médicos se municionaban en el comedor. Entre bocado y bocado, primero, y entre pitillo y pitillo después, fueron los físicos discutiendo sobre el caso patológico del señor Benavides. En si estaba o no estaba intoxicado; en si venía o no venía el coma; en si el frío de la mañana había de matarlo o no, se les fueron pasando los pitillos y las horas.

—¿Quieren —preguntó Fontana por último— que hagamos venir al doctor Pastrana?

—Si amanece vivo, no estará por demás.

—Ahora mismo, si les parece —dijo don Conrado—. El negro está listo, y en

tratándose del amo lo mismo es de día que de noche.

Tamayo, componiendo un pitillo:

—Parece que lo quiere.

Don Conrado, encendiendo el fósforo:

—Como un perro; mordería si el amo lo mandara morder; y la negra es peor todavía.

Tamayo encendiendo el pitillo:

—En la pataleta de la señora Porras como que hubo algo con la negra.

—Ya lo creo —respondió don Conrado.

Tamayo, esparciendo una aspiración de humo:

—Parece que estos negros han vivido mucho con el señor Benavides.

Don Conrado, esparciendo otra:

—Toda la vida, y los quiere con patas y manos.

—Pero ahora se las va a jugar muy pesada.

—¿Por qué, doctor?

—Porque se les muere sin testar y la ley no les da ni un centavo.

—Es la cosa, por eso es mi empeño en que teste.

—Desgraciadamente —observó Fontana— nos vamos quedando sin sujeto.

Corroboró Tamayo, y añadió:

—Lo peor es que desoye las observaciones que se le hacen.

Poco a poco se fueron retirando, y era la tercera o cuarta retirada aquella noche, con la advertencia previa de que los llamaran si ocurría alguna novedad. Lo mismo hizo el padre, con la propia advertencia. Había espacio para todos en aquel antiguo caserón bien abastecido de muebles. El viejo mobiliario de los antepasados de don Luis estaba allí, tendido y olvidado, como esperando a sus antiguos dueños.

Tarimones de cedro, sillas de vaqueta con la churriguería antigua de los guadamaciles, camas como púlpitos, con cornizones y cielos rasos de percal sostenidos por columnas torneadas y macizas. Todo recio, grande sin embustes, como fueron los tiempos en que se fabricó.

Los negros se quedaron velando a la cabecera del enfermo, y doña Chepa rondando por los corredores y en atisba, por si llegaba el momento oportuno de la plenaria, para comunicárselo a su reverencia.

La mujer de don Conrado, cuando se vio a solas con su marido, le preguntó

llena de congoja:

—¿No hay esperanza?

—Ninguna. Será terco hasta el último momento. Pienso que nos sobra ya el notario.

—Así lo presentía yo contra el parecer de tu amigo Olalla. Él siquiera aseguró su buen regalo.

—Buena voluntad le ha sobrado pero, ¿qué podía hacer contra la terquedad del viejo?

Después de un instante de silencio, la madre preguntó por el hijo:

—En el Club seguramente –respondió el padre.

—A fe que la Rosita sí ha hecho bien su papel de Magdalena arrepentida –redargulló la señora.

—Con llanto y todo va a arrancar las mismas yucas, porque me parece que el viejo no volverá a decir está boca es mía.

—Más vale, porque ¿quién nos asegura que ha de decir algo bueno?

En otra alcoba departían doña Matías, su esposo y Rosa.

—Todo lo que está pasando –decía la de Luna– es porque no le han echado al padre Cayetano. Si le echan al padre Cayetano, con esa palabrería que tiene, demás que testa; pero qué quieren con esa agua tibia de Envigado. Si les parece, yo mando por el padre Cayetano; con el padre Cayetano y un poquito de agua de san Alberto, que sea legítima, afloja... Demás que afloja. Gruñó Rosa, llena de fastidio, y dijo:

—Si no es por falta de aguas, mamá. La vieja Chepa lo tiene aporcado de reliquias, y el padrino no se da por entendido.

—Si ya sé –le respondió con desdén doña Matías–; un alpargate viejo del padre Benito.

—Y algodones de Leiva y aguas de Lourdes y...

—Ensayen con la de san Alberto, verán...

—¿Y por qué no ensaya usted, mamá?

—¿Yo? ¡Dios me guarde! Ni entró al cuarto de miedo de esa negra... A doña Chepa le pegó.

—¿De verás, mamá?

—Eso dijo un doctor.

—¡Pues me gusta la negra!

XXXII

Pasó don Luis la noche, insomne y en el mayor desasosiego. Simona siempre al lado. De cuando en cuando le componía las sábanas, le humedecía los labios o le hacía alguna pregunta cariñosa. Don Luis se quedaba mirándola fijamente.

Antes del alba salió Simón para Medellín en busca de Pastrana, y a eso de las ocho regresó con él a Palenque. Incontinenti se fue con los otros médicos y con Castellanos a ver al enfermo. La llegada de Pastrana era un soplo de aire que venía a avivar las últimas chispas del rescoldo de aquellas esperanzas muertas.

El doctor Pastrana, hombre docto, prudente y sin farándula, estuvo un rato contemplando en silencio el cadavérico semblante del enfermo.

Este no se daba o no quería darse por enterado de nada. Sus últimos momentos estuvieron velados de un misterio impenetrable. Hacía muchas horas que don Luis no tomaba nada, ni una gota de agua.

Pastrana frunció el entrecejo y los labios, y salió con sus colegas y el eterno adjunto de don Conrado. Hubo junta formal en el comedor, a donde habían llevado a los médicos a tomar una copita y a fumar un pitillo.

—No hay sujeto —dijo el doctor Pastrana.

—No se alimenta —añadió Tamayo —por rejalación, o mejor dicho por paralización probable de los vehículos conductores. La faringe no funciona. Creo que habrá necesidad de apelar a la traqueotomía.

—En todo caso hay que alimentarlo —dijo Fontana. Es mi opinión.

—¿Y le volverá la palabra? —preguntó Castellanos, dirigiéndose a Pastrana.

—Es posible que le vuelva; pero lo probable es que no. Está en un estado en que todo pronóstico es difícil, casi imposible; pero, como ustedes saben, se han visto casos de verdaderas resurrecciones. La fisiología es lo fenomenal, lo inesperado.

—¿Y la operación? —volvió a preguntar Castellanos.

—Me parece contraindicada, dadas las condiciones patológicas del enfermo

—respondió fríamente Pastrana.

Fontana intervino como mediador, abogando por las sondas.

—En este caso —dijo Pastrana— hay que ir con la sonda en la mano, como dice el adagio. Lo mejor sería dejarlo tranquilo, y en caso de hacer algo, serían preferibles unos lavabos de malvas y leche. La transacción de Pastrana equivalía a apuntalar la ruina por lo bajo, ya que no era posible apuntalarla por arriba.

—Esos lavabos —observó en desquite Tamayo— son inconducentes en el presente caso.

A Pastrana le pareció lo mismo, pero sostuvo que era posible la asimilación. Con lavabos había sostenido él muchos días la vida de un hombre que tenía atrofiados los órganos del tragadero. El lavabo, según la teoría de Pastrana, era al enfermo lo que el abono a la planta. Como Tamayo se sonriera, Pastrana dijo, encarándose con él:

—Esto que a usted le parece hoy un absurdo puede mañana llegar a ser la base de nuevos sistemas. En medicina distamos mucho de la última palabra: quizá no se pronuncia nunca.

El absurdo de hoy en estas materias puede ser la verdad de mañana, así como las verdades de ayer son los absurdos de hoy. Yo tengo en mi casa más de doscientos volúmenes sobre ciencias médicas perdidos, y hoy me alimento del artículo del periódico del día o de la observación propia. ¿No sabe usted, que si lo sabrá, que actualmente se ríen los médicos alemanes de la antisepsia tal como nos la enseñan los médicos franceses? La vida será siempre un misterio y la medicina generalmente un fracaso... La medicina va hasta cierto punto; pero no hasta el punto cierto.

En esto entró doña María Josefa con la noticia de que don Luis estaba acabado. Corrieron todos al aposento. El cuadro era patético. Los negros de la servidumbre lloraban de rodillas al borde del lecho. El sacerdote en pie, con la indulgencia lista y la serenidad de la costumbre, espiaba los menores movimientos del paciente. Uno de los hijos de Simona estaba cerca de él con el acetre de agua bendita y el hisopo en la mano. Las primas, arrebujaadas en los pañolones, dominaban la escena desde el testero de la cama que correspondía a la cabecera del enfermo. Los primos estaban al lado opuesto; menos Pepe, que se paseaba por los corredores. Se acercaron los médicos y se pusieron a contemplar al enfermo. El sacerdote, muy quedo, interrogó a Pastrana. Va a entrar en agonía,

le respondió, así mismo, el doctor. Aquel se quedó mirando fijamente al enfermo. Poco después, en el silencio solemne de la alcoba, se oyó el murmullo de la indulgencia.

Las manos del moribundo seguían arañando, cada vez más lentamente, debajo de las sabanas. Sus energías fueron decayendo por completo. La miserable vida se le escapaba aprisa, sin las asuras de la muerte, cuyo hálito iba relajando y empalideciendo las carnes. Comenzó a enfriarse por los pies y se fue poniendo rígido. El pecho se le agitaba en un continuo vaivén. De cuando en cuando buscaba aire en aspiraciones muy profundas. La vida se fue poco a poco replegando hacia arriba, hasta extinguirse definitivamente en una aspiración imperceptible. Una sombra fugaz acaba de cruzarle el rostro, movió los labios una boqueada tenue, y se quedó mirando fijamente con los ojos entreabiertos. Pastrana bajó piadosamente los párpados. El padre seguía murmurando la indulgencia. Concluida, hizo un gran asperjes acompañado de un *requiem*. Simona estalló en un bramido atronador, al que respondió en coro la negrada. La parentela parecía petrificada. ¿Qué iba a seguir?

En la misma tarde de aquel día le dieron tierra en el cementerio de Envigado, con economía de responsos, como si don Luis no pudiera darse el lujo de tener alma, y contra las reiteradas protestas de Simona, que quería velarlo aquella noche y enviarle, de cuerpo presente, el alivio de sus oraciones. La plegaria gratis, fervorosa y humilde que brota espontánea del corazón, florece con el rocío de las lágrimas, y Dios seguramente escucha. Del fondo de aquella noche, tan negra en la másada de Palenque, se alzaba esa plegaria que Dios devuelve con el veredicto del perdón.

XXXIII

En todos los tonos, recorriendo la escala desde el Do grave hasta el de pecho, entró en su casa doña Elvira González de Baena, llamando a su hija Alicia. Doña Elvira es aquella cincuentona deslenguada con quien tenemos conocimiento en el capítulo xxx de esta historia. La madre venía de la iglesia, jadeante, sudorosa, con una media caída. Le reventaron la liga desde el confesonario, y la calceta fue a enroscarse al tobillo, dejando la pantorrilla desnuda. Qué iba a oír la hija, si estaba en el interior de la casa dándole punto a la levadura, que era ramo de su incumbencia en los quehaceres domésticos, desde el amasijo de la harina hasta la hornería de los panes. Oyó por fin, y entonces gritó a su turno:

—Tenga un poquito de paciencia, que se me daña esta levadura.

—Es buen primor –le dijo la madre, cuando vino a abrirle el portón– que me deje aquí desgañitando de gritar, cuando estoy muerta de fatiga y sin un aliento... Por poco no me confieso; cuando esa vieja Chepa coge la reja, no hay esperanza; muchas van volteando.

—¿Por qué no la chuzó con el alfiler?

—Y si no, allá estaba... ¡Qué alboroto aquel, por Dios! Hasta tumbaron al padre con el confesonario: ¡no se puede creer! ¡Qué tiempos! En la iglesia, esa piedad borrascosa que no se conoció aquí en tiempos del padre Benítez, ¡qué padrazo era el padre Benítez!, y aquí, la niña hecha una tapia.

—Pero, mamá, por Dios, estaba esperando que subiera la pelotica para darle punto a la levadura; después, si se daña el pan, usted es la primera en bravear, y no hay quién le aguante la cantaleta.

—La pelotica es usted, que no hay quién la levante de la cama. Si se levantara temprano y no se estuviera leyendo novelas hasta media noche, no andaría con esos afanes; pero estas gentes de ahora no saben más que dormir y divertirse. En mis tiempos, a estas horas ya estaba hecha la casa, regado el jardín y el pandetrigo en la excusa; pero ahora, con la pereza que le asiste, todo anda

manga por hombro.

Esta mañana, antes de irme para la iglesia, me cansé de llamarla y usted lo que hizo fue voltearse para el rincón, y todo por estarse leyendo, hasta que cantan los gallos, ese cuento de esos Episodios Nacionales. Si fueran siquiera novelas como las de mi tiempo como *Óscar y Amanda*, o la *Matilde*: ¡pero estas bobadas narcóticas de ahora!

—Bueno, mamá; no sea tan cantaletera.

—Mi deber es advertirle las cosas; si no me atiende, para usted es lo peor.

Bostezó otra vez y pidió su chocolate.

—Hace rato que está en el comedor; ya estará frío.

—Aunque esté. Traígamelo, que no tengo alientos de levantarme. Doña Chepa la deja a una de huevos tibios... ¡Valiente vieja! Yo no sé qué conversará tanto esa señora en el confesonario. Bien dice el padre Saucedo que eso es hasta escandaloso. El domingo pasado predicó una plática sobre ese tema, que nos dejó a las pobrecitas mujeres en los puros cueros... Me encantó.

Salió Alicia, y a poco entró la criada, una anciana muy sucia, con el chocolate.

—Es buen primor, ña Jacinta —le dijo la señora recibéndole el chocolate—, que me haya dejado secar la matica de fusia.

—Yo la he regao mucho —respondió de mal modo la sirvienta—, pero esa mata no pelecha.

—Échele un abonito.

Después de la controversia jardineresca, en que hubo muchos encarecimientos de parte de doña Elvira y muchos refunfuños de la seña Jacinta, se acordó la señora de la novedad fatídica del día, y se la comunicó a Alicia:

—¿No sabe, Alicita, la novedad?

—¿Qué novedad, mamá?

—La del señor de Palenque. Se murió. Las pobrecitas primas deben estar echadas a morir; figúrese, sin testar. Tenemos que hacer esas visitas, sobre todo la de misiá Matías.

—Ave María, ¡qué pereza! —respondió Alicita, estremecida en una contorsión general y muchas locales.

—Pues aunque le dé pereza, hay que ir. Ellas han sido siempre muy cumplidas con nosotras.

—La vieja; la Rosita no... Vaya usted sola.

—No, mi hijita, por más que le choque tiene que ir. Vea que se aisla. Usted es muy temosa y muy antipática.

—Si seré; pero esa casa es una mazamorra que no hay quién se la beba.

—Así será, pero hay que ir, porque si una no se relaciona con la gente de posición, se vuelve de pacotilla.

—¿De posición? Diga de plata, mamá.

—Boba; pues la plata es la posición. Ya sé que la Rosita no esta ni a temblor de tierra de las Pabones de don Arcadio, pero las Pabones son unas peladas que viven doblando tabaco. A ver, ¿qué posición tienen? Oriéntese, Alicita, oriéntese.

De allí a los ocho días, la señora de Baena, de grado, y su hija Alicia, por fuerza, se fueron a hacer las visitas de pésame a casa de los deudos del señor Benavides. Empezaron por doña Matías que, mediante el adobo de la fortuna, era la más empingorotada, a pesar de su simplicidad y rustiquez.

Frente a la portalada se detuvieron un momento. Doña Elvira le dijo a su hija, contemplando la fachada regia del edificio:

—Pero vea, Alicita, que este es mucho lapo de casa.

Era una quinta. A lo largo de la calle se extendía la verja, de primoroso diseño, en una extensión de cuarenta varas, por lo menos. Dos jazmines de estrella formaban arco sobre los hierros y columnas de calicanto de la portada.

El jardín estaba lleno de las eras de las matas y los arriates de los arbustos: todo lozano, todo florecido. En el centro, una corona de agua, formada de chorritos concéntricos, se derramaba rumorosa en un tazón de mosaico hecho de piedrecitas blancas y azules. Doña Elvira y su hija cruzaron la platabanda central, revocada con cemento romano; subieron las gradas que daban acceso al soportal, atravesaron el zaguan y se hallaron frente al portón. Al través de los calados de las maderas se veían los corredores y el patio. Aquello era un bosque de iracas, helechos, palmas, anturios y otra multitud de plantas de hojas variadas y bellísimas, sembradas en trípodes rústicos de palo. De las soleras del corredor, entre pilar y pilar, colgaba gran variedad de orquídeas raras en canastos de alambre cubiertos de musgo, de cuyo fondo pendían manojos flotantes de

barbas. Doña Elvira hizo girar la llave del picaporte, abrió la hoja libre del portón, sonó el timbre, y una criada apareció en seguida.

—¿Las señoras? —preguntó la González.

—Se fueron para los toros.

Doña Elvira y su hija se miraron. La sorpresa las dejó perplejas. Aquello era inaudito.

¡En los toros, en el palenque de los toros, a los ocho días de muerto el señor Benavides! A pesar de las ideas que de la sociedad actual tenía la González, se quedó pasmada. Como aquel a quien le llega un lance, por esperado que sea. Se lo imaginaba, pero no lo había visto, no había sentido el estrujón en las carnes.

Pasada la sorpresa, buscó una tarjeta pero las había olvidado, y tuvo que dejar el mensaje con la criada. Así, literalmente: “Que aquí estuvimos, que sentimos tantísimo no hallarlas, que las hemos estado pensando mucho en todos sus trabajos, y que muy pronto volveremos”.

Doña Elvira, al salir, se detuvo en el jardín y miró en derredor. La criada había desaparecido y la calle estaba desierta. La ocasión era calva para llevarse un tallito de azalea, planta a la sazón muy rara en Medellín. A tiempo de desgajarlo, acertó a pasar por la calle un lustrador de calzado, que le gritó:

—Eh, no se robe las flores.

—Pero, mamá, usted sí que es imprudente; ¿cómo no piensa en que puede verla alguno?

—No sea boba. Esto merece esa vieja por egoísta y lepidia [sic]. Se acuerda de la canaria que nos regaló la so puerca? Clavada en un chuzo. Le parece que hasta las flores prenden.

—Cuando vea el daño, se va a confundir.

—Muy bueno; ojalá reviente.

—Mamá, ¿se fijó en las carleyas [sic]? ¡Qué primor de matas! Había una que debe ser el odontogloso [sic] de que nos ha hablado papá.

—¡Qué odontogloso! ¿Se figura usted que don Onofre iba a colgar de un palo una mata que vale cinco mil pesos?

A los ocho días pensó doña Elvira que debían volver. Alicia no quería, pero la mamá se impuso, y la visita tuvo lugar según los verídicos pormenores de que se

dará razón en el capítulo.

XXXIV

Ya sabe el lector los pasos que en la quinta de Luna llevan al portón. Ahora no estaba allí la criada de marras, sino la misma doña Matías en persona, ocupada en arreglar en un trípode un helecho que acababan de traerle de su finca de Las Palmas. Estaba la buena señora de chambra, zapatos de orillo y con las manos muy sucias de tierra, pero como por el calado del portón la habían visto, tuvo que hacer frente a las visitadoras y mandarlas entrar. No era tampoco doña Matías persona que se ahogara en un charco. Por no ensuciarles los guantes a las Baenas con la tierra de las manos, les dio el antebrazo para el saludo, diciéndoles con la mayor pachorra:

—Ustedes me dispensan, mis hijitas; pero si uno mismo no hace sus cosas se queda frío, porque este servicio está de la vista de los perros.

Volviendo después la cara al interior de la casa, llamó desaforadamente a Rosita, dando esta explicación, en seguida, a las Baenas:

—Ustedes me dispensan de que grite así, pero en este caserón hay que gritar duro pa qui'oigan.

Rosita no pareció, sin embargo. Por lo pronto, doña Matías empujó con la rodilla la puerta del salón. Dejó instaladas en él a las Baenas, y se fue a ver qué era de Rosa. Volvió a poco muy manilavada, pero con el recado y sin la niña.

—Enestico estaba aquí. Yo lo que creo es que por la puerta falsa se escurrió con las vecinitas. No la dejan parar, y eso que yo vivo sobre ella... Ya ni estudia.

Mientras doña Matías anduvo en la búsqueda de Rosa, tuvieron la señora de Baena y su hija tiempo para dar una vista al exornado de la sala. Desde los estucos dorados del cielo, hasta la alfombra del piso, todo era allí sutil y primoroso. La González volvía con avidez los ojos a todas partes. No sabía qué ver primero, si la lucerna central llena de focos de colores, los cuadros del muro, de marcos entallados, los bronce maravillosos de Peaucelle-Coquet, los cortinajes de seda indiana, o los muebles de talla y de damasco.

La voz de la envidia se sobrepuso a todo, y la González dijo muy quedo al oído de su hija:

—Mucho cacharro, mal dispuesto, no me gusta. —Para descargo de su conciencia, añadió luego—: Este cuadrito es regular. —Era una copia admirable de *Las Meninas* de Velásquez.

Alicia veía, entretanto, hacia los racimos altos de la parra.

—Bueno, y ustedes, ¿cómo están? —prosiguió doña Matías después de explicar la ausencia de Rosita.

—Muy bien, misiá Matías, pensándolas tantísimo en sus trabajos.

—¡Ay! mi hijita, cállese la boca: esto ha sido una carrera de baqueta. La pobrecita Rosa dio el rejo con los trasnochos.

—Por fortuna es tan resignada y tan fuerte.

—Un yunque, Elvirita.

—Le diría la criada que por aquí estuvimos.

—Demás; pero vea las malas: dieron las vecinitas en jalar con Rosa para distraerla, y yo me fui a la iglesia a rezar algo. Es lo único que queda, mis hijitas.

—De verás. Ya ve, don Luis, con tantas comodidades.

—Pero qué muerte más edificante, mis hijitas. Acabando de aplicarle la indulgencia, se quedó como un pollito, sin hacer un gesto.

—¿Y arregló sus cosas?

—No hubo forma... Caprichosito como él solo. Yo también creo que fue porque no le echaron al padre Cayetano, sino un agua tibia de Envigado, más simple que una papaya. Pero, Alicita, usted está muy incómoda en ese taburete; pásese aquí a esta sillita, o si quiere váyase al jardín para que no se aburra.

—Y qué bonito jardín que tiene, misiá Matías —se apresuró a decir la González.

—Pero a qué, mi hijita, si los ladrones se lo roban todo. Si viera las lástimas. Ese mismo día que ustedes estuvieron aquí me desgajaron la azalea más bonita.

—No hay qué hacer con esta gente, misiá Matías. Medellín está inconocible. Ya no hay nada seguro, y ahora días, acuérdesese, dejaba una sus matas, en la ventana que fuera y nadie tocaba una flor.

—Pues lo que es hoy, mi hijita, hasta las señoras son ladronas. El otro día vi

una, pero qué señora, de esas de la crema, agachando con el paraguas un ramo de rosas... de aquellas que están allí en la verja... asómese mi hijita.

—Ah! sí, —exclamó doña Elvira— del manto de la Virgen, ¡qué belleza!

—Y de un perfume, mi hijita.

Aprovechó doña Matías la levantada para mostrarles la azalea robada y para hacer más comentarios del suceso.

—Puede ser que no le prenda. Qué le parece, mi hijita, gastar Onofre un platal en conseguir esa mata, que la trajeron de Francia o de París, no me recuerdo bien, para que cualquier gata se apipe con alargar la mano. ¡Vea que es mucho desuello!

—Demasiado, misiá Matías. No le digo que ahora no hay nada seguro, ni se puede fiar de nadie. Pero, señora, usted tiene la culpa; ¿por qué no hace cerrar esa reja?

—No hay forma, mi hijita, con estos criados. No hacen caso: y eso que yo les doy fraterna, pero las mismas yucas arranco.

—¿Y hace mucho tiempo que no van a Las Palmas, misiá Matías?

—Pues vea, desde la última vez que fuimos no hemos vuelto, hace dos meses que hizo ocho días; pero pasando esta semana y la otra, a la otra nos vamos. Hay que llevar a Rosita a que se reponga un poquito. Está tan desmedradita. Desde el arrión del primo Luis no levanta cabeza. Pero, Alicita, usted sí que está aburridita, ¿por qué no se distrae con las postales? Vea, allí está el álbum, hay muy bonitas. ¿No le gustan a usted las postales?

—Mucho, señora.

—¿Y a usted, Elvirita?

—Es un sport que me encanta.

—Pues vean junticas.

Doña Matías había cambiado de silla, y fue a levantarse para traerles el álbum, pero se quedó entretallada entre los brazos. Corrió entonces la González, que, aunque gorda, era muy ágil, y trajo el álbum.

—Qué sabroso para usted que está tan livianita —dijo doña Matías forcejeando siempre por desencajar la cadera—; pero lo que es yo, ya no me puedo mover. Si me viera el muslo, Elvirita, tantee.

—¡Oh!, gordísimo —dijo la González, después de tantear.

—¡Y pensar que era un fideito ahora años!

—El matrimonio sopla, Elvirita. Yo desde que me casé me comencé a soplar.

—No diga —le contestó la de Baena riendo a carcajadas.

—Pasando a otra cosa, dígame, Elvirita, ¿en su casa les dan güevo a todos?

—De a dos en cacerola, y además uno crudo en dos deditos de vino a Custodio.

—Y tan caros que están.

—Carísimos, pero el huevo es indispensable. Es lo que mantiene en fortaleza a Custodio y robusta la familia.

—Pues vea que yo voy a hacer lo mismo con Onofre.

—Hágalo, y verá qué bien le hace.

Doña Elvira, con la mano de catalejo:

—¡Qué belleza de ciudad! San Sebastián.

Vea, Alicita, recoja la vista, se ve como de bulto. Si hasta me parece ver balancearse los vapores. La ficción es completa. Pero usted que puede, misiá Matías, ¿por qué no va a ver estos primores?

Volvió la hoja de San Sebastian, y Alicia lanzó una exclamación de asombro.

—¡La Otero!

—No es para tanto; mucha carne, mucha chapita, mucha lentejuela; pero a mí me parece más bonita Clementina Delgado. Ustedes tienen la monomanía de lo extranjero; lo extranjero, para ustedes, es lo más bonito, lo más bueno, lo mejor.

—Pero, mamá, ¿quién tiene la culpa?

—Nosotros mismos, mi hijita —apresuróse a responder doña Matías—, que no hacemos más que lavarles la cara a los de la extranjería.

Después, en casa de la González:

—¿No se lo dije, mamá?

—¿Qué?

—Que fuera usted sola, que yo no quería cuentas con esa malcriada... ¡Si yo la conozco como a mis manos! Se cree el as barbado, a todas nos ve chiquiticas, y venido a ver: hija del par de viejos más bobos que tiene Medellín, y los hay.

¿No reparó en la que nos hizo la grandísima puerca?

Estaba Alicia fuera de sí con el tartago de la injuria. Después de limpiarse las lágrimas con el trapo de la ira, prosiguió:

—Por eso no me gusta ya ir a los bailes... por eso, por no encontrarme con la tal Rosa y la partida de patanes haciéndole la corte, mientras que dejan arrinconadas en el tocador a las muchachas tan simpáticas, tan buenas y tan bonitas como las Pabones de don Arcadio, porque son pobres... por eso. ¡Vea que la que le hicieron a Ritica en el baile de la piñata!

—¿Qué, Alicita? Usted no me ha contado.

—Cómo no, mamá.

—Pues no me acuerdo.

—Si fuera de la Rosa sí se acordaba, pero como las Pabones no tienen posición...

—¿Quién ha dicho eso, Alicia?

—Usted mamá. ¿También se le olvidó?

—Cuenta, y déjese de estarme poniendo cartilla.

—Cuento pero no se enoje. Habían tocado ya cuatro piezas sin que se le acercara siquiera un casado a citarla, y estaban por montones en los corredores. La pobrecita no sabía qué cara poner ni dónde meterse con la hidropesía de aquel pavo. Las señoras del tocador la ponían peor por consolarla. Tampoco había consuelo posible para esa pobre niña.

—¿Y qué hubo?

—Hubo que, a la quinta pieza, se le acercó Pacho Castellanos, con muchos tragos y haciendo muchos visajes, a pedirle una palomita.

Vea, mamá, no le rompí el abanico en la cara por no hacer un escándalo. El tal Pacho es un canalla igual a la prima.

—¿Y qué es eso de palomita?

—Dar una chupadita, hágase de cuenta.

—No le entiendo.

—Una palomita es meter la lengua en sal.

—Hable claro y déjese de cuentos.

—Bueno, pues es prestar la pareja. Lo que es a la Rosa le faltan patas para atender a los palomitos y a las palomitas, y eso que es el puro guarapo. Si no fuera por el adobo que nos llevó a nosotras a chuparnos el bochorno de esta

tarde, no habría agua que le diera abasto.

A pesar de su temple y sus cosquillas y de lo celosa que era la González del fuero materno, dejó pasar inadvertidos el desagüe y la bulla de su hija, en gracia a la ofensa que evidentemente le había irrogado Rosa no saliendo a recibirla. Eso de que la hija de doña Matías, por unos reales de más y otros de menos, menospreciara a la hija de Elvira González de Baena, la tenía furibunda. Alicia se quejaba amargamente de la sociedad actual, ella lo mismo, y sin embargo iba a rendir culto al altar de aquel Mammón sirio que tan duramente la humillaba.

XXXV

Un mes después de muerto don Luis, por inconvenientes profesionales que lo habían alejado de la ciudad, fue el doctor Olalla a cumplimentar a Castellanos. Fue, como en muchos de estos casos, a fingir un sentimiento que ni él ni los deudos tenían; pero la fórmula social es inexorable, y la fórmula social prescribe que se mienta. La verdadera pena para el doctor y don Conrado, en ese caso, consistía en la muerte *ab intestada* del señor Benavides. Para el uno no habría herencia apreciable, ni para el otro emolumentos jurídicos. Olalla no sería el abogado de la causa, precisamente por ser el candidato de don Conrado. Desde allí empezarían para este las contradicciones de los otros.

—Mucho se ha hecho usted esperar por acá —le dijo Castellanos al doctor, apretándole la mano con la efusión de quien devuelve parte del consuelo que le llevan.

—Aguardaba que pasara la creciente, me lo suponía lleno de visitantes; pero el principal motivo ha sido mi ausencia de la ciudad —le respondió el doctor, devolviéndole el apretón con ambas manos.

—No muchos, doctor. La mayoría ha comparecido por tarjetas.

—Mejor. Es este un duelo anormal, en que el muerto ha defraudado las esperanzas de la caridad y el cariño de los deudos... No lo pensé nunca. Me parecía el señor Benavides un hombre de tan buena sindéresis... Algo extraño debió pasar por el alma de aquel señor.

—Sí, pero algo que para mí va a ser estragoso.

—¿Cómo así?

—Porque la chusma de parientes sueña con mucha más fortuna de la probable, y allá verá usted cómo, por mis relaciones con el viejo, voy a ser yo el inmediato responsable de la supuesta falla.

—Verdad.

—Si yo no tenía interés directo en que testara. Me importaba un bledo. Lo

que quería era ponerme a cubierto de la chusma hambrienta, y aun de los mismos Lunas y Porras. Un testamento no es un inventario.

El doctor respondió, sin embargo:

—Tiene usted razón, muchísima razón, toda la razón. Por eso mismo, precisamente, era mi empeño. Ya comprendía yo los sinsabores que esta situación acéfala había de traerle a usted. Tengo mucha experiencia de estas cosas. Figúrese usted, en tantos años de práctica. Ahora verá usted tirar del muerto sin misericordia. Dizque hay la mar de tinterillos sobre el rastro. Esta va a ser una pelea de rábulas a *cuota litís*, en la cual no nos meteremos los abogados de toga, quiero decir de honor y posición.

—Por mi parte, también me hago a un lado.

Después de una pausa, de esas de dedo en boca, le respondió el doctor:

—Quizá no convenga.

—¿Le parece a usted, doctor?

—Sí.

—Pues si a usted le parece...

—A mí me parece que en este negocio puede haber muchos pleitos por la complicación natural del asunto, pleitos que desde la primer instancia hasta la casación porque, seguramente, habrá casación durarán muchos años, pero muchos... hasta que las partes se decidan a terminarlos por un arbitraje, que es el único medio que ha quedado para terminar un litigio. La bolsa puede venir, en el caso del señor Benavides, en auxilio de la jurisprudencia; porque ha de saber usted que hoy, para salir con algo en la jurisprudencia, hay que apelar hasta a la veterinaria. Las leyes de procedimiento son malísimas; pero los jueces son generalmente más malos que las leyes. Preciso: durante los preliminares del juicio, habrá tiempo para comprar derechos hereditarios por mano de un testaferro... Una rectificación: conviene dejar andar algo el pleito antes de que funcione el testaferro, porque después de que el pleito ande, es decir de que no ande, esos derechos valdrán poquísimos o no valdrán nada. Figúrese usted cuál será su precio después de dos o tres años de rodar el expediente de juzgado en juzgado y de alzada en alzada y de dormir meses y meses entre el polvo de los estantes, y de que, por incuria y substracción, falten al expediente unas tres o cuatrocientas fojas... Esto tiene remedio, señor don Conrado; el remedio del pleito, el remedio de los jueces. Se establece el pleito, se compran

oportunamente los derechos, y una vez comprados se le da carpetazo al asunto.

Castellanos quedó desvanecido con la ilusión del abogado. ¡Qué trama! ¡Qué grandiosa trama! Lo único que se le escapaba de la combinación, era el testaferro; pero, allá para su colete, se hizo el cargo de no valerse del testaferro del doctor, que él no sabía quién fuese, sino de un corredor de su confianza; porque, en todo caso, lo importante era la compra de los derechos.

—Pero vea usted —dijo Castellanos, vuelto en sí de la sorpresa de la combinación del doctor— el extremo a que nos ha traído la terquedad del viejo.

—Era un enfermo moral tocado de vesania. Se burló cruelmente de mí, y tengo que tomar la revancha.

—Es muy justo.

—Si los muertos ven, don Luis va a ver cómo las enderezo yo. Mientras se asea el campo, se hace una liga política con los más salientes, que son los Lunas y los Porras. Después de barrer se hace la liquidación.

—Pero —observó tímidamente Castellanos— no hay que olvidar que yo estoy en cuarto y ellos en quinto apenas.

—Lo sé; pero pierda usted cuidado, que después de las ligas vienen los descartes. A los Lunas y los Porras se les tira un hueso. Mientras ellos ruñen, usted come. Es el sistema.

Definitivamente quedaron en que no había que aflojar.

El plan de Olalla, según queda expuesto, era revolver en un juicio contencioso la herencia de don Luis para que Castellanos tirara el anzuelo de su codicia a la creciente de las aguas. La pesca sería proporcional a la borrasca, es decir abundante.

Don Conrado estaba estupefacto con el plan del doctor, y para darle señales externas de agradecimiento, le ofreció un trotador de carreras entroncado con Var Dance, que remontaba su genealogía hasta un famoso semental de un lord inglés dado en cuerpo y alma al deporte hípico de las carreras. El lord se había ganado seis grandes premios en Good-Wood con caballos de aquella raza; y con este del regalo apuestas muy gordas en Santafé, según informó don Conrado al doctor.

—Gracias por el ofrecimiento, muchísimas gracias. Yo soy tan aficionado a ese sport como Edmond Blanc —respondió el doctor entusiasmado.

Después de todo, Castellanos quería aparecer, a los ojos de Olalla,

desinteresado y munífico, y a la promesa del potro añadió la idea de la fundación, si salía triunfante, de un asilo para mujeres arrepentidas.

—¿Cómo así? —le preguntó el doctor.

Don Conrado explanó su idea. Pensaba, si salía ganancioso, fundar una casa para recoger en ella a las mujeres perdidas que se fueran arrepintiendo. Él daría un bocado, y las señoritas de la aristocracia se encargarían de ir por toda la ciudad, de casa en casa y de tienda en tienda, pidiendo el otro bocado. Luego, con los dos bocados juntos, se abriría el establecimiento. Olalla movió la cabeza de un lado para otro, frunció los labios y se quedó mirando al suelo.

—¿Y qué le parece a usted la idea? —le preguntó don Conrado.

—¿Con franqueza?

—Sí, con franqueza.

—Pues, con franqueza, me parece un disparate. Si esas mujeres están arrepentidas, que trabajen. Es lo mejor que pueden hacer. La cocina, la plancha, la escoba, el lavado y muchos otros oficios las están reclamando a gritos. Aquí falta quién sirva y sobran vagos. Así es que me parece que debe fundar, llegado el caso, otra cosa de más utilidad y transcendencia: una escuela, un asilo de niños, un hospital, un manicomio. ¡Pero una jubilación de coimás! ¡Un estímulo para la depravación de las costumbres! ¡Una clínica sensual!

—Me convence usted. No hablemos más de eso. Estamos de acuerdo. El que tenga alientos que peleé la batalla.

—Esa es la fórmula. Todo avanza, señor don Conrado, aun en el campo religioso. Las hermanas de la caridad, y los hermanos cristianos y los salesianos, son un progreso en el sentido místico. San Vicente, La Salle y Don Bosco comprendieron perfectamente bien la materialidad brutal de la vida, y metieron el trabajo dentro de la libertad y la virtud. —De aquí tomó pie el abogado para echar un párrafo de su cosecha, sobre la situación del mundo—: Lo malo —prosiguió diciendo— es que cada pulgada de ruta se hace entre las torturas del sacrificio. La sangre y las lágrimas son el precio de todo progreso, unas veces por impulsión exagerada y otras por repulsión exagerada también. Se ha dado en andar desalados o en no andar nada... Somos como un péndulo que no ha logrado nunca ponerse perpendicular, y los extremos nos han conducido al desastre... Una locomotora, señor don Conrado, necesita frenos y necesita caldera, so pena de ir al despeñadero o a la atrofia. Las fuerzas de impulsión y de

repulsión son armónicas: suprimir las unas es dislocar las otras. La función de los partidos en la economía social, es como la de la caldera y los frenos en los ferrocarriles.

Después, sin ton ni son, fue el doctor aplicando estos apotegmas suyos, al caso de don Luis. Don Luis no había sabido ser justo. Don Luis, en un arranque de cólera probable, había dicho como Luis XV: “Después de mí el diluvio”.

Don Luis no había sabido doblegarse ante la contingencia natural de la materia. Don Luis había sido cruel con los negros. Finalmente no había sabido ser altruista. Ignoraba que un hombre se debe a los demás hombres, como un átomo se debe a la evolución universal.

Tácito, desmazelado y pensativo, oía Castellanos, si acaso las oía, las disquisiciones del doctor. La buena máxima, para Castellanos, era la que se alcanza con la mano, y a él acababa de írsele de las suyas la madeja de plata de la herencia. ¡Qué le importaba ahora que la humanidad se pusiera o no se pusiera perpendicular, cuando a él acababa de ladearlo, hasta tocar el suelo, el fermentido pariente que, faltando a sus promesas, le dejaba, en vez de la herencia saneada, un pleito inseguro! Con sermones, por mucha que fuera la elación del predicador, no era posible ensalmar la quebradura de la herencia.

XXXVI

En su casa, a su regreso de la de Castellanos, encontró el doctor la noticia de que un negro lo había estado esperando.

—¿Supieron su nombre? —preguntó el doctor.

Sabían la laya, pero no el nombre. No se les había ocurrido preguntárselo. Venía de La Sabaneta, y al marcharse dijo que volvería, que tenía que hablar precisamente con su amo el *dotor*. Se quedó esta cavilando en lo que pudiera significar aquello. Era muy extraño. ¿Para qué lo querría el mayordomo de Palenque? Porque indudablemente era él. ¿Pensaría también en pleitear por la herencia? ¿Se le habría ocurrido ahora cobrar sus servicios de toda la vida? Se perdía el doctor en un mar de conjeturas, cuando tocaron a la puerta. Salió él mismo a ver quién era, y se encontró efectivamente con el negro de Palenque. Sin más requilorio que el saludo, metió Simón la mano al *carriel* y sacó un pliego.

—El amo don Luis, Dios lo tenga en su gloria, me encargó, que al mes de su muerte, le trujera a su mercé esta carta.

Se la entregó y con el envés de los dedos de la mano con que acababa de entregarla, se limpió los ojos.

—Entra a sentarte.

—Dios se lo pague a su mercé mi amo, pero se va haciendo tardecito y todavía tengo que ir a casa de mi amo el padre Aldana, que tampoco lo topé.

—¿Y qué le traes al padre?

—Este paquetico.

Era un cartapacio lacrado y sellado con el monograma de don Luis.

—¿Sabes qué contiene?

—El amo no me lo dijo; pero seguramente son papeles.

—¿Almorzaste?

—Dos bocados antes de venirme.

—¿Quieres tomar algo?

—Si me hace el bien.

Olalla se había encariñado con el negro. Le parecía que era un talismán portador de la buenaventura. Mientras Simón tomaba el obsequio del condumio, rompió el doctor la nema, extrajo el contenido, que eran otro pliego cerrado, lacrado y sellado y una carta, del tenor siguiente: “Le cumplo mi promesa. Bajo la cubierta de esta carta, que le entregará Simón, conforme se lo dejo mandado, hallará usted mi testamento. Aguardo de su bondad se sirva ponerlo oportunamente en mano del juez”. Seguían los besamanos, la firma del señor Benavides, la dirección y la fecha. Todo esto era extraordinario. ¿En qué coyuntura había hecho el señor Benavides aquel testamento? ¿Dónde? ¿Cómo se había guardado con tanto sigilo el secreto? El doctor no podía dar crédito a sus propios sentidos y tactaba y acariciaba aquel pliego inverosímil, buscando el convencimiento en la materialidad de la cosa. Y después de acariciar el pliego, se quedó mirando fijamente al negro. No había duda, era Simón, el liberto, el mayordomo de Palenque. Una vez repuesto de la sorpresa, se sintió anegar en una ola amarga de remordimientos. Oía aún el eco de los terribles cargos que acababa de formular contra el señor Benavides, cuando este, en la persona del negro, venía a cumplirle su promesa. Si hubiera demorado un día más siquiera la visita a Castellanos, pensaba, en una confusión, para entre sí. Por fortuna, don Conrado había sido también duro con la memoria de aquel hombre incomparable. Todo había cambiado repentinamente como en las tramoyas de teatro. El señor Benavides, *el detroqué* de la víspera, aparecía ahora radioso en la escena.

¡Qué tino de hombre! ¡Qué sindéresis la suya! ¡Qué delicadeza para hacer las cosas! El doctor leía y releía la carta. Hasta la letra del escrito le parecía un modelo de perfección, como de mano de Iturzaeta o Palomares... ¡Qué torpeza la suya en esta vez! ¿Por qué no había leído en la austeridad de los rasgos de aquella fisonomía, la claridad del entendimiento y la bondad del corazón del señor Benavides? Así pensó el doctor en la primer explosión de la sorpresa. Después volvió por sí, haciéndose otra clase de consideraciones. Consideró la influencia de sus consejos y la resonancia de sus palabras en aquel corazón y en aquel entendimiento. ¿Acaso no se debía a los unos y a las otras el resultado obtenido? La tierra era prolífica sin duda, pero él la había cultivado. Si él no

siembra, seguramente no nace. Había juzgado mal al señor Benavides; pero el señor Benavides, con sus vacilaciones, con sus demoras, con sus reticencias, tenía la culpa.

Así, gradualmente, fue a parar Olalla en que don Luis era el culpado, y que a aquella memorable conferencia de Palenque, se debía el logro del testamento.

XXXVII

Los parientes de don Luis habían regresado a Medellín, después de su penúltima enfermedad, y él se había quedado enteramente solo en Palenque. Solo con sus negros. Se paseaba una tarde, metido en sí mismo, por el largo corredor del baño y meditaba, a veces en silencio, y a veces musitando las palabras. Las voces de la naturaleza respondían entonces a las de su propio corazón. Todos tenemos derecho de vivir: lo mismo el animal que la planta. Solo el hombre, por culpa del hombre, no tiene ese derecho a veces. La tierra siempre nutre, el sol siempre fecunda, el viento siempre orea; pero la mano de la filantropía no siempre está abierta.

—Esto ha sido grave, demasiado grave –murmuraba don Luis–, y yo me iba dejándolo todo abandonado, como si no tuviera acreedores... No estoy contento del pasado. La vida no es la esterilidad. ¿Qué he hecho? Sacar día por día números del manual a ratas usurarias, y acumular, siempre acumular... He dado a los pobres las sobras de los ricos. He cultivado relaciones con la gente grande... aquí ha venido mucha gente grande y yo me he desvivido por atenderla y por servirla. He rezado mucho, más con los labios que con el corazón. He creído muchas cosas y he puesto en práctica muy pocas. Mi nombre ha sonado mucho allá en la Villa, ¿qué vale eso? Lo que vale es lo que ha faltado, lo que es preciso rectificar. Este doctor Olalla ha sido para mí la sugestión del bien. A él voy a deberle la rectificación de mi pasado y la salvación de mi alma. Después de todo, el doctor dice muchas verdades, que la conciencia tiene que aceptar aunque en secreto, porque allá en la Villa lo tienen por hereje. Creo que el padre Aldana no pertenece a ninguna exageración, que está en lo justo.

Ahora veía don Luis con la imparcialidad de quien está desasido de la vida. La pasión nos ofusca y nos exalta, y en don Luis habían caído las pasiones.

Después del soliloquio transcrito, don Luis llamó al negro.

—Simón –le dijo– cuando la muerte vuelva será de veras, y ya no puede

tardar mucho.

El negro oía turulato. La voz no le funcionaba bien y se le aguaron los ojos. De cuando en cuando se llevaba a los párpados aquella mano tostada por el sol de los trópicos y encallecida por la mancha del arado. Era un atleta que tenía debilidades de niño. Don Luis prosiguió:

—Vas a hacer una cosa en mucha reserva. Solo a ti te la confío.

—Se hará lo que su mercé mande —respondió Simón barbotando las palabras.

Don Luis permanecía impasible. Sentía hondamente como el negro; pero no se traicionaba.

La misión del mayordomo se reducía a llevar a Medellín una carta y entregarla en propia mano a la persona a quien iba dirigida. Después de las indicaciones necesarias para la entrega de la carta, el señor Benavides siguió diciendo al negro:

—Esa persona a quien has de entregar la carta, es el notario. Quiero dar una sorpresa a mis buenos parientes, y es preciso que nadie sepa tus pasos. Nadie, ni Simona. Va a ser un secreto entre los dos hasta después de mi muerte. En la Villa guárdate de ver a los Benavides. La carta te la daré mañana.

—Se hará todo como su mercé lo manda —respondió el negro en voz sumisa.

Aquella noche, a eso de las diez, cuando no se oía sino el canto de los grillos, el rumor del viento y las notas sueltas de algún cucarachero allá en la fronda, se sentó el viejo Benavides a su mesa de escritorio, con su gorro habitual en la cabeza, y se puso a escribir. Primero la carta para el notario, después, meditando mucho y muy despacio, un borrador. Borraba palabras, frases enteras, enterrrenglonaba, ponía apostillas en la margen del escrito, anotaciones al pie. Fue tan meditado y laborioso el trabajo que apenas al filo de la media noche estuvo concluido.

Al día siguiente se levantó mucho más tarde que de costumbre. Simona estaba llena de sobresalto. A cada instante se iba con atentos pasos a espiar a la puerta del dormitorio. Una hora hacía ya que el amo, según su costumbre de muchísimos años, debía haberse levantado, y en el interior del aposento no se oía el más leve rumor. La negra se deshacía en la inquietud de sus afanes. Aquello era extraño, algo anormal debía estar pasando.

Lo que don Luis escribió esa noche, lo copió a la siguiente en caracteres muy claros, en un pliego de papel sellado que Simón le llevó de Medellín con la respuesta del notario. Cuando hubo concluido la copia hizo cuatro dobleces el escrito y lo encerró en una en cubierta, también de papel sellado, que lacró y selló cuidadosamente. Sobre el parche de lacre quedaban las iniciales de su nombre entrelazadas.

De allí a dos días, extramuros de la aldea de San Blas, en una casita preparada de antemano, se encontraron don Luis, el notario y los cinco testigos que era menester para la firma del testamento. Personas todas de la confianza del señor Benavides, y enteradas del secreto en que la cosa quería guardarse.

—Este es mi testamento o última voluntad —dijo solemnemente don Luis al notario en presencia de los testigos, al entregarle el pliego que había escrito la antevíspera por la noche.

Lo recibió el escribano, puso la nota legal de presentación en la cubierta, la hizo firmar por el testador y los testigos, y después de firmarla él mismo, se lo devolvió al interesado.

Después de recibir los obsequios preparados allí, por orden de don Luis, se separaron los concurrentes, para regresar a sus respectivos lugares. El señor Benavides, de vuelta a Palenque, dilataba la vía por gozar del paisaje.

Era aquello para él, en las postrimerías de la vida, como el último bocado de la golosina de un niño. Con esa ansia infantil, que no se atreve a gastarse la dicha, miraba y remiraba el señor Benavides por la última vez, aquella naturaleza lasciva, de colores tan vivos, y aspiraba aquel aire que bajaba en ondas limpias de la Cordillera Oriental. Los hombres que aquí vivimos, decía entre sí don Luis, somos indignos de la dádiva. A la obra de Dios, hemos respondido a tiros. Refrenó de pronto la bestia y se quedó plantado en mitad de la rúa. Pensando acaso en el contraste entre la obra de la naturaleza y la del hombre. En medio de aquellos prados, llenos de exuberancia y luz, pasta el buey manso que lleva, entre las escases de la vida y los rigores del tiempo, la carga material de la Iglesia y el Estado. A pesar de tan dolorosas reflexiones, iba tranquilo y contento. Como el hombre de bien que acaba de pagar una deuda envejecida.

Todo respiraba tristeza aquel día en el hogar de Palenque. La negra Simona, sin saber fijamente por qué, lloriqueaba en la cocina.

Aquellas idas y venidas del amo y de Simón, rodeadas del misterio del silencio que agranda las cosas, y aquel “no es nada mujer” de Simón a cada pregunta de Simona, la tenían trastornada. Allí iba a pasar algo, pero ¿qué podía ella contra lo desconocido y misterioso? Para Simona, la maldita gente de la Villa tenía la culpa. Suyo era el maleficio; porque en todo aquello, para la negra, había maleficio. Hasta el mismo Simón le parecía *entongado*.

XXXVIII

Acababa de salir Olalla de la casa del señor Castellanos, cuando entró la esposa de este al aposento donde los dos se hallaban, a tomar lenguas.

—¿Qué dice tu doctor Olalla? —le preguntó.

—Que no todo está perdido, que mediante ciertas evoluciones se puede enderezar el negocio todavía.

—Quién sabe.

—Siempre con tus desconfianzas y tu tirria contra Olalla.

—Y lo peor es que se han cumplido.

—Pero no por culpa del doctor. Más no se podía hacer.

—También es verdad: porque ah viejo cabeciduro que era tu primo.

—Y terco: un retrógado colonial y rancio.

—Bueno, ¿y cuáles son ahora lo planes del *dotor*? —preguntó la señora con aquel tonito *impunante*[sic] que sacaba de sus casillas a don Catalino Arteaga.

—Muy sencillos, sencillísimos: comprar derechos hereditarios.

—¿Y si no los venden?

—Es que se les hacen vender.

—¿Cómo?

—Con un pleito. Se les mete pleito.

—Muy bueno para Olalla; él siempre gana por hacer el enredo del pleito.

—Se pleitea a *cuota litis*.

—¿Qué es eso?

—Dar un tanto de lo que se gane.

—¿Y él quiere así?

—No sé todavía.

—Allá verás que no quiere. Para mí esto no tiene remedio. ¿Estás pensando que Olalla nos puede dar con pleitos lo que no nos quiso dar buenamente el viejo? No seas bobo que ya estás muy grande.

Mientras los esposos Castellanos departían de este modo sobre el desgraciado asunto de la herencia, el doctor volvía sobre sus pasos. No había que perder tiempo para anunciar a su cliente aquel triunfo de su oratoria, porque al fin Olalla había acabado por convencerse de que si él no va a Palenque y dice lo que dijo, don Luis no testa. Aunque tarde, brotaba la semilla.

Sin cuidarse de fórmula ninguna, como Pedro por su casa, se metió Olalla en la de Castellanos, yéndose derecho al aposento donde poco antes había estado cumplimentando a don Conrado. La señora se alejó al sentir sus pasos en el corredor.

Don Conrado leyó la carta del difunto y se quedó atónito, como si le hubiera caído una centella. No podía dar crédito a sus propios ojos, y los tenía bien abiertos, ni sabía qué decir.

—Ya lo ve usted —dijo por fin, satisfecho el doctor.

—¡Es raro!

—Para mí no. Le hablé al alma, y al fin era hombre de bien y un altruista práctico.

—Sí, muy de bien... lo mejor de la familia.

—Un poco lento, pero fue el resabio de su época.

—No se daba prisa; pero sabía hacer sus cosas, ya lo ve usted.

Pasó el estupor de la sorpresa, para dar campo a la dulzura del perdón, que si el dinero de la herencia, con cuya posesión contaba ya don Conrado, templa los rigores del duelo y seca las lágrimas de los ojos, suele también mellar los filos del odio, que era quien tras el desengaño sufrido, comensaba a germinar en el corazón de Castellanos.

—La situación queda despejada —prosiguió diciendo don Conrado.

—Pero siempre es bueno —le interrumpió el doctor— comprar unos derechos hereditarios, de los más probables, que seguramente son los de los parientes más pobres.

—Cree usted...

—Es posible que no se haya olvidado de ellos. Diré mejor, es probable, dados los sentimientos altamente altruistas del señor Benavides.

—Pues si a usted le parece.

—Demás. *Si vis pacem para bellum.*

Lo ocurrido venía a afianzar en Castellanos el convencimiento de la

idoneidad del doctor. No había, pues, que vacilar en seguir sus consejos. ¿Acaso no se debía a estos el resultado obtenido?

Se convino en que el doctor demoraría la presentación del testamento, y que la cosa se tendría en secreto hasta entonces, para dar tiempo al corredor, quien de allí a poco andaba hecho un azacán, de hacer la negociación de los derechos que se creyó conveniente comprar. Hecho el convenio, salió el doctor y volvió a entrar la esposa. Trasportado de alegría, le dijo don Conrado:

—La minuta, hija, la minuta, pareció la minuta. ¿Oíste?

—Todo —le respondió la mujer con displicencia.

—¿No te alegras? Ya ves que tenía razón.

—Quién sabe.

—¿Cómo que quién sabe? El testamento está en poder del doctor, una lumbrera del foro.

—Ya lo sé, pero ¿qué dice ese testamento?

—¡Ah! es un testamento cerrado. Eso se sabrá cuando lo abra el juez.

—Pues para entonces guardo mis alegrías.

—Y el secreto. Ya sabes que hay que tenerlo en la mayor reserva.

—Sí, mientras te encajan los derechos de los otros.

—¿Te supones por un momento, Carola —corrupción de Carolina, que tal era el nombre de la mujer de don Conrado— que el primo Luis, con aquella integridad que lo caracterizaba, se haya olvidado de nosotros que somos sus parientes más allegados, sus amigos de toda la vida y los que con más interés lo asistimos en su última enfermedad? Eso no sería natural en nadie, y menos en un hombre de las condiciones morales del primo. ¿Quiénes pueden ser, sino nosotros, los herederos?

—Tantos: hay mucho Porra y mucho Luna, y quién quita que se haya acordado también de sus parientes pobres que son una runfla.

—En previsión se les van a comprar sus derechos.

—¿Qué derechos?

—Pues sus derechos hereditarios.

—¿Pero sabes con seguridad que les toque?

—Por si acaso.

—Por si acaso lo que vas a hacer es a botar un montón de dinero, para que después se rían de ti... Lo vas a ver; déjate de esas cosas y espera. Amanecerá y

veremos.

Como don Conrado esperaba que amanecería claro, dijo, para tranquilizar su conciencia:

—Venga lo que viniere, ningún reato me queda con el primo: hice cuanto pude por salvarlo; le llevé dos de nuestras eminencias médicas: la ciencia reflexiva de Pastrana y la inteligencia de Fontana; porque dígase lo que se quiera de sus veleidades políticas y de sus chifladuras heráldicas, Fontana es inteligente, ilustrado y audaz.

XXXIX

—¿Se acuerda mamá que se lo dije muchas veces?

—Qué, Rosita. Vea que no me recuerdo.

—Que la Baenita no se enojaba conmigo. Si viera qué encontrón el que nos dimos en el parque; casi me destripa del abrazo; me dijo tantísimas cosas: lo que había sentido no encontrarme; lo cachaca que yo era, lo que me lucí en el baile de la piñata.

—Pero vea qué boba, porque ella la vio salirse por la puerta falsa.

—No es de boba, mamá, es que esa gente compra las relaciones a como se las venden, y ahora que la niña está pensando en Ludovico...

—¿En Ludovico? ¿En el mío? Vea qué osada, se les da el pie y se toman la mano; quién mete piojo en costura.

—Pero Ludovico tiene mucha culpa en eso: él le hace las muelas y la boba se va encumbrando.

—Pues mientras más se encarama, más duro va a ser el porrazo.

—A mí siempre me da miedo, los hombres tienen unos caprichos...

—Pues pa que no tenga miedo le voy a decir a Onofre, y es ahora mismo, que lo mande a la extranjería; en la extranjería se le quita el capricho.

—De veras, en eso puede gastar Ludovico su herencia y salimos del emplasto.

—¿Cuál herencia? —preguntó con fastidio doña Matías.

—La de mi padrino. Pareció el testamento. Cuando yo entré aquí, acababan de darle la noticia a papá.

—Vea qué milagro más patente. Reíte ahora, herejona, descreída, del agua de San Alberto.

—Pero mamá, si usted no le untó el agua a mi padrino. Si hubo milagro fue con la chinela.

—Pazguata, vos estás creyendo que no le unté el agua.

—Como usted nos dijo.

—Sí, les dije una mentira; porque sabía que habían de reírse y hacer chacota del agua.

—Pues entonces fue con la chinela y el agua.

—Déjate de chinela. Esos son embelecocos y culequeras de la vieja Chepa. Fue el agua. Yo le tengo mucha fe al agua desde que tu padre se curó de un grano muy feo que tenía en las narices. Aquello parecía un cangro. Los doctores le pusieron emplastos unos y otros, y nada; pa' pior. Le unté el agua y fue como con la mano. Milagro más patente.

—Algún barro, mamá.

—Qué barro, si hasta jediondo estaba.

—Ave María Purísima, mamá, no hable tan feo.

—Filática, ¿cómo querés que diga?

—Hediondo, siquiera.

—Mi taita decía jediondo y jamás le dolió la barriga por eso. Los embelecocos de ahora: mucha finura en las palabras y muchos dobleces; pero lo que es devoción, a buscarla a otra parte.

—Es una injusticia, mamá. ¿Ahí no vivimos de retiro en retiro y de jubileo en jubileo?

—Pa' lo que les aprovecha.

—Ustedes lo que quieren es que ahora nazcamos viejas. La vida no es así, mamá. Tiene dos extremos: uno de alegría al principio y otro de tristeza al fin. Tenga paciencia y verá.

—Déjate de eso y contame lo del testamento. ¿Gordito ?

—Yo no sé pormenores; pero papá tampoco. Él se fue a averiguar. La cosa parece que está en reserva todavía.

Según hemos visto, cada cual pensaba que a la bondad de su droga, entendiendo por tal a Olalla, la chinela de fray Benito y el agua de san Alberto, se debía la maravillosa aparición del testamento. Faltaba ahora el agua limpia de La Doctora, porque, una vez muerto el señor Benavides, Simona no pensaba sino en encomendarlo a Dios, y Dios sabría qué hacer de ella y los suyos, cuando los amos de la Villa fueran a tomar posesión de Palenque. Para Simona era de cajón

que la finca pasaría a manos de los parientes de don Luis. No contaba siquiera con que los nuevos amos los dejaran allá de mayordomos, sobre todo si eran los Porras los que habían de agarrar a Palenque. Con los otros le quedaba alguna esperanza.

Por eso toda su ambición se reducía ahora a que los Castellanos o los Lunas se quedaran con aquella propiedad. Tal vez así no se vería en el duro trance de dejar aquellos campos, donde había nacido, donde se habían criado ella, su esposo y sus hijos, y sobre todo donde había pasado la vida aquel patrón incomparable, para quien no tenía un reproche, a cuya memoria rendía el más ferviente de los cultos, un culto sin fórmulas ni ritos, pero efusivo y desinteresado. El culto del verdadero amor.

A pesar de los temores que pesaban en el alma de Simona, relativos a la pérdida de Palenque, seguía Simón cuidando de la finca con el mismo esmero que en vida del amo. Pensaba él a su modo, que la maleza en los prados, era en su corazón ingratitud y olvido. La finca había de entregarla él como la dejó don Luis. Abandonarla sería como abandonar el recuerdo del amo, y el recuerdo del amo era un culto para Simón, su mujer y sus hijos, y Palenque un santuario.

XL

Los pueblos que no se mueven alrededor de las ideas, se mueven al rededor de la miseria moral, porque moverse es una necesidad más imperiosa al espíritu que a la carne, como que el pensamiento es el origen de la actividad humana. Se hace un ferrocarril o una guerra, se discurre o se propaga un chisme. No es, pues, extraño que Medellín, a falta de distracciones más nobles en qué entretener esa necesidad de la vida, se ocupara ahora ávidamente de la aparición del testamento del señor Benavides, como antes de su muerte *ab intestado*. Se hablaba con la seguridad de la visión del pliego indemne recibido por Olalla. Se sabía de todos los intrusos que habían pescado en el mar revuelto de la herencia, con guarismo y todo. Este sacerdote, aquella religiosa, la cofradía de más allá y el terno de los parientes ricos, habían, a la rebatiña, copado el fondo del haber. Quedaban para la beneficencia miserables relieves de la cena.

En el Olivan Club, el *affaire* Benavides, como allí decían, tuvo resonancia diabólica.

—Hombres —dijo un socio, entrando en la sala del billar— ¿no saben que ya pareció el peine?

—¿Qué peine?

—El testamento del viejo Benavides.

—Uh, eso lo sabe todo Medellín en diez leguas a la redonda.

—¿Y el negocio Castellanos? —preguntó el mismo, pensando sorprenderlos.

—Eso y más —le respondió uno de los jugadores, mientras le ponía tiza al casquillo del taco.

—¡Qué anguria de hombre!

—Pero la tajada grande es la de la vieja Chepa —redargulló otro.

—El cura fue el que tiró el anzuelo. Las ánimas van a quedar frescas y las cofradías piponchas.

—Tampoco dizque va a quedar mal parado el señor Castellanos.

—Pero ¿quién no metió en ese negocio la mano hasta el codo?

—En todo caso, vean que no esté por allí el amigo Castellanos –dijo uno de sus colegas del León Rampante– sería una pifia que nos oyera, porque con esta herencia, Pachito va a ser aquí el as barbado.

—Y viene a tiempo la cosa –agregó otro de la misma tarifa– porque ya no podíamos contener los ímpetus de aquel bribón del León Rampante. La herencia ha sido como un dique holandés; si no es por eso, se desborda y nos arma el escándalo.

—Lo peor es que Serapio tiene razón: ese hombre esta quebrado.

—Muy bueno que se quiebre por bribón. ¿Te parece muy módico el chento per chento?

—Pero en apuntes, hombre.

Uno de los jugadores de billar, que era el poliglota aquel del León Rampante, se descachó.

—Yo –dijo– creo en agüeros, hechicerías, y cosas supersticiosas, por más que lo prohíba el Padre Astete. Este descache es de malísimo agüero.

—Agüero es consonante de majadero.

—Digan lo que quieran, pero yo soy como César.

—¿En lo valiente?

—Y en lo supersticioso. Yo tampoco habría pasado el Rubicón si no pasa el búho.

—¿Pero qué tienen qué ver César, el Rubicón y el búho, con la herencia de Pachito?

—Por un encadenamiento de ideas allá se va a parar. El descache fue para mí una sugestión: la sugestión de que así como yo me descaché con el taco, bien se pudo, don..., don ese, descacharse en el testamento. Nosotros no hemos contado con la huéspededa.

—¿Y cuál es la huéspededa?

—Lo que diga el testamento. ¿Saben ustedes qué dice?

—No.

—Yo tampoco, pero se me pone que eso debe estar mal hecho. Figúrense con qué cosa razonable puede salir un viejo caduco del tiempo de la Colonia testando bajo la dirección de las monjas.

—¿Conociste tú al señor Benavides ? –le preguntó otro que había estado

oyendo en silencio.

—Ni de vista.

—Pues no le juzgues entonces.

—Tampoco cuentas tú con la huéspeda —dijo un tercero al detractor.

—¿Con cuál?

—Con Olalla. ¿Piensas que se ha estado mano sobre mano?

—Ya por eso es posible que los Castellanos hayan tenido buena suerte en la pesca; sin embargo, no, porque el viejo, según informes verídicos, era un fanático de siete suelas.

—Y siete que son treinta —dijo el garitero corriendo la clavija.

—Y una que son tres —añadió el políglota. ¡Tres docenas de legitimidad! ¡Más de quinientos duros de la moneda evangélica! Es mucha estaca; pero a ver qué partido me da y vuelvo al tiro.

—¿Partido? Yo no puedo darle partido a usted. Ha sido una bamba. Si quiere mano a mano, a la orden.

—Con cinco tantos me contento.

—Conténtese con dos. No le digo que ha sido una bamba.

—Con dos, pues, y la salida.

—La salida la disputamos.

—Hombre, no sea gabeloso.

—Es que yo no le puedo dar partido a usted.

—Me contento, pues, con las dos, y van las tres.

—No, de a una.

—Bueno, de a una. “César, los que van a morir te saludan”.

—¿Me hace usted el favor de llevarme una cajetilla en la apuesta? —le preguntó al ganancioso uno de los mirones.

—*De tout mon coeur.*

—¿Qué me dice?

—Que sí hombre.

Disputaron la salida y perdió el políglota.

—Digan ahora que no hay malas.

—Lo que hay son malos pulsos.

En vez de responder, dio tres vueltas, girando sobre sí mismo.

—¿Y qué es eso? —le preguntó su contrincante.

—La buenaventura. Verá cómo gano.

Se rieron todos y uno le dijo:

—¡Hombre!, no cree usted en Dios y cree en los patos.

—¿Y qué tiene eso de particular? —redargulló el políglota— otros creen en la herradura, cuál en el trébol, este en el número 13, el de más allá en el centavo corzo, y no faltan adoradores del ojo de venado. César creyó en un búho y Gladstone... ¿Saben ustedes quién era Gladstone?

—Un inglés de Inglaterra.

—La más alta personalidad política y social del siglo. Pues ese Gladstone no pasaba nunca por una puerta sin tocar el marco, y en caso de olvido, se volvía a tocarlo.

—Tiene razón el joven. Lo que hay es que cada cual se ríe de la superstición de los otros; pero supersticiones tenemos todos y si no que alce el dedo quien no las tenga.

Todos guardaron silencio como interrogándose en el interior de su conciencia. El que hablaba prosiguió diciendo:

—Para que ustedes vean lo que son las supersticiones, les contaré un caso originalísimo. Torquemada tenía una asta de unicornio, a la cual atribuía la virtud de descubrir y neutralizar los venenos, que no dejaba nunca de la mano, por ciertos temores que abrigaba acerca de su seguridad personal. Ya ven ustedes, el encargado de purgar al mundo de supersticiones, creía en ellas.

Uno de los allí presentes, que probablemente se sentía humillado de tener debilidades supersticiosas, alzó al fin el dedo.

—Bájelo —le dijo el proponente—. Usted cree en la superchería del salero.

—Es una preocupación... nada más.

—Preocupaciones son todas. Proviene de ofuscación del entendimiento por pasiones, por errores, por malos ejemplos, por ignorancia, y, sobre todo, por mala educación. Nadie tiene la evidencia de las cosas, y como el mundo moral está lleno de misterios, lo que se cree una bestialidad, puede ser cierto, y al contrario.

La operación de don Conrado de que se hablaba en Olivan Club, había sido un juego de bolsa pequeñito. Por cincuenta mil duros se había embaulado aquel experto señor, cinco derechos hereditarios de los más probables. Ya lo sabían los Lunas y los Porras, pero era tarde, porque la noticia del testamento se había

difundido a la sazón y ya ningún heredero quería vender. Se desquitaban los chasqueados, pregonando la bribonada del otro. Don Conrado era un ladrón. Les había robado a sabiendas.

—Vea usted que abusar así de estos pobrecitos, es mucho pecado —le decía doña Chepa a su marido.

—¿Y vos también no querías comprar? —le respondió Pepe.

—Un derecho para las benditas ánimas del purgatorio. Eso es muy diferente.

—Pregúntaselo al Padre Aldana —le contestó el esposo en tono burlón.

Era irónica la remisión al párroco de la Vera. Los pensamientos del cura y doña Chepa no habían podido encontrarse. Ella lo buscaba en el camino de los detalles litúrgicos y las nimiedades pueriles, en la competencia espiritual de objetos piadosos, en la telefonema ridícula, y él la esperaba de firme en el campo de las austeridades morales. Ella hacía gran caudal de la fórmula. Él, del fondo. Para ella, la tela de un escapulario era una cuestión trascendental. Para él, un asunto baladí. El Padre Aldana se asfixiaba en aquella atmósfera de pequeñeces y pormenores ridículos con que doña María Josefa entretenía los escándalos del siglo, sin saber que la Iglesia y el siglo están reñidos por culpa de ambos.

No era el padre Aldana de los que habían tomado cuarteles de invierno en las sacristías, creyendo cumplir sus deberes religiosos, cosiéndose una estampa bendita en el manteo, y pensaba, en la soledad de su casa, que a la Iglesia de Cristo no hay que salvarla sobre la tabla del Estado, ni proscribiendo el derecho de sublevación contra los tiranos, que es ineludible, ni con concordatos que limitan su acción o comprimen sus energías. Al fin y al cabo, vale más la libertad con sus yerros que la servidumbre con sus humillaciones... Y lo peor, seguía pensando el padre, es que no se les puede tocar el abalorio. Creen que la religión es eso.

XLI

Había verdadera ansia en Medellín por saber seguramente lo que decía el difunto don Luis Benavides en aquel pliego cerrado, que estaba ya en poder del juez, y cuyo contenido se debía saber de allí a tres días, que era el término fijado para la apertura. No se hablaba de otra cosa en todas partes, con la particularidad, como queda dicho, de que no había quién ignorara ya los más mínimos detalles del instrumento.

En este costurero, venía Rosita en primer término. Le dejaba a Palenque con animales y todo, un cofre lleno de joyas y algunos millonejos de adehala. A don Conrado la mar de plata en el extranjero. Más millones al padre de Rosa. A doña Chepa una cantimplora llena de oro en polvo, y cien mil duros para estipendios de misas. Se iban a “apipar” los curas. Había, después del de las misas, dos ítem más: uno de mil pesos para el hospital, y otro de la misma cuantía, para los pobres vergonzantes de la Sabaneta. Ni mentaba siquiera a los parientes pobres y a los negros. En aquella tienda de varones, discrepaban en lo de la cantimplora; en la cantina del Gallo, aparecían los negros con una bicoca, y en la Botica nocturna, hacía flux un convento.

La señora de Baena, con toda esta nómina de noticias, se fue a hacerle la mamola a aquella buena señora que en la visita de marras volvió por la honra del señor Benavides. Sin descolgarse la mantilla de los hombros, rompió los fuegos contra la memoria del finado:

—Todo puntualmente como yo se lo dije, misiá Micaela, con la diferencia de unos pocos pesos en la partida del hospital. Fue mucha hombrada del viejo.

Tal era la resonancia del testamento, que doña Elvira no tuvo necesidad de mentar al señor Benavides, para que doña Micaela supiera de qué se trataba.

—Pero —le retrucó doña Micaela— ese testamento es cerrado.

—Entre cielo y tierra no hay nada oculto. Ya se sabe quién hizo hasta los repulgos del pastel. Lo de la cantimplora y los cien mil pesos para misas, está

entre el padre Damian y un canónigo. Los clérigos querían su parte y la de sus clientes en dinero, porque el socialismo y la herejía roja dizque son un peligro para la propiedad raíz de los religiosos.

—Así será, Elvirita: pero yo me espero.

Esta, sin hacer caso de la respuesta de doña Micaela, prosiguió diciendo:

—¿No le parece a usted mucha iniquidad no haberles dejado nada a los negritos y a los parientes pobres? Pero no solo se olvidó de los parientes pobres y los negros, sino también de tantas casas de caridad que hay aquí en Istricia. Esto clama al cielo misa Micaela.

—Nada digo todavía. Lo más prudente es esperar —le respondió tranquilamente doña Micaela.

—Usted lo ha de ver y no lo ha de creer —contestó picada la González.

XLII

Tras los sesenta minutos de desecho que la ley concede, y que para la impaciencia del público fueron entonces una eternidad, llegó por fin el momento preciso de confrontar aquellos decires callejeros, con lo que realmente rezaba el testamento. La sala del juzgado estaba repleta de gente. El notario y los testigos habían reconocido la autenticidad de sus firmas. Reinaba un silencio profundo.

El secretario rompió los sellos de la cubierta y extrajo el contenido. Dos hojas de papel: solo dos hojas. Las volvió de un lado a otro antes de leerlas.

—¡Qué corto! —exclamó.

Después de declarar que era natural y vecino de la Sabaneta, en el distrito de Envigado; que sus padres habían sido don Juan Benavides y doña María López de Restrepo; que tenía setenta y tres años de edad, y que era católico, apostólico, romano, consignaba don Luis su última voluntad en las siguientes cláusulas:

1ª. Dejo la finca de Palenque, por los linderos que constan en mis respectivos títulos de propiedad, con todos los animales, muebles y mejoras que contiene, a mis mayordomos Simón Benavides y su mujer, para que la disfruten honestamente con sus hijos.

El aliento contenido del público estalló en una explosión de vivas y palmadas que ahogó la voz del secretario y fue a retumbar hasta muy lejos. Atraídas por el estrépito de los aplausos, acudieron más gentes como a campana tañida.

El despacho y la calle llenaron. La noticia rodó por la ciudad como una ola de creciente, y Medellín entero se sintió conmovido por aquel suceso inusitado en sus anales. La cláusula primera, era el primer mentís a la calumnia.

Con pena pudo el juez, a fuerza de gritos y campana, restablecer el orden; pero una vez restablecido fue profundo.

Para evitar chicanas y camorras don Luis complementaba la cláusula,

detallando los linderos de Palenque. Esta previsión del testador contra la malicia rabulesca, mereció igualmente los aplausos del público.

El secretario continuó:

2ª. Dejo para el Hospital de Caridad de San Juan de Dios, de Medellín, con la condición de que sean admitidos y cuidados en él, pero siempre dentro de los estatutos del establecimiento, los enfermos sin valimiento de Envigado y sus contornos, cincuenta mil pesos oro.

El público entero volvió a estallar en una explosión de júbilo. Restablecido el silencio, siempre a fuerza de gritos y campana, el secretario prosiguió la lectura:

3ª Dejo, así mismo, mediante las mismas condiciones de la cláusula anterior, al Manicomio de la misma ciudad, la suma de cincuenta mil pesos de la misma moneda.

A medida que crecía la sorpresa, crecía el entusiasmo. Las palmadas y los vivas se redoblaban. Algunos, sobrecogidos de pasmo, permanecían en silencio. Las gentes se apretaban en los contornos del juzgado y la muchedumbre iba creciendo. A los aplausos seguían los comentarios. El juez, puesto en pie, gritaba reclamando silencio. Por fin lo obtuvo completo, ávido, profundo, para oír la última cláusula, que fue del tenor siguiente:

4ª. Dejo el remanente de mi fortuna a la Sociedad de San Vicente de Paúl, de Medellín, destinado exclusivamente para los Talleres de niños huérfanos y pobres de dicha Sociedad. Hay bastante para construir un buen edificio y dotarlo con una renta de importancia.

Aquí la emoción del público no tuvo límites.

Aquello parecía un pueblo de enajenados. Resonó un grito unánime de: “¡Viva don Luis Benavides!”, que el eco repercutió desde el Alto de las Cruces hasta Rinconsanto, y que seguirá vibrando eternamente.

Todo el árbol genealógico de la casa solariega, desde los que pedían limosna sobre el quicio de las puertas, hasta los que se paseaban en las platabandas de sus quintas, al rededor del lebrillo de las fuentes, se habían quedado *ladrando a la luna de Valencia*.

Pero allá lejos, al pie de la montaña, entre las gasas de la atmósfera y la lejanía

del término, se empinaba después un edificio enorme coronado con el busto del señor Benavides. A distancia se veían las bocanadas de humo y los fulgores de llamas que arrojaban por los tubos altísimos las chimeneas. De cerca se oía el ruido sordo y crepitante de la maquinaria, como una palpitación inmensa de la vida. Quinientos niños, con las caras rebosando salud y bienestar, rezaban en el retiro de la fábrica, porque aquello era una fábrica, las oraciones del trabajo que Dios premia con el pan y la inmortalidad.

—Pero don Luis no dejó nada para su alma —le observó una señora escrupulosa al padre Aldana.

—Todo —le respondió sencillamente el padre— todo.

*A la memoria inmaculada de mi hermano Eduardo Vélez Barrientos, muerto en Ocaña el 8 de diciembre de
1899.*



ESTA OBRA SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN NOVIEMBRE DE 2020
PARA LA EDITORIAL EAFIT

Otros textos de la Colección RESCATES

EL PAYASO INTERIOR

Fernando González

CARTAS A AGUIRRE (1953 - 1965)

Gonzalo Arango

CUADERNO DE MATERIA PRIMA (1890)

Efe Gómez

REFLEXIONES O SENTENCIAS Y MÁXIMAS MORALES

François de La Rochefoucauld

DICCIONARIO ABREVIADO DE GALICISMOS, PROVINCIALISMOS Y CORRECCIONES DE LENGUAJE

Rafael Uribe Uribe

ENSAYO SOBRE LA GEOGRAFÍA

José Manuel Restrepo

ESTUDIOS INDUSTRIALES SOBRE LA MINERÍA ANTIOQUEÑA EN 1856

Manuel Uribe Ángel, Camilo A. Echeverri, Emiro Kastos

DOS ENSAYOS SOBRE LA EDUCACIÓN

Cayetano Betancur

DICCIONARIO DE ANTIOQUEÑISMOS

Julio C. Jaramillo R.

LECCIONES -Selección de cuentos-

*Tomás Carrasquilla, Machado de Assis, Rubem Braga,
Katherine Mansfield, Gabrielle Roy*

SOBRE POLÍTICA. ARTÍCULOS Y FRAGMENTOS ESCOGIDOS

Cayetano Betancur

LA MADONA DE LOS PATRIOTAS

A. Brown

ACUARIMÁNTIMA

-Edición completa-

VIAJE DE NUEVA GRANADA A CHINA Y DE CHINA A FRANCIA

Nicolás Tanco Armero

INSTANTÁNEAS DE VIAJE.

DIARIO SOBRE LA EXCURSIÓN AL CHOCÓ, 1934

Delio Jaramillo Restrepo

Hernán Garcés González - Fotógrafo

CARTAS A JULIETA (1950)

Gonzalo Arango

EL EMBRUJO DEL MICRÓFONO (1948)

LAS HIJAS DE GRACIA (1951)

Magda Moreno

ANDÁGUEDA (1947) / CAFÉ EXASPERACIÓN (1963)

Jesús Botero Restrepo

MEMORIAS DE VIAJE (1929)

Raúl Vélez González

Esta novela de asunto, al parecer intrascendental –las intrigas y conspiraciones de los parientes lejanos de un rico solterón para hacerse con su herencia, para demostrarle al viejo enfermo, por medio de zalamerías y falsos afectos, que son merecedores de ella–, logra, según advierte Jorge Alberto Naranjo, tener al lector pendiente de la trama y sostener el interés hasta el final, como toda buena novela de intriga.

Cierta concepción tragicómica del mundo de *Rara Avis* sustenta momentos de desencanto y escepticismo, aunque también, continuidad de orden; la tierra como dominio e identidad de una persona o de una comunidad está tan presente como ahora, arraigo y desarraigo, alegría y amargura de lo telúrico, como frutos al sol o marchitos en la sombra; los intereses y ambiciones, evidentes para unos, enmascarados para otros, como juego de engaños y simulaciones, es en *Rara Avis* un estímulo inagotable de cómo la literatura cuestiona o reafirma la vida, o, más bien, de cómo la vida se refigura en la literatura.

